# La construcción de una política exterior y de seguridad común en Europa

## ¿Por qué es tan problemática?

**Josep Baqués-Quesada**

CATARATA

EJERCITOS

# La construcción de una política exterior y de seguridad común en Europa

## ¿Por qué es tan problemática?

**Josep Baqués-Quesada**

CATARATA

EJERCITOS

# La construcción de una política exterior y de seguridad común en Europa

## ¿Por qué es tan problemática?

**Josep Baqués-Quesada**

CATARATA

EJERCITOS

# Índice

PRÓLOGO

PREFACIO

CAPÍTULO 1. UBI SUNT, EUROPA?

CAPÍTULO 2. QUO VADIS, EUROPA?

El legado de Arnold Toynbee

Las aportaciones de Samuel Huntington

CAPÍTULO 3. LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA… ¿UN PROYECTO DE FUTURO?

CAPÍTULO 4. DE AUTONOMÍA Y DE ACTORÍAS ESTRATÉGICAS

CAPÍTULO 5. EL DIFÍCIL CAMINO DE LA (NO) CONSTRUCCIÓN DE UNA EUROPA DE LA DEFENSA

¿Europa o Europas?

El papel de los EE UU

CAPÍTULO 6. LA REVITALIZACIÓN DEL INTERÉS EUROPEO POR SU AUTONOMÍA ESTRATÉGICA

CAPÍTULO 7. PROBLEMAS DE LA CONSTRUCCIÓN DE UNA EUROPA DE LA DEFENSA

CAPÍTULO 8. Y… ¿QUÉ HAY DEL EJÉRCITO48 EUROPEO?

CAPÍTULO 9. REFLEXIONES FINALES Y CONCLUSIONES

EPÍLOGO

Herramientas políticas

Dinámicas estructurales

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

Josep Baqués-Quesada

**Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Barcelona. Profesor de la Universidad de Barcelona y del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado en Madrid e investigador asociado de la Universidad Francisco de Vitoria. Es director académico del grado en seguridad de la Universidad de Barcelona, director de la Revista de Estudios de Seguridad Internacional (RESI), así como subdirector del portal de transferencia de conocimiento Global Strategy. Es colaborador habitual del Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército de Tierra (MADOC), de la Revista General de Marina y del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE). Ha sido profesor visitante de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y de la Universidad La Lumière, de Lyon (Francia), así como profesor invitado en la Universidad de Granada. Autor de varios libros, el últimos de los cuales es De las guerras híbridas a la zona gris: la metamorfosis de los conflictos en el siglo XXI (UNED, 2021), así como de artículos en revistas indexadas; el último ha sido "Is Morocco operating a grey zone in Ceuta and Melilla?" (Defence Studies, 2023). Está en posesión de varios premios y reconocimientos, entre ellos el Serge Lazareff/OTAN, otorgado por el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas en Europa (2022); el Almirante Francisco Moreno, del Estado Mayor de la Armada Española, o la Cruz al Mérito Militar (aeronáutico) con distintivo blanco, otorgada por el Estado Mayor de la Defensa (2022). También es embajador de la marca Ejército, nombrado por el Jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra (JEME) en diciembre de 2022.**

**Josep Baqués-Quesada**

# La construcción de una política exterior y de seguridad común en Europa

## ¿Por qué es tan problemática?

CATARATA

Colección Investigación y Debate

EJERCITOS

DISEÑO DE CUBIERTA: MIKEL LAS HERAS

© Josep Baqués-Quesada, 2023

© Los libros de la Catarata, 2023

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

La construcción de una política exterior

y de seguridad común en Europa.

¿Por qué es tan problemática?

isbne: 978-84-1352-761-1

ISBN: 978-84-1352-732-1

**DEPÓSITO LEGAL: M-17125-2023**

**thema: 1QFE/JW/LBB**

**impreso por artes gráficas coyve**

**este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.**

A mis alumnos… para que no se conformen con el wishful thinking…

## PRÓLOGO

En los últimos meses, desde Ejércitos —y en colaboración con la editorial Los Libros de la Catarata— hemos publicado dos libros sobre la guerra de Ucrania en los cuales se ha dedicado un importante espacio a los cambios que esta ha provocado en la Unión Europea, tanto en términos de política exterior y de seguridad común como, más concretamente, en la política común de seguridad y defensa. Por supuesto, también en lo relativo a la ayuda concedida a Ucrania, en muchas ocasiones al límite de lo posible dado lo precario de los arsenales europeos. No es casualidad, pues más allá de la importancia que la invasión rusa de Ucrania tiene para la seguridad de los Veintisiete, Europa, y más exactamente la defensa europea, son una de las razones de ser de Ejércitos.

Esta obra, a diferencia de las dos anteriores, es más bien un ensayo, con un tono más amigable y en ocasiones incluso informal —dentro de unos límites, obviamente— con el que pretendemos no tanto ofrecer recetas como abrir un debate sobre los verdaderos problemas de fondo que han venido lastrando —y condenando— los intentos por construir una defensa común. Para ello su autor, el profesor Josep Baqués, analiza los imperativos estratégicos derivados de la historia y la geografía, que afectan a cada uno de los Estados miembros de la UE, complicando —o quizá incluso haciendo imposible— su sustitución por otros comunes que sirvan como base a un proyecto único en materia de defensa. El lector verá pasar por estas páginas autores clásicos, como Halford John McKinder, y otros más modernos —aunque elevados a la altura del anterior—, como ocurre con Samuel P. Huntington. También a Immanuel Kant o Arnold J. Toynbee, entre muchos otros. Por supuesto, fechas y lugares. Ilusiones y sueños frustrados. Especialmente esto último, una constante cuando hablamos de la defensa europea. Un fenómeno de todo menos casual.

La mayor parte de lo que se escribe sobre construcción europea

obedece a la lógica del derecho internacional público y adolece, generalmente, de un sesgo idealista tan admirable como contraproducente. Hacer un análisis lo más exacto de la realidad europea, de las ambiciones y miedos de cada Estado, de sus dilemas de seguridad, de sus aspiraciones e imperativos es, por el contrario, la única receta válida si lo que se pretende es construir una Unión Europea que sea, además de un gigante económico, un "actor estratégico" y no el enano militar que sigue siendo. Es ahí en donde entran los estudios estratégicos y el realismo político. El resultado es un libro abiertamente provocativo, nada cómodo a la retórica idealista dominante, pues solo una visión crítica y racional permitirá superar muchos de los escollos que la UE se ha encontrado en más de 70 años de camino en los que su ambición en materia de defensa no ha hecho, en muchos casos, más que reducirse.

En un mundo en el que hemos pasado en un breve plazo de tiempo de la hegemonía estadounidense, ciertamente cómoda para los europeos, a la competición estratégica entre grandes potencias, solo dotándonos de una capacidad de disuasión —y no solo convencional— creíble y acorde a nuestro tamaño en términos humanos, económicos y tecnológicos, podremos seguir siendo un actor relevante y, en lo posible, autónomo. Sin embargo, después de más de tres décadas de cobrarnos los "dividendos de la paz" esto no puede hacerse en base a articular sobre el papel nuestras esperanzas y deseos —muchas veces grandilocuentes—. Este es un esfuerzo condenado al fracaso que rara vez se traduce en logros prácticos, por lo que se requiere un trabajo de zapa. Un proceso lento y arduo que pasa, en primer lugar, por recuperar la capacidad de pensar en términos estratégicos, algo que las generaciones más jóvenes han olvidado, pues por fortuna no han conocido la guerra; ni siquiera la "fría". Hacer esto posible —el que las nuevas generaciones olviden el idealismo y sean capaces de pensar en términos de poder—, obligará a publicar muchos más libros como este, quizá llegando a otras conclusiones, pero sobre la misma base realista.

En nuestro caso, no es más que un primer paso, al que seguirán más adelante otros tratando temas más específicos relacionados con la defensa europea. No es un capricho, sino que nos va la vida en ello. Y no nos referimos a la vida de nuestro pequeño negocio editorial,

sino a la de los europeos, que corren el riesgo de quedar relegados a la irrelevancia si no son capaces de salvar sus diferencias y cooperar también en esta materia. Es por ello por lo que, con la esperanza de contribuir a un objetivo que va más allá de personas o Estados, nos hemos lanzado a esta nueva aventura, a sabiendas de que el tema europeo, al menos en lo relativo a la defensa, rara vez vende. Además, lo hemos hecho con la ilusión de obligar a pensar, forzando al lector—especialmente al joven— a salir de los lugares comunes, del pensamiento mágico y de la retórica propia de la "burbuja europea". Si apenas un puñado de jóvenes son capaces de salir de esta suerte de jaula de oro intelectual gracias este libro, nos daremos por satisfechos.

Christian D. Villanueva López

*Bruselas, abril de 2023*

**PREFACIO**

El origen de este libro reside en un debate recurrente y en la necesidad de poner algo de orden en el mismo. En efecto, periódicamente sale a la palestra la intención de la Unión Europea (UE, en adelante) de convertirse en un actor estratégico. Así como el anuncio, que suele ir de la mano del primero, de que "ya tenemos un ejército europeo". Recientemente, a caballo entre la retirada de los EE UU, de Afganistán y la entrada de Rusia en Ucrania, ese debate ha arreciado. Sin embargo, una cosa son las declaraciones y las intenciones, y otra, muy diferente, la realidad.

Porque, si cada vez que se ha anunciado la creación de un ejército europeo, este hubiera sido una realidad, ahora tendríamos, como poco, tres o cuatro ejércitos europeos: recordemos la Comunidad Europea de Defensa en los año cincuenta y la creación del Eurocuerpo, activo apenas para desfiles, ya en los años ochenta y noventa del pasado siglo, o las expectativas generadas tras la cumbre francobritánica de Saint-Malo, celebrada en 1998, además de otras campanas lanzadas al vuelo en momentos más puntuales. Anuncios que en muchos casos apenas sirvieron para nutrir a una prensa siempre necesitada de titulares, llegando así a una opinión pública de la cual las elites políticas se diferencian cada vez menos. Estoy pensando en los acuerdos de defensa alcanzados entre Francia y el Reino Unido, a finales del 2010. Ahora bien, tras tantos dimes y diretes, lo único cierto es que no tenemos ningún ejército europeo.

Pero, como no puede ser de otro modo, dada la enjundia del tema, son muchos, tanto civiles como militares, quienes se preguntan las razones por las cuales la UE no logra despegar como un actor estratégico digno de tal nombre, ni es tenido por tal entre las grandes potencias. Mi experiencia a lo largo de estos años, que incluye largas conversaciones con mandos de nuestras fuerzas armadas, me ha enseñado que, tras pasar un tiempo destinados en instancias de la UE, esos mandos aprecian las actividades que ahí se desempeñan, hasta el punto de que, con alguna rara excepción,

regresan convencidos de la importante labor que desarrolla la UE en el ámbito de la política exterior y de seguridad. Sin embargo, ellos regresan, y las cosas continúan igual. Cuando pasan meses, quizá años, de esa experiencia, tras un largo período de descompresión (valga la metáfora) el juicio ya es más ecuánime: sí, claro, la UE "hace cosas". Por supuesto. Solo faltaría que no fuese así. Ahora bien, quizá no haga todas las necesarias para cubrir sus objetivos más ambiciosos, que es de lo que ahora se trata.

Con todo, la pregunta sigue abierta: ¿por qué? Este libro trata de responder a dicha pregunta, que lo es de investigación. Para hacerlo, asumo como premisa la existencia de lo que en la universidad se conoce como las conceptual traps (traducible como "trampas del conocimiento"). Son tres, a saber: la "miopía", el wishful thinking y la overconfidence. Muchos análisis sobre la UE padecen uno o (más frecuentemente) varios de esos males, auténticas patologías del conocimiento científico. La primera, que, por supuesto, no es visual sino mental, impide que quienes analizan la realidad vean "de lejos". De ese modo, en una reunión del Consejo de la UE (por ejemplo) puede verse todo muy claro, entre sonrisas y, quizá, alguna copa de más. Pero nadie es capaz de levantar la mirada para comprender los problemas estructurales que pueden (y suelen) impedir que esos acuerdos a los que se llega, "mirando de cerca" tengan continuidad en el tiempo; el wishful thinking es el pecado original de la UE, desde el momento en el que los padres fundadores, allá por los años cincuenta, confiaron en el célebre funcionalismo para conseguir que lo que inicialmente apenas era una unión aduanera se acabara convirtiendo en una suerte de macro-Estado, previo paso, probablemente, por una etapa intermedia, de corte federal. Eso arraiga, a su vez, en la vieja tradición kantiana de La paz perpetua (libro de 1795). Dicho lo cual, basta con echar una ojeada al mundo, más de 200 años después de la publicación de ese libro, para comprender hasta qué punto Kant estaba equivocado. Eso no obsta nada, claro está, a que nuestras elites políticas prosigan por esa senda. Los políticos de hoy se parecen, cada vez más, a los "cuentacuentos", sin que la ideología que defienden sea un factor relevante para inhibir esa tendencia a la utopía. Personalmente, preferiría tratar con hombres de Estado, formados para ello.

Entonces, de las tres conceptual traps, nos queda el exceso de confianza. Esta, aunque conecta con la anterior, no es exactamente lo mismo y, visto lo visto, es la más difícil de entender. La única forma de que encaje es recordar otros vicios occidentales, como la persistencia de un etnocentrismo que llega a ser insultante (para los demás) y ya no digamos la teoría del destino manifiesto, tan arraigada en los EE UU desde mediados del siglo XIX, y que fue ampliamente exprimida por varios de sus más famosos presidentes, desde Lincoln a Wilson. Entonces, no creo que tengamos un problema de exceso de confianza, sino de engreimiento. Este libro pretende evitar estas trampas, pero no soslayando el debate, sino poniendo el dedo en la llaga.

Quisiera terminar esta breve introducción haciendo un par de agradecimientos. El primero, a uno de mis maestros, a fuer de profesor: Pere Vilanova. No solemos decirnos cosas bonitas. O nos las decimos feas (alguna vez), o no decimos nada (más veces). Pero ahora es el momento de rendir cuentas. Porque él está ya jubilado y yo consolidado. Antes no tocaba, como suele decirse, porque nunca he soportado el "peloteo" universitario. Me da náuseas ver a compañeros reírle las gracias (o las estupideces) a los catedráticos, por el mero hecho de que lo son. O "machacar" (contribuir a linchar, académicamente hablando) a otro profesor, si eso es lo que tiene en su agenda algún profesor veterano con mando en plaza. ¡Qué asco, Dios mío! Entonces, mientras Vilanova tenía mando en plaza, y yo necesidades, no me apetecía decirle nada bonito, aunque pensaba, sinceramente, que él lo merecía. Ahora que no lo necesito, y él ya no está llevando la batuta, sí puedo. Pues bien, lo más probable es que, sin su influjo, yo no me hubiera dedicado a estos temas. Además, es un hombre cabal, ecuánime, que despierta ese amor a la profesión del que, 25 años después de conocerlo, todavía me alimento. Y encima, es un buen hombre. Nada menos. La primera investigación medianamente seria, y medianamente densa, que realicé sobre la defensa europea, respondió al trabajo de final de curso de una asignatura del curso de doctorado de la Universidad de Barcelona, de la que él era el docente. En fin: gracias, Pere, por ayudarme a ser lo que soy.

También quiero tener un recuerdo, y un agradecimiento, para un militar y académico con el que suelo mantener, desde hace tiempo,

largas conversaciones sobre nuestro país, sus necesidades y el estado del mundo (lo cual incluye la UE, claro). Se trata del coronel de infantería de marina Enrique Fojón. Menudo personaje. A sus setenta y tantos, mantiene la ilusión de un adolescente, pero con la madurez de alguien que tiene muchos tiros pegados (incluso, en un sentido literal de la expresión). Todo un ejemplo para quienes lo rodean. Y, desde luego, para mí. Es de esas personas de las que aprendes grandes lecciones con solo escucharlas.

Termino esta introducción, en definitiva, constatando que he tenido mucha suerte por encontrar en mi camino a personas como Vilanova y Fojón. Solo queda repetir esa cláusula de estilo que dice que todos cuanto de bueno contenga este libro es por influencia de ambos, y que todo lo que no cubra las expectativas es producto de mis propias limitaciones. Sea como fuere, me quedo con los párrafos anteriores, que son los que he escrito con el corazón en la mano.

Josep Baqués-Quesada

*Barcelona, febrero de 2023*

# Capítulo 1

**UBI SUNT, EUROPA?**

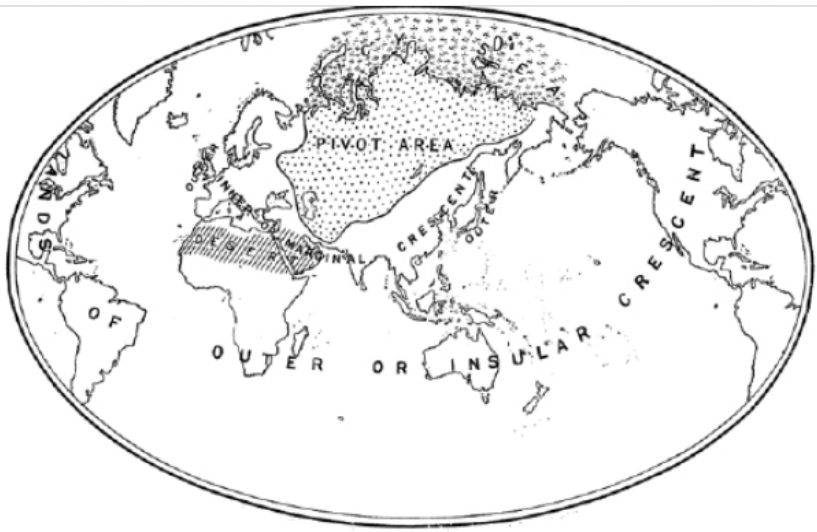
En ocasiones, damos por sobreentendido que el continente europeo constituye una entidad geográfica en sí mismo. A lo sumo, eso podría ser una mera hipótesis de trabajo, a contrastar con la realidad. Entonces, la pregunta pertinente es: ¿constituye Europa una unidad geográfica y, por extensión, geopolítica, o ni siquiera es ese el caso? Esto último se acerca más a la realidad. Cuando menos, habría que recordar que los grandes expertos en geopolítica no trataban Europa como una unidad. Luego podremos hablar de otras cosas. Y lo haremos a lo largo de este libro. Ahora bien, conviene no comenzar a construir la casa por el tejado.

Halford Mackinder, en su aproximación al asunto, teorizó que la franja más importante del planeta, desde una perspectiva geopolítica, la constituye el "área pivote" (según el léxico que él empleaba en 1904, momento en el cual a duras penas esboza las líneas maestras de su teoría, que irá madurando con el paso de los años). Esta extensa zona tiene como epicentro a Rusia, si bien llega a Mongolia (en donde nace, según este autor), y también incluye el norte de China para proyectarse hacia poniente, hasta Ucrania, y alcanzar Polonia. Una descripción que queda recogida a la perfección en la figura 1, de su propia cosecha.

La importancia del "área pivote" radica en tres cosas, a saber: 1) recursos; 2) constituye una fortaleza natural, y 3) es el mejor punto de partida para dominar el resto del orbe. En cuanto a lo primero, se trata de una tierra rica en cereales y en pastos, lo que significa que habrá abundante carne, leche, pieles, etc. También lo es en cuanto a fuentes de energía, sea leña, carbón o, en tiempos más recientes, hidrocarburos, así como en minerales de todo tipo. Además, ha sido tradicionalmente una zona geográfica bendecida con una buena demografía y, en definitiva, con un gran potencial de crecimiento.

**Figura 1**

**Delimitación del ‘área pivote’ y demás espacios en 1904**

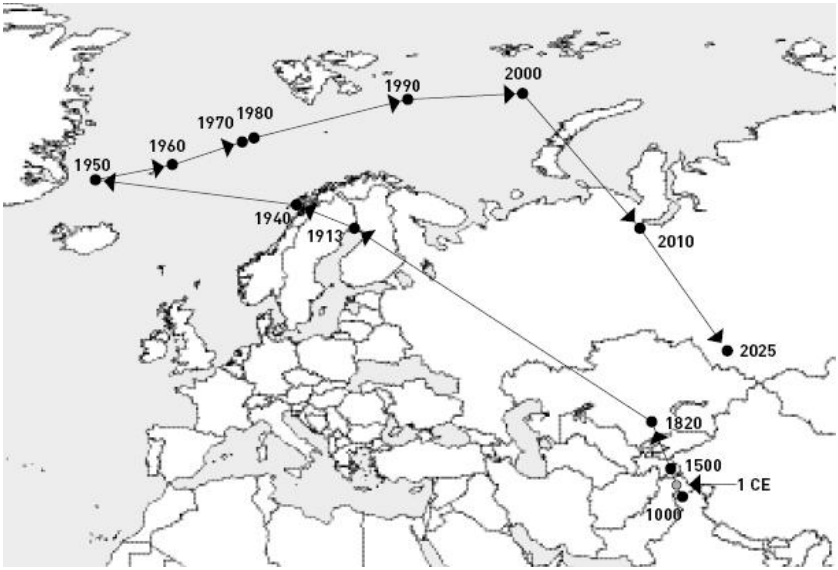



**Fuente: Mackinder (1904: 312).**

El mapa que se muestra en la figura 2 no es de Mackinder y, de hecho, es muy posterior a su muerte. Sin embargo, tiene la virtud de ofrecer una visión rápida de la verdad que incluyen sus reflexiones. En efecto, en él se aprecia que, contra ciertos tópicos al uso, en términos históricos, la mayor parte de la riqueza mundial no se ha generado en la parte occidental de Europa. Ni siquiera en los EE UU, sino en el heartland ruso-chino. Una situación que solamente cambia en la era dorada de la Revolución Industrial (fijémonos en la fecha de cada centro de gravedad de la economía mundial), sin perjuicio de lo cual todo parece indicar que las aguas vuelven a su cauce.

**Figura 2**

**Evolución del centro de gravedad económico (año 1 a 2025)**




**Nota: Calculado por ponderación del producto interior bruto del centro de gravedad de cada Estado.**

**Fuente: Shahidul Islam (2013: 13).**

En segundo lugar, el "área pivote" también es geopolíticamente importante en tanto constituye una fortaleza natural, difícil de asaltar desde fuera por parte de potencias exógenas. En ocasiones, Mackinder llega a decir que se trata de una especie de ciudadela o fortaleza creada por la naturaleza (1943: 601). A su vez, esto es así porque el Ártico protege el "área pivote" por el norte y porque los ríos navegables que discurren en su interior desembocan, bien en el propio Ártico, o bien en mares cerrados, como el Caspio, de modo que no son una buena ruta para atacar el "área pivote", ya que operan a modo de callejones sin salida.

Por último, el "área pivote" es importante porque, siempre según Mackinder, su posición geopolítica central es tal que el país que controle esta área será el que esté mejor posicionado para dominar el mundo. Alguno dirá que esto es una exageración, pero, además de recordar el mapa que recoge la evolución del centro de gravedad

de la economía mundial diacrónicamente considerado, habría que recordar más cosas. Por ejemplo, que las dos guerras mundiales, no menos que antaño otras de gran importancia como las guerras napoleónicas o la guerra de los Treinta Años, se han librado en buena medida en las fronteras del "área pivote", del mismo modo que lo hace la actual guerra de Ucrania. ¿Todo es casualidad? Que cada cual saque sus propias conclusiones.

Por lo demás, Mackinder define otra capa geopolítica, diferenciada de la anterior, que caracteriza como inner crescent, término que en ocasiones se traduce como "media luna interior" o, simplemente, "cinturón interior". Se trata de una franja de tierra que goza de un extenso contacto directo con el mar, y que avanza desde la parte más occidental de Europa (Francia, península ibérica, península itálica y la Hélade) hacia Oriente Medio, para prolongarse a la península arábiga, India y el sudeste asiático. Su importancia radica en que opera a modo de trinchera defensiva del "área pivote". En efecto, si además de los cierres creados por la naturaleza, los Estados del "área pivote" son capaces de controlar el inner crescent, su seguridad estará totalmente a resguardo. De esta guisa, el inner crescent terminaría convertido, por mor de la geopolítica, en una especie de "cortafuegos" (Goñi, 2021: 4) que aísla por completo el "área pivote", incluso de hipotéticos asaltos realizados desde el mar. Lo hace, además, de una forma parecida a la de los castillos medievales, rodeados de un foso que, llegado el caso, inundaban como defensa pasiva contra hipotéticos asaltantes. En este sentido no hay más que imaginar la barrera defensiva que representa el Mediterráneo, de oeste a este. Pero solo será así en caso de que los Estados del inner crescent estén por la labor. De lo contrario, dicha área podría ser lo opuesto: una magnífica cabeza de playa, necesaria para penetrar hacia el interior de la "ciudadela".

Con el pasar de los años, el propio Mackinder fue puliendo su teoría, hasta desembocar en su versión más conocida, casi famosa, que es la teoría del heartland y que parte de las mismas premisas. ¿Qué es lo importante? Que se trata, en esencia, de una expansión geográfica del "área pivote" originaria. Hacia 1919, la nueva versión era un hecho, si bien la sigue recogiendo y la explota incluso en sus últimos libros, publicados en los años cuarenta del siglo XX, en plena Segunda Guerra Mundial. Las principales

novedades se dan, precisamente, en suelo europeo. Desde 1919, el heartland se extiende hasta engullir el mar Negro (además del Caspio), para entrar en Turquía, en Alemania y en Escandinavia, como puede verse en la figura 3.

**Figura 3**

**Extensión del heartland, ampliada en 1919**

**Nota: La zona rayada es la ampliación geográfica del concepto, planteada entre 1904 y 1919.**

**Fuente: Mackinder (1943: 130).**

Dicho todo lo anterior, y a efectos del tema que aquí tratamos, es

importante registrar que, sea cual sea la versión que empleemos, Europa queda dividida en, al menos, dos instancias geopolíticas diferentes. Podemos discutir la frontera, ciertamente, pero lo fundamental es que la diferencia entre ser parte del "área pivote" o heartland (da igual, para el caso) o serlo del inner crescent sí parece relevante. Lo es en tanto en cuanto condicione el papel de los Estados que integran cada una de esas regiones, así como en función de las relaciones que se puedan tejer entre unos y otros.

Algunos de los más importantes historiadores especializados en la Europa del siglo XX intuyeron a la perfección el marco conceptual de Mackinder, aunque no lo citen. Pienso en Christopher Dawson y su obra Los orígenes de Europa (1932). Ahí, el historiador británico recoge la idea de que Europa puede ser vista como una mera "prolongación de Asia" (Dawson, 2007: 29). Esto es sorprendentemente mackinderiano, y no solo en la geografía física. Porque, en efecto, Mackinder siempre añadía que Europa fue moldeada desde el este. Concretamente, a partir de sucesivas oleadas de invasiones bárbaras, incluyendo a los mongoles, que llegaron a las puertas de Alemania (hasta Viena) tras acomodarse en Ucrania (Mackinder, 1904: 306). No es que toda Europa cayera bajo su yugo. Pero hasta las sociedades que lograron parar esas invasiones quedaron constituidas por las mismas, a sensu contrario. Por lo pronto, una parte de Europa está integrada en el heartland, pero otra lo está en el inner crescent. Solo el primero es deudor directo de ese pasado de invasiones del este. Dawson, de nuevo, contribuye a entender y enfatizar eso: distingue entre la "Europa continental" (la del heartland, si se prefiere) y la "unidad cultural mediterránea" (Dawson, 2007: 31) que, de un modo bastante forzado, a través de las campañas militares de Julio César, pudieron ser artificialmente compactadas, sin que ello nos permita olvidar esas diferentes realidades. Realidades que son, sobre todo (pero no solo), geográficas si atendemos a Mackinder y, sobre todo (pero no solo), culturales, según Dawson. Eso sí, existe una discrepancia importante entre nuestros dos referentes. La planteo sin que, en este momento, me interese mucho dilucidar quién tiene más razón. De lo que quiero tomar nota es de la discrepancia en sí misma. Porque ahonda esa sensación que, inevitablemente, subyace a este libro, acerca de que es complicado hablar de Europa sin adjetivos, como si fuera una unidad. Ocurre que, mientras para Mackinder el núcleo

duro europeo tiene que ver, claro está, con el heartland, de modo que todo lo que ocurre en la periferia de este (inner crescent incluido) ostenta un rol a la vez secundario y reactivo, para Dawson se invierten las tornas. Literalmente, Europa sería, ante todo, y por encima de cualquier otra consideración, una "civilización mediterránea" que solo a partir de las conquistas, muchas veces inestables y precarias del Imperio romano, se abre al extraño mundo "continental" (Dawson, 2007: 31). Aunque él no utilice la expresión inner crescent en sus libros, está claro que, a ojos de Dawson, el epicentro geográfico y cultural de Europa está entre Grecia (Atenas, en clave histórica) e Italia (Roma, en clave histórica) y bastante lejos de Alemania, sin perjuicio de los sucesivos esfuerzos de hilvanar toda esa amalgama a través del césar, de Dios y del Imperio carolingio. Mi sensación es que, probablemente, sigamos en las mismas, en pleno siglo XXI. En esas estamos, sí, pero sin Dios y con la victoria temporal, en esta pugna entre dos Europas, de las tesis de Mackinder.

**Figura 4**

**Grupo de Visegrado**

Dicho todo lo cual, no podemos omitir el hecho de que, incluso dentro de la propia Europa del heartland, se pueden apreciar algunas brechas. Que la herida cicatrice, o que se vaya agrandando, está por ver. Lo ya visto, de lo que conviene tomar buena nota en sede académica, es el surgimiento —y la formalización a nivel institucional— de un grupo de Estados de Europa central, encapsulados entre Alemania y Rusia, que se han unido para defender sus propios intereses: el autodefinido como Grupo de Visegrado o V4. Está formado por Chequia, Eslovaquia, Polonia y Hungría, nada menos. En la figura 4 podemos visualizar su evidente contigüidad y continuidad geográficas. Cosa que justifica que lo expongamos en este primer capítulo del libro.

Ahora bien, el Grupo de Visegrado ostenta otras pretensiones, quizá exageradas, respecto a la eventualidad de constituir una civilización —más allá de la geografía— diferenciada dentro de Europa. Aunque en el siguiente capítulo de este libro hablaremos más de ello, conviene adelantar algunas frases tomadas de la página web del grupo:

Chequia, Hungría, Polonia y Eslovaquia siempre han formado parte de una única civilización, compartiendo valores culturales e intelectuales y raíces comunes que parten de diferentes tradiciones culturales que tienen el deseo de conservar y estrechar en el futuro[1].

Que tengan mejores razones o no para alegar tal cosa, no es lo que más nos interesa en este momento. En cambio, sí es relevante el nivel de convicción que se deduce de sus propios manifiestos, así como la intención del Grupo de perseverar e ir a más en el futuro. Asimismo, es importante recordar que no estamos ante una alianza de última hora, ni de coyuntura, sino ante un proyecto de muy largo recorrido, que vio la luz en 1991… ¡Antes de Maastricht!

¿Tiene sentido? Geopolíticamente hablando, sí. Desde luego. Porque, mirando el mapa, se observa que tienen frontera con Rusia (únicamente en Kaliningrado), con Bielorrusia y con Ucrania. Estados estos dos últimos que, en este caso, y de forma ostensible, operan como Estados-tapón o buffers frente al territorio principal de la Federación Rusa. También es llamativo que el Grupo disponga de una extensa frontera con Alemania. Y que sus miembros no parecen conformarse con una postura meramente pasiva al respecto. Todo ello tiene su razón de ser, en clave histórica. Porque países como Chequia tradicionalmente han necesitado a Rusia para protegerse de Alemania. La crónica de lo sucedido es sencilla: Chequia era eslava, y Rusia la protegía tanto de los ataques otomanos como de las pretensiones expansionistas germanas (Kratochvil, 2004: 1). Tampoco podemos olvidar que, justo antes de la Segunda Guerra Mundial, Alemania ocupó el territorio habitado por los sudetes[2]. Y que, tras comenzar la guerra, Polonia fue invadida, mientras que Eslovaquia y Hungría se convirtieron en satélites del III Reich, en parte voluntariamente y, en parte, sin duda, para evitar males mayores. Luego tropas de ambos Estados participaron de la ofensiva nazi contra la URSS[3] y del desastre de Stalingrado, consumado en enero de 1943. Valga todo ello para comprender la sensación de encapsulamiento y angustia que viven los países del Grupo de Visegrado.

¿Cuál es la situación actual, en el seno de la UE? En estos países se mantiene cierto euroescepticismo. Ahora vienen los datos, y los matices. Pero, en general, no puede decirse que sean un pilar (democrático) de la Unión. Porque, si bien los gobiernos respectivos se posicionaron a favor de la integración, nunca han desaparecido las muestras de distanciamiento con Bruselas. En cifras muy recientes (2021) se observa que en Chequia apenas el 41% de su población está de acuerdo con la afirmación de que la membresía de su país en la UE es una "buena cosa". Por su parte, esa posición es compartida por un 57% de los eslovacos y por un 59% de los húngaros. Cifras nada tranquilizadoras, máxime si añadimos la tensa relación de la gobernanza húngara con Bruselas. Es decir, que la perspectiva (y casi podríamos decir que la prospectiva) invita a pensar que ese porcentaje de gente satisfecha con la UE podría ser, a día de hoy, todavía más bajo. Solo en Polonia aparecen cifras claramente tranquilizadoras para la UE: un 68% de sus ciudadanos opina que la presencia/permanencia de su país en la UE es/sigue siendo una "buena cosa" (Gyárfásová y Meseznikov, 2021: 23). Analizando otras encuestas, se descubre que, apenas por debajo de la pandemia provocada por el coronavirus COVID-19, la principal preocupación de estos Estados es la inmigración. Tanto, que en Chequia preocupa más que la propia pandemia. No parece, pues, que sus agendas estén alineadas con las de la Alemania de Merkel o Scholz ni con el mensaje oficial de la UE (ibid.: 24).

De lo que no cabe ninguna duda, con los datos disponibles, es que el apoyo de los Estados del V4 a la OTAN es mucho más alto que el que dan a la UE, con la única excepción, muy llamativa, de Eslovaquia. Siendo así, no parece que la apuesta por una autonomía europea, emancipando a la UE de la tutela de la OTAN y de los EE UU, sea el camino preferido por estas sociedades, que son las que votan a sus gobernantes. En realidad, la guerra de Ucrania no ha hecho más que potenciar viejos temores y volver (o mantener) la mirada de estos Estados hacia la OTAN. Lo documentos oficiales destinados a trabajar el tema de su seguridad y defensa insisten en que la apuesta lo es por potenciar el "flanco este de la OTAN" (Krúpa et al., 2022: 2). Lo cual, por cierto, deja claro que este grupo no solamente aspira a ser un grupo de presión dentro de la UE, sino también dentro de la OTAN. También que este énfasis, hoy en día dominante, puede ir en detrimento de los intereses de los Estados

del inner crescent europeo. De modo que la irrupción del Grupo de Visegrado en la escena internacional puede ahondar las diferencias existentes entre el heartland y el inner crescent, con todos los riesgos que ello implica para el proyecto europeo.

Por lo demás, también es muy significativo, a efectos analíticos, que la organización que recibe más apoyo popular (Gyárfásová y Meseznikov, 2021: 27), en todos los miembros del Grupo de Visegrado, unánimemente, y con mucha diferencia, sea el propio V4, dándose la cifra más baja, el 58%, en Chequia, y la más alta, nada menos que un 76%, en la díscola Hungría. Esto contribuye a pensar que las posibilidades de que el V4 acabe convertido en algo más que un lobby dentro de la UE, en tanto eso ya lo es en la actualidad, son dignas de ser tenidas en consideración.

Además de lo anterior, se ha constatado también la escasa confianza de las poblaciones de esos países hacia Alemania, que suele estar por debajo del 50%, salvo en el caso de los húngaros, con un 62%. Cuestión que contrasta con el magnífico feeling existente entre los Estados del V4 y Austria. Sentimiento que, además, es recíproco. Entre otras cosas, porque Austria viene formando parte de un "eje antinmigración" que rechaza y, en su caso, incumple, las cuotas impuestas por la UE, surgido en el seno de los Veintisiete. Sí, en su seno, pero difícilmente por casualidad, pues queda vertebrado en torno al V4 que, con Austria, en muchos momentos opera en realidad como un $V4+1$[4].

Pero eso no es todo, porque si buceamos en la documentación generada por el Grupo de Visegrado en los últimos años, descubrimos que, para ciertos temas —si bien, no todavía para los de seguridad y defensa—, ya se viene trabajando junto con un elenco más amplio de Estados. Entre estos últimos suelen figurar Croacia, Rumanía y Bulgaria, con los que se han suscrito acuerdos sobre transportes y comunicaciones, el 9 de diciembre de 2020, y sobre nuevos desafíos en el sector agrícola, el 21 de abril de 2021. Por consiguiente, todo parece indicar que el V4 tiene un gran futuro por delante, tanto en lo que se refiere a la tendencia a ampliar competencias como en lo relativo a ulteriores ampliaciones, o al fomento de nuevas asociaciones. Oficialmente, para reforzar a la UE y a la OTAN. En la práctica, quién sabe, ya que se trata de un

conjunto de Estados dotados de una fuerte personalidad y de intereses especiales y específicos de la zona del heartland en la que se encuentran. Intereses no siempre compartidos con socios y aliados ubicados en otros rincones de esa ¿unidad? llamada Europa. En efecto, si nos fijamos en el V4, y luego en el Grupo ampliado al que acabamos de hacer referencia, el elemento común, compartido por todos esos Estados (salvo Austria, pero añadiendo, desde luego, Croacia, Rumanía y Bulgaria) es que se trata de países eslavos.

Esto es muy interesante para abrir los ojos, una vez más, a quienes no hacen caso de las lecciones de la historia, ni del impacto en el presente de la historia pasada, sobre todo si es reciente. Porque estamos asistiendo, por otras vías, a la recuperación de lógicas centroeuropeas que parecían haber desaparecido tras la Primera Guerra Mundial: ¿se acuerdan del Imperio austrohúngaro? Por otro lado, también observamos que el legado de la Segunda Guerra Mundial es importante, como lo demuestra el escepticismo mostrado por los Estados del Grupo de Visegrado hacia Alemania. Ni qué decir tiene que, si Austria se desliza hacia el V4, eso constituiría un mazazo tremendo para Berlín, que a través del pangermanismo (en lo ideológico) y de todo tipo de maniobras, más o menos grises, o más o menos coercitivas, siempre ha tratado de mantener a Austria bajo su control e influencia. Si esa tendencia se amplía a países como Croacia, por los que tanto ha hecho Alemania, incluso a riesgo de reventar los Balcanes, el órdago contra Berlín sería de escándalo. Sea como fuere, la institucionalización de este grupo de presión dentro de la UE ni puede pasar inadvertida, aunque a menudo lo haga incluso entre académicos, ni es neutra y mucho menos favorable ante la perspectiva de una auténtica "comunidad" (en el sentido de gemeinschaft) europea, vertebrada en torno a la UE.

Pero los embrollos no terminan aquí. No podemos obviar que cada una de esas partes de Europa no agotan ambas regiones. Eso es clave: la parte de Europa integrada en el heartland tiene frontera (no una, sino varias) con Rusia que, lejos de ostentar un papel periférico en el heartland, constituye su epicentro. A su vez, esa gran franja defensiva llamada inner crescent incluye varios de los países de mayor peso económico, demográfico y militar de Europa, pero se prolonga, sin solución de continuidad, a Oriente Medio y

más allá. Entonces, desde una perspectiva geopolítica, no solo Europa no es una unidad de análisis, sino que, además, son varias las partes de Europa que podrían ser mejor comprendidas si las tomáramos en cuenta como eslabones o prolongaciones de otros espacios, geopolíticamente más relevantes.

Todo esto no puede ser omitido, pues contribuye sobremanera a entender las discrepancias tantas veces notadas (y anotadas, a modo de distintas sensibilidades) entre las diferentes políticas exteriores y de seguridad de otros tantos Estados de la UE. Por el contrario, la ignorancia de estos factores contribuye a entender erróneamente que el hecho de que los diferentes Gobiernos europeos lleguen o no a acuerdos depende de la voluntad política de sus dirigentes, o poco más.

Sin embargo, tal como estamos insinuando, hay que contar con factores estructurales, de corte geopolítico, que vienen condicionando esas políticas (razonablemente) desde hace décadas y, en algunos casos, siglos. Eso, lógicamente, va más allá de la opinión, o de los deseos, de esos mismos gobernantes. Desde corrientes como la geopolítica crítica se puede aducir que esto de la geopolítica no es algo inmutable, y que las lecturas que hagamos dependen de cada contexto histórico, y hasta mental. Por supuesto, esto último es cierto, pero no lo es menos que los Estados están donde están y tienen las fronteras que tienen, y no se puede eliminar el mar Mediterráneo por más que tratemos de desecar el agua que contiene empleando como absorbente las obras completas de Marx y Engels; como tampoco podemos derribar cordilleras dando mazazos con esas mismas obras. Alemania está donde está; igual que Rusia, cada una con sus problemas a la hora de buscar salidas a aguas cálidas…

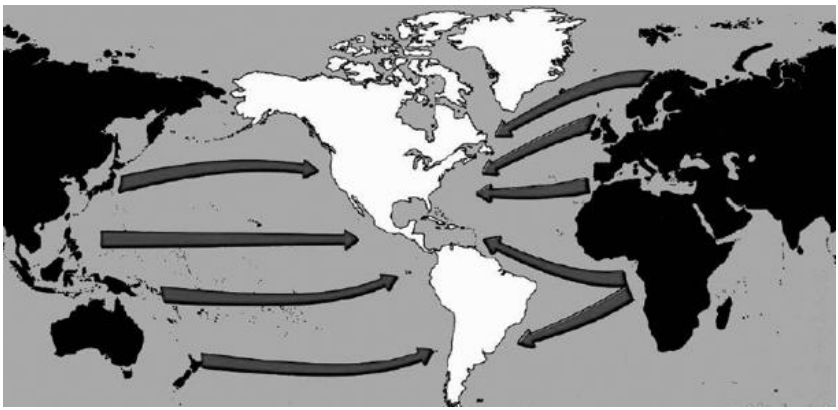
Y esto es así, simplemente, mirando a Europa. Pero Europa está en el mundo. No es ninguna obviedad. Que lo esté significa que potencias extraeuropeas plantearán sus propias estrategias asumiendo un determinado rol que Europa pueda jugar en la partida de la que ellas son también parte interesada. Aunque, visto lo visto, ni siquiera es ya útil hablar de Europa, sin más. Es decir, lo que en realidad se van a plantear esas otras potencias es qué quieren obtener del inner crescent, por una parte, o del heartland,

por otra. O, en su caso, qué tienen que temer de sus contrapartes ubicadas en tan importante región del planeta.

He terminado el párrafo con un temor, como el lector sospechará, por alguna razón de peso. Efectivamente, otro de las primeras espadas de la geopolítica, Nicholas Spykman, un ciudadano estadounidense de origen holandés que siguió las aguas de Mackinder, advirtió que, según se mire el mapa (ya saben, el saludable y divertido juego de ponerlo del derecho o del revés) se podía comprobar que los mismísimos EE UU podían quedar sometidos a una suerte de bloqueo estratégico (strategic encirclement). Eso se haría realidad en el momento en el que Washington no controlara el inner crescent, al que Spykman rebautiza como rimland. En la figura 5 se expone con toda claridad.

**Figura 5**

**BLOQUEO ESTRATÉGICO DE LOS EE UU**



**Fuente: Spykman (1944: 59).**

Todavía más. Spykman era muy escéptico con el hecho de que los EE UU se tengan que implicar en las guerras de Europa, contribuyendo de ese modo a transformarlas en mundiales. Sin

perjuicio de lo cual, entendía y exponía las razones de ello. En la Primera Guerra Mundial el problema era que Alemania había logrado cooptar para su causa a los imperios austrohúngaro y otomano. El primero de los cuales incluía, por ejemplo, Croacia, con su salida al Mediterráneo, que también compartía el segundo. Es decir, que lo que preocupaba a la Casa Blanca era que una potencia del heartland (Alemania), más allá de emplear el rimland como escudo defensivo, lograra salir a mares abiertos, para de ese modo proyectar poder a largas distancias. De la misma manera, en la Segunda Guerra Mundial una Alemania que contaba con Italia como aliada invadió Yugoslavia y Grecia e incluso… ¡Francia y Noruega! De modo que sus submarinos y sus buques de guerra de superficie operaban desde el cabo Norte hasta Burdeos. Sabemos, por ejemplo, que hay cascos de los temidos U-Boote de la Kriegsmarine hundidos en el golfo de México, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. No es pues de extrañar la preocupación en Washington.

Lo mismo es cierto para el resto del rimland, en su faceta asiática, con la consiguiente inquietud de los estadounidenses ante el auge de un Japón que, en los años treinta del siglo XX, pasó a controlar Manchuria, la península de Corea y parte de China, incluyendo enclaves tan importantes como Shanghái. Pero en este análisis nos centraremos, claro está, en Europa.

En la práctica, tal como delatan tanto el texto original de la Carta de las Naciones Unidas (1945) como el posterior proyecto nonato de creación de una Comunidad Europea de la Defensa (CED) en los años cincuenta del siglo XX, e incluso el modo como se llevó a cabo el rearme alemán, bajo la atenta mirada de Washington, el principal problema atisbado por Spykman era, precisamente, el control de Alemania. Volveremos sobre ello con más detalle en otros capítulos de este libro. Por el momento, nuestra intención es mostrar la utilidad de este tipo de teorías, si de lo que se trata es de entender las razones por las cuales suceden las cosas que suceden. En este aspecto, cabe añadir que Spykman mostró su preocupación por el ímpetu alemán, pero constató una tendencia en la que habría que perseverar para evitar disgustos en el futuro: el hecho de que Alemania hubiera ido retrocediendo constantemente en kilómetros de costa, que queda reflejado en la tabla 1, que aquí adaptamos.

**Tabla 1**

**RETROCESO PROGRESIVO DE LAS COSTAS ALEMANAS**

| Año/etapa histórica | Kilómetros de costa |
|---|---|
| 1240 | 5.100 |
| 1370 | 3.700 |
| 1850 | 2.400 |
| 1900 | 1.355 (sin contar sus colonias en África) |
| 1925 | 1.120 |

Fuente: Spykman (1938b: 221).

Más claro, si cabe: los EE UU recelan de una Alemania demasiado fuerte. Algo que se hizo notar, de forma no ya evidente, sino hasta descarada, a través de los diversos planes diseñados desde Washington para desmembrar Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. La solución final es de sobra conocida y pasó por la división entre la República Federal de Alemania y la República Democrática de Alemania. Curiosamente, si miráramos con atención el mapa del heartland de Mackinder, podríamos comprobar que esa división coincide, casi al detalle, con la que se dio en la Guerra Fría entre las dos Alemanias. Esto debería hacernos reflexionar. Porque la consecuencia de ello, es decir, la reunificación de Alemania, fue tomada como si viniera dada por la naturaleza. O como si se tratara de un último aliento del nacionalismo Volkgeist. O como si ese tipo de nacionalismo fuese algo benéfico. Pero, como el lector notará, ya son demasiados "como si" consecutivos. Así es. Lo cierto es que los analistas de la época no solo pasaron de puntillas sobre la disolución de la URSS y su desmembración, de la que nace Ucrania, por ejemplo. Sino que, sobre todo, lo hicieron sobre una reunificación que no estaba en la agenda de Washington en 1945 y que, a decir verdad, pese a los parabienes oficiales, normalmente hipócritas, tampoco hizo demasiada gracia en París.

El discurso alemán de la época de la reunificación no era agresivo en las formas, por supuesto, pero era asertivo en el fondo. Desde Kohl a líderes como Schauble, ya no se veían a sí mismos como "el baluarte occidental contra el Este", sino que alardeaban de "haberse convertido en el centro de Europa". Afirmación que sería demasiado evidente si se circunscribiera a lo puramente geográfico. Nada de eso, pues, en realidad, lo que estaba en sus agendas era recuperar la vieja idea de Mitteleuropa, para que Alemania fuese la encargada de "crear orden" en el Viejo Continente (Brzezinski, 1998: 81).

De hecho, el órdago no fue menor, ya que amenazaba frontalmente la pretensión francesa de liderar Europa: "las autoridades francesas se vieron en una situación en la que su compromiso con la integración europea quedaba claramente afectado por las nuevas circunstancias, con un notable cambio en los equilibrios de poder en el continente en detrimento de su país" (Lion Bustillo, 2013: 252).

Como es bien sabido, Francia actuó, sobre todo, de modo reactivo. Lo hizo tratando de compensar esa reunificación con algunas concesiones por parte alemana, la más relevante de las cuales, en lo territorial, era el mantenimiento de la frontera Oder-Neisse, lo que significaba que Francia lograba eliminar cualquier tentativa alemana de reivindicar en el futuro territorios polacos (Bozo, 2009: 90). En resumidas cuentas, ¡una vuelta a 1939! Una búsqueda de equilibrios y garantías que han ido más allá de quién gobierna cada país o de la época de que se trate, como lo prueba el hecho de que algo que era un axioma para De Gaulle, a la hora de la verdad, fue exigido y logrado por Mitterrand. Y es que ya se sabe: en los Estados serios —y Francia lo es— los principales partidos consensuan las líneas maestras de sus políticas exteriores y de seguridad, algo por otra parte envidiable. Aunque Mitterrand también aprovechó la ocasión para imponer la moneda única europea, tratando de evitar con ello que el marco arrasara al franco y que el Bundesbank terminara marcando la senda de Europa. De todos modos, había también preocupaciones más elaboradas en París. Sobre todo, que Alemania se acercara en demasía a la URSS, debilitando con ello la seguridad occidental (Lellouche, 1990: 100; Lion Bustillo, 2013: 267). Es decir, lo que había cambiado no era poca cosa, y necesariamente iba a tener un gran impacto en el futuro de la construcción europea. Aunque no se le ha dado a este fenómeno la importancia que merece, quedando eclipsado por otros, como el citado colapso soviético. Quede constancia, en cualquier caso y por el momento, de los tiras y aflojas de los protagonistas del tan cacareado eje franco-alemán, un tema sobre el que volveremos en varias ocasiones a lo largo de esta obra.

No fueron los únicos planes esbozados por los EE UU para influir en el futuro de Europa. Planes elaborados, además, al más alto nivel y que compitieron con el aplicado en última instancia. Uno de ellos, diseñado por el entonces secretario del tesoro de los EE UU Henry Morgenthau, Jr. (a quien no debemos confundir con el profesor Hans Morgenthau), data de 1944, pero pensando ya en una posguerra monitoreada de acuerdo con los intereses de los EE UU. Dicho plan consistía en: 1) entregar territorios a Polonia y Francia, en detrimento de Alemania (oriental y occidental, respectivamente); 2) dividir el resto en Estados independientes, regresando de ese modo a una Alemania prebismarckiana, hasta el punto de que

hablaba, expresamente, de que Baviera y Prusia serían dos Estados diferentes, pese a lo complicado que resulta afirmar que a eso se lo pudiera seguir llamando Alemania, y 3) desindustrializar todos esos territorios, para que dichos Estados germánicos no volvieran a levantar cabeza (Morgenthau, 1944)[5]. O no, al menos, como potencias relevantes dentro del concierto continental.

Este plan puede resultar, a fuer de sorprendente, un tanto antipático. Finalmente, fue simplificado y, en el fondo, edulcorado, a través de los acuerdos de Yalta. Porque Rusia, que todavía era la URSS, tenía también cosas que decir. Era y es un país para el que su geopolítica ha sido esencialmente la misma en tiempos de los zares, de los bolcheviques y de Putin, consistiendo en alejar lo más posible su frontera occidental de Moscú, con la mirada puesta en conseguir mayor profundidad estratégica defensiva y tratando de evitar, de ese modo, que se repitan invasiones como las protagonizadas por Napoleón o por Hitler.

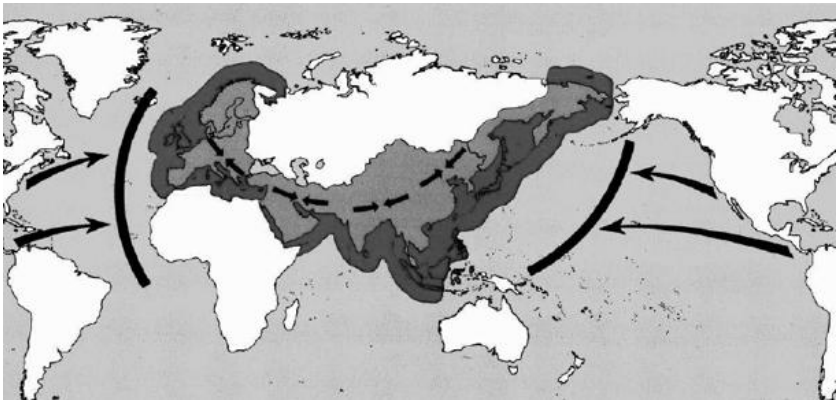
Nada de lo anterior constituye, ni mucho menos, un suceso aislado. La mayoría de los planes que incidieron directamente en el futuro de Europa, incluso siendo bastante más simpáticos, se basaron en los mismos presupuestos geopolíticos. Un caso muy curioso lo encontramos en el archiconocido Plan Marshall. Visto desde una perspectiva económica, este conjunto de iniciativas fue un desastre. Las ayudas e inversiones estadounidenses en Europa, lejos de lograr que los ciudadanos del Viejo Continente se dedicaran a consumir productos manufacturados en los EE UU, lo cierto es que finalmente contribuyeron tanto a la recuperación económica europea que terminaron por alumbrar un competidor, no pocas veces incómodo, para la propia economía estadounidense. Podríamos preguntarnos, por ejemplo, cuántos Chevrolets ha visto circular por nuestras carreteras el lector a lo largo del último año. O, quizá mejor, cuántos años hace que no ve circular un solo Chevrolet por nuestras carreteras. Sin embargo, son preguntas muy poco científicas, por más que clarificadoras. No obstante, los datos disponibles sobre importaciones y exportaciones de automóviles aportados por la Asociación Europea de Constructores de Automóviles (ACEA) demuestran que se trata de una tendencia consolidada a lo largo de los años. Los Estados de la UE venden a los EE UU algo más de 1.000.000 de vehículos al año. Sin embargo, los EE UU, apenas

vendían a esos mismos países unos 300.000 automóviles de todo tipo en 2021; cifra que era incluso menor antes de la pandemia, con 250.000 unidades en 2016. Tanto es así que la UE compra más coches a China (435.000 en 2021) o a Turquía (450.000 en el mismo año) que a los propios EE UU[6]. Si nos planteamos lo que sucede con empresas de origen estadounidense, aunque ya estén arraigadas en Europa, el panorama no es muy distinto. Si bien es verdad que sí vemos vehículos Ford en nuestras carreteras, apenas ocupa el octavo lugar entre los mayores vendedores de automóviles en la UE. Según los datos de la ACEA en 2021-2022, la empresa que más vendió en Europa fue el grupo Volkswagen, seguido del grupo Stellantis (Peugeot, Citröen), del grupo Hyundai (incluye Kia), mientras que en cuarto lugar aparecía Renault, empresa a la que seguían BMW y Toyota. En el caso de Ford era, como decimos, la octava empresa, con unas ventas que en conjunto eran la mitad que las de la surcoreana Hyundai[7]. Es decir, que el Plan Marshall no solo no ha servido a los Estados Unidos para controlar el mercado continental, sino que ha permitido que rivales como China les sobrepasen en algunos sentidos. Podríamos hacer un cálculo parecido al hablar de neveras, lavadoras o de muchos otros bienes de consumo y los datos no serían muy diferentes a los del sector del automóvil. Y, sin embargo, el Plan Marshall fue un rotundo éxito geopolítico. Es así porque la economía no lo es todo y porque lo que oficialmente se denominó European Recovery Program (ERP) fue en realidad el resultado de aplicar la lógica de Spykman tal y como él quería, esto es, sin pegar un solo tiro.

Según su criterio, Mackinder se equivocaba en algo importante: pensaba que quien dominara el heartland debía ser una potencia del heartland. En cambio, Spykman pensaba que, controlando el rimland, se podría hacer lo propio con el heartland, sin necesidad de poner un pie en él. Porque, de ese modo, el heartland quedaría encerrado en su propia “ciudadadela”. Las tropas del castillo no podrían cruzar su propio foso, inundado, al quedarse sin puente levadizo. La idea básica de Spykman se puede observar a partir del mapa de la figura 6.

**Figura 6**

**CONTROL DEL RIMLAND DESDE LOS EE UU**



**Fuente: Spykman (1944: 54).**

La razón de ser del Plan Marshall, al fin y al cabo, pasaba por evitar la tentación comunista en los países del rimland. No olvidemos que, en esos años, el comunismo occidental estaba a las órdenes de Stalin, es decir, de Rusia (entonces todavía la URSS). Podría considerarse que el escenario más prometedor para Moscú era el de una gran crisis económica en Europa, algo que era una realidad en un continente destruido después de años de guerra y antes de la implementación del Plan Marshall. Una situación que podría haber sido explotada gracias al peso del comunismo prosoviético en muchos movimientos de la Resistencia durante la guerra[8] y en la vida política de varias naciones del continente una vez esta llegó a su fin. Tanto es así que en países como Francia o Italia, los respectivos partidos comunistas fueron electoralmente más fuertes que los partidos socialdemócratas de turno hasta bien entrados los años setenta, dando paso posteriormente al eurocomunismo.

En definitiva, Europa ni puede ni debe mirar exclusivamente a su propio ombligo, pues ha sido y será objeto de atención de las grandes potencias, se trate de los Estados Unidos, de Rusia u, hoy en día, de la China de la Ruta de la Seda. Una imagen demasiado autorreferencial de Europa no es útil a efectos prácticos. Hace mucho tiempo que el Viejo Continente ha dejado de ser el epicentro

de la política mundial. Entonces, una imagen que disponga, como es menester, de un zoom ampliado, deberá considerar a esos otros Estados. También habrá de tener en cuenta la eventualidad de que algunos o todos ellos no tomen a Europa como una unidad de análisis, por más UE que exista.

La cuestión es que, si debemos conceder importancia —como parece preceptivo— al tipo de consideraciones expuestas hasta el momento, eso implica que, incluso en las relaciones entre Estados europeos, es conveniente asumir que existen esas diferencias. Porque eso explica, en buena medida, que cada Estado tenga diversas agendas de seguridad y defensa, así como sus propias filias y fobias, largamente larvadas y fuertemente asentadas en sus respectivas historias. Sin duda, eso es así. No atender a esas señales no resuelve ningún problema, del mismo modo que, por más que el avestruz esconda su cabeza bajo tierra y, al no ver nada, crea que tampoco a él le ven, eso no evita que los demás lo tengan en su punto de mira, depredadores incluidos. Lo único que puede conseguir escondiendo su cabeza es perder opciones de supervivencia si algo sale mal. Y en el escenario internacional, lo que puede salir mal, generalmente, sale mal, no es necesario ser Murphy para saberlo.

## Capítulo 2

## QUO VADIS, EUROPA?

Si hasta ahora hemos analizado los pormenores —y las implicaciones— de la geografía europea, en las siguientes páginas desarrollaremos un enfoque más sociológico, asumiendo —como es el caso— que también es importante para la geopolítica.

¿Hacia dónde vas, Europa? Es una buena pregunta. Y la respuesta dista de ser obvia, aunque por fortuna contamos con marcos teóricos que pueden ayudarnos, como poco, a explorar dicha respuesta. En realidad, disponemos de una amplia gama —y amalgama— de autores que en los últimos 100 o 150 años han trabajado el caso de Europa, ora sea monográficamente, u otrora sea en el marco de una discusión más general acerca de las diversas civilizaciones existentes. Spengler o Toynbee pueden ser los principales impulsores de esas reflexiones, mientras que el punto de llegada es, sin duda, la obra de Huntington.

**El legado de Arnold Toynbee**

Es importante tener en cuenta estos referentes, entre otras cosas, porque, metodológicamente hablando, son de los pocos en el ámbito de las relaciones internacionales que no aceptan que los Estados sean la unidad preferente de análisis. No si los pretendemos tomar como la variable explicativa o independiente de los demás fenómenos. En ese sentido, y sin perjuicio de que compartan (o no) alguna conclusión, lo que ahora expondremos tiene poco o nada que ver con la escuela realista de las relaciones internacionales. Esto lo expresa a la perfección Arnold Toynbee en las primeras páginas de su obra magna, A Study of History:

El desarrollo en los últimos siglos, y más particularmente en las últimas generaciones, del pretendido Estado nación autosuficiente, ha llevado a los historiadores a elegir a estos como campos normales del estudio histórico. Pero ninguna nación o Estado nación de Europa puede mostrar una historia que se explique por sí misma (Toynbee, 1974: 15).

Por lo tanto, para estos autores, hablar de Europa, incluso a modo de unidad analítica, no es ninguna boutade. Eso es útil a nuestros efectos. Que esto contraste con lo que hemos trabajado en el capítulo anterior es parte del modo ordinario de proceder de quien escribe como profesor. Y es que en contra de lo que suele ser habitual (pues un servidor lo sufrió en su día, cuando apenas era alumno), lo más conveniente es ofrecer puntos de vista alternativos. Vayamos a ello.

Toynbee tiene claro que una civilización no se distingue de las primeras sociedades (a las que llama “primitivas”) por el hecho de disponer de instituciones, pues esa mediación entre individuos,

capaz de generar normas, no solo existía entre los seres humanos en estadios primitivos, sino que incluso se ha comprobado su existencia, como mínimo, entre otros mamíferos[9]. Por consiguiente, lo que caracteriza una civilización debe ser algo más elaborado que el mero trabajo en equipo o la existencia de jerarquías y de reglas compartidas por todos sus miembros. Más elaborado y, quizá, más sutil. Tal es, al menos, la percepción de Toynbee. No es tan fácil de explicar en unos pocos párrafos. Pero merece la pena esforzarse.

Lo que plantea nuestro autor es que el paso del estadio primitivo a la civilización y, posteriormente, la evolución de las propias (distintas) civilizaciones, se produce cuando se da el salto de una sociedad estática a otra dinámica. Es decir, de una vida pasiva, caracterizada por la mera supervivencia, a un modelo activo que, partiendo de la adaptación al medio (siempre necesaria), da un paso más y se apresura a obtener los mejores réditos de ese mismo medio. Pone el ejemplo de la civilización "sínica", aludiendo a que quizá pueda hablarse de que hay chinos en el mundo desde hace 300.000 años. Pero, añade, durante el 98% de ese tiempo, esa sociedad —primitiva— se basó en el yin (solamente), que significa estabilidad. Eso mismo era lo que les impedía levantar la mirada para dibujar un proyecto vital que no fuese meramente reactivo. Eso llegó, en efecto, pero hace apenas unos 6.000 años, con la incorporación del yang, que constituye su aspecto dinámico, proactivo y, por ende, constructivo (ibid.: 70). Todo ello indica que las civilizaciones tienen una suerte de principio espiritual que las constituye y luego las caracteriza frente a las demás. Espiritual, decimos, que no racial. Toynbee es especial y explícitamente crítico con la narrativa de Gobineau y de Nietzsche, por su carácter biologicista y, al final, racista. De hecho, también critica el excesivo apego de muchos intelectuales occidentales a las tesis de Charles Darwin, a raíz de lo cual se habría producido el fenómeno a descartar, esto es:

Las mentes occidentales modernas han sido llevadas a enfatizar, y sobreenfatizar, el factor racial en la historia debido a la expansión de nuestra sociedad occidental sobre el mundo durante los últimos cuatro siglos (ibid.: 75).

Plantea que si el color de la piel es un dato relevante —cosa que no ve nada clara—, al menos los racistas deberían reconocer que la presunta raza aria habría dado lugar no a una, sino a varias civilizaciones, distintas entre sí: india, helénica, occidental, ortodoxa rusa y la hitita, esta última residente en Anatolia, sobre todo. Pero, por otra parte, recuerda que del mismo modo que algunos autores pueden considerar el peso de lo ario en la aparición de la civilización india, si apostáramos por ese tipo de explicaciones, no deberíamos omitir el peso del mundo dravídico. Por lo tanto, queda claro que Toynbee no habla de razas superiores, sino que, más bien, descarta eso en términos analíticos. Pero sí que habla de la existencia de distintas psicologías, y de diversas espiritualidades, aunque se trate de una noción —un tanto posmoderna, vale decir— de la espiritualidad, no necesariamente ligada a las religiones tradicionales, posibilidad esta última que tampoco excluye.

Un dato importante, que hemos de tener en cuenta de ahora en adelante y no solo para entender a Toynbee, sino también, más adelante, a Huntington: para Toynbee, una civilización es, en esencia, una cultura (kultur, dice). Y eso, a su vez, se produce cuando un "alma poderosa" (mighty soul) interacciona con las condiciones físicas de partida, de un modo determinado y diferenciado (ibid.: 249).

Lo que ha venido sucediendo, desde la noche de los tiempos según Toynbee, es que, lógicamente, cada sociedad, incluidas las primitivas, se ha visto sometida a diversas presiones, muchas veces problemáticas. Y ha tenido que adaptarse a ellas. Pero no lo ha hecho aleatoriamente. De ahí las diferencias. Para hacerlo, cada sociedad ha empleado unos marcos mentales, generalmente mitológicos, que han reportado utilidades y beneficios en esa aventura permanente. Esas tramas (plots) suelen venir acompañadas de dualismos, muchas veces protagonizados por alguna deidad, por un lado, y por algo maléfico (o, directamente, con pelos y señales, satánico), por otro. Y, casi siempre, generadoras de personajes heroicos a los que emular. De hecho, la obra de Toynbee también incluye una teoría del liderazgo social y político, si bien subyace a

la misma, de modo que el lector debe estar especialmente atento para separar el grano de la paja, y aprehenderla. No en vano, él refiere que el modo en el que las civilizaciones nacen, evolucionan y, finalmente, se adaptan, suele ser deudor de individuos o minorías capaces de hacer la mejor lectura de cada situación, para tirar del carro. A esto lo llama tener "personalidad" (ibid.: 251), de modo que en su obra podemos rastrear el origen contemporáneo de llamar a sujetos, no ya notables, sino sobresalientes, "personalidades". Muchas veces, ni siquiera se trata de hombres de acción, sino de intelectuales, místicos, u otros depositarios de una sabiduría que se eleva por encima de la mediocridad general. Platón en el fondo de la caverna, para advertir a los suyos de su alucinación, o Moisés en lo alto del monte Sinaí, para recoger las Leyes, serían ejemplos del gusto de Toynbee. Pero también lo son, a su manera, San Pablo, San Benito o San Gregorio: tienen sus propias contradicciones, pero emergieron con un mensaje potente y útil para que sus respectivas sociedades se sacudieran algunas de las rémoras que las atenazaban.

El caso es que todas las sociedades han pasado por una era de yi, con diversos nombres y acepciones. El yi no implica progreso, pero no es necesariamente malo. No en sí mismo. Es, en todo caso, estático. Entonces, el salto cualitativo, cada vez que se ha producido, ha llegado cuando esa estabilidad se ha visto amenazada. Eso no es darwinismo. Es, si acaso, lamarckismo. Todas las grandes religiones, pero no solamente ellas, han tratado de dar, o al menos de ofrecer, esa sacudida, muchas veces a través de sus mitos fundacionales. Así, han planteado:

Un crítico para volver a hacer pensar a la mente sugiriéndole dudas; un adversario para volver a hacer sentir al corazón infundiéndole angustia o descontento o miedo o antipatía. Este es el papel de la serpiente en el Génesis, de Satán en el Libro de Job, de Mefistófeles en Fausto, de Loki en la mitología escandinava, de los amantes divinos en los mitos de la Virgen (ibid.: 84).

Por lo tanto, el origen de las civilizaciones no tiene que ver con la raza, ni con las razas; ni tampoco (Toynbee insiste mucho en ello)

en la mera adaptación al medio ambiente. Sobraría la palabra "mera" si nos queremos acercar a la realidad. Lo que sí se acerca más a ello es la adaptación a la realidad, mediada por la existencia de unas narrativas, mitos y reglas que, en primer lugar, permitieron el paso del mundo primitivo al estadio civilizacional. Y, en segundo lugar, permitieron diferenciar diversas civilizaciones. Mientras que, en todo caso, ofrecieron opciones para gestionar los retos, inconvenientes y hasta oportunidades que ese medio ambiente iba poniendo en el camino. Otra forma de verlo, que aflora de modo expreso en los textos de nuestro autor, es que esos saltos cualitativos se dan cuando el Mal[10] acecha —penetra— en el mundo de Dios, sea cual sea el modo exacto en el que los componentes de cada grupo interpreten la imagen concreta de Dios. Con esto, además, resuelve uno de los principales dilemas teológicos: ¿por qué Dios permite el mal en el mundo? Los creyentes sabemos que Dios permite el pecado; que la tentación es admitida por Dios, quizá como parte del plan divino (aunque esto podría cuestionarse, en clave teológica). Así como que, sin embargo, "nadie será tentado por encima de sus fuerzas" (Corintios, 10:13). Toynbee ofrece otra explicación, no incompatible con esta. Si bien, como científico social que es, la plantea a nivel agregado, no individual:

En la perfección de lo que Él ya ha creado. No puede encontrar una oportunidad para una mayor actividad creadora. Si se concibe a Dios como trascendente, las obras de la creación son tan gloriosas como siempre lo fueron, pero no pueden pasar de gloria en gloria (Toynbee, 1974: 85).

Dicho con otras palabras, lo que plantea es que la aparición del mal puede hundir una civilización. Ciertamente. Del mismo modo que el mal puede hundir a un individuo. Ahora bien, del mismo modo que la resistencia al mal puede muscular moralmente a ese mismo individuo, para hacerlo mejor persona, con las civilizaciones sucede otro tanto. El mal de la pereza, debidamente combatido, genera un efecto rebote que nos ayuda a fomentar las virtudes (disciplina, laboriosidad, puntualidad) a sabiendas de que, si no adquirimos ese hábito, difícilmente prosperaremos en la vida. Quizá no haga daño

a nadie. Viviré permanentemente en el yin… en una eterna infancia espiritual, hasta que me muera y me convierta, quizá, en estiércol. Pero tampoco haré ningún bien a nadie. Así las cosas, a nivel agregado, el mal también puede ser un acicate para mejorar. A ojos de Toynbee, de hecho, es nuestra única oportunidad para mejorar. Lo que ahora viene lo añade quien escribe, y además entre comillas, para evitar equívocos: "gracias a" Hitler, ahora sabemos que no se puede jugar con fuego. Porque, antes de su llegada al poder, el racismo era una disciplina considerada científica y bien vista tanto en el mundo académico como en el político. Si alguien quiere asociar, automáticamente, racismo con nazismo, puede encontrarse con sorpresas, hasta desagradables, en función de cuál sea su ideología. Basta con un pequeño ejemplo para entender esto último:

Quizá la evolución superior de los arios y los semitas [cosa que en el texto se da por cierta] se deba a la abundancia de carne y de leche en su alimentación [quien escribe eso tampoco oposita a ser el héroe de los vegetarianos]. En efecto, los indios de los pueblos de Nuevo México, que se ven reducidos a una alimentación casi enteramente vegetal, tienen el cerebro mucho más pequeño que los indios del estadio inferior de la barbarie.

¿De quién será este párrafo? ¿De Gobineau? ¿De Sabino Arana? ¿De Rosenberg? No, nada de eso. Es de Federico Engels, el socio y casi alter ego de Carlos Marx. La cita correcta es: Engels, 1986: 62.

Pero no se trata aquí de dejar mal a Engels, sino, hasta cierto punto, disculparlo. Hasta que el mal no irrumpió en escena, en plena Segunda Guerra Mundial, el ser humano, en su infinita limitación mental parecía no darse cuenta de lo peligroso que es jugar con las razas y con el racismo. Lo de Engels era lo "normal" en su época. Efectivamente, el racismo era lo más de lo más en el siglo XIX. ¿Científico? Por supuesto… Lo era para los estándares de entonces. Pero no perdamos el hilo por culpa del ejemplo. Estábamos en que Toynbee apunta que solamente gracias al Mal y a sus interferencias podemos ser mejores. ¿Cuál es, entonces, el problema, ya sea a nivel individual, o colectivo y civilizacional? Claramente, no ser

conscientes de ello: no advertir las señales.

Alguno dirá que Toynbee era un beato. Pero no es así, era un científico social, agnóstico que no ateo. Algo bastante frecuente en la tradición británica del siglo XIX y principios del siglo XX. En la línea de John Stuart Mill y otros grandes intelectuales de su época.

A lo largo de la historia, las civilizaciones han surgido y han mejorado a partir de la dificultad. Pero su cronograma no se resuelve en años. Ni siquiera en lustros, sino más bien en siglos. Para lo bueno y para lo malo. Ni las decadencias son cosa de meses (ni, mucho menos, de una fecha fatídica) ni lo son las floraciones. Toynbee gusta de poner el ejemplo de la Grecia clásica. Nuestras crónicas apelan, usualmente, a la época dorada de Atenas, hacia el siglo V antes de Cristo y no antes del VI. Pero omiten que, hacia el siglo VIII, la situación era literalmente dramática, con muertos de hambre y soluciones tan nefastas, a fuer de drásticas, como el infanticidio o el aborto. Tan desesperados estaban los atenienses, que llegaron a validar eso moralmente. De hecho, son varios los autores que han trabajado el caso de aquellos padres atenienses que, ante el horizonte de la pobreza más extrema, mataban a sus hijos recién nacidos. Las familias que estaban mal vistas, en ese contexto, eran las que decidían mantener a esos niños con vida, a pesar de los pesares. Con esto quiero registrar lo que hubo que lamentar en Atenas (Hume, 1984, II: 451 y 620; Baqués, 2017: 138-139) dos o, a lo sumo, tres siglos antes de que llegara su yang, su época dorada, la que realmente abre ante nuestros ojos los logros de la civilización occidental. Algunos de los cuales fueron tan perdurables que su legado llega a nuestros días.

Pues bien, es sobre esas cenizas de miseria material y, finalmente, moral, que se eleva la nueva civilización. Muchos de cuyos logros llegan a nuestros días. Lo importante, claro, no es que Atenas pasara a producir y comerciar más, sino que el empujón lo dio la educación. Pero tampoco cualquier educación, sino lo que, desde entonces, conocemos como “educación clásica”, que luego pasó de Grecia a Italia y que, a su vez, fue una precuela (precociously) de la civilización occidental (Toynbee, 1974: 273). Dieron con la tecla. Aunque el propio Toynbee advierte, amargamente, de que esa educación clásica estaría perdiendo peso, en Occidente, a mediados

del siglo XX, eclipsada por un planteamiento más utilitarista, que se retroalimenta de los avances científicos.

En la actualidad, según nuestro autor, sobreviven una decena de civilizaciones, dotadas de un carácter propio y —todavía— de algún empuje. A saber: la occidental, la ortodoxa, la china, la hindú, el islam, la japonesa (originariamente un vástago de la china), la rusa (que es, a su vez, un vástago de la ortodoxa[11]), la polinesia, la esquimal y la nómada. Pero no todas tienen el mismo peso. En particular, añade que la polinesia y la esquimal estarían "agonizando", e incluso en la "última fase" de dicha agonía, mientras que, entre las demás, todas ellas corren el riesgo de ser "asimiladas" por la occidental (ibid.: 286). En la crónica de las civilizaciones todo es dialéctico. Así, ¿cuándo una civilización entra en crisis? Técnicamente, cuando deja de crecer, esto es, de perfeccionar adaptativamente su propio modelo. Para entenderlo debemos volver, aunque sea por un momento, a la obra de nuestro autor-contrapunto: Dawson. En este caso, plantea una distinción entre el cristianismo occidental y el oriental o bizantino, en términos bastante similares a los de Toynbee. El oriental llega vivo al siglo XV siendo especialmente poderoso, pues estaba ligado a un modelo "Iglesia-Estado" en el que todas las instituciones políticas reforzaban, sin ambages, al poder religioso. El paradigma, a su entender, es el magnífico e impresionante aislamiento del monte Athos. Sí, magnífico e impresionante, pero aislamiento, al fin y al cabo.

Por el contrario, el mundo cristiano occidental no se ciñe a un poder terrenal concreto, mantiene una relación dialéctica con ese poder terrenal, como queda claro en la reforma y la contrarreforma, en la constante pugna por operar como un poder transnacional, y en el paradigma alternativo al monte Athos, esto es, el monasterio benedictino, cuna literaria y artística, en permanente ebullición intelectual, no exenta de disputas. En todo caso, frente al mundo bizantino, más estático, el occidental, fuera católico o protestante, era mucho más dinámico, lo cual le permitió muscular mucho más y a la larga, mientras que, al perder el favor del poder político, el mundo bizantino fue a menos, el cristianismo occidental demostró ser capaz de sobrevivir y de mantener su pulsión creativa en los más diversos escenarios, más cerca, o más lejos, del poder terrenal

(Dawson, 2007: 179).

Según Toynbee, a principios del siglo XX, todas las civilizaciones están en crisis y, por ello, en riesgo de desaparición. Salvo la occidental. Lo están, en parte, de hecho, porque han sido penetradas por la occidental. Pero, no nos engañemos. No todo lo que nos pasa es culpa de los demás. Primero, hay que mirarse al espejo. Entones, la penetración de la occidental en el resto de las civilizaciones ha sido factible porque tienen sus propias carencias: en un cuerpo sano, los virus tienen poco que hacer. En cambio, en un organismo inmunodeprimido, esos mismos virus pueden hacer su agosto:

Llegaremos a la conclusión de que las seis civilizaciones no occidentales vivas hoy en día ya se habían descompuesto antes de que el impacto exterior de la civilización occidental las descompusiera (Toynbee, 1974: 287).

Al final, culpar sistemáticamente a los demás de nuestros propios errores es un ejercicio demasiado fácil como para ser creíble.

Ahora bien, esto no significa que la civilización occidental esté libre de problemas. A ojos de nuestro autor, estaría entrando en una fase intermedia, ya evanescente, previa a su decadencia. La llama "tiempo de dificultades" (time of troubles). Occidente está desacelerando ante la falta de elites y de minorías capaces de seguir liderando nuestras sociedades:

Pérdida de poder creativo en las almas de los individuos o minorías creativas, pérdida que les priva de su poder mágico para influir en las almas de las masas no creativas (ibid.: 288).

Un fenómeno que ya sería ostensible tras la Segunda Guerra Mundial. Sin liderazgo de las elites naturales, la mayoría de la gente

ya no tiene a nada ni a nadie a quien emular; por una parte, es propensa a la rebelión; por otra parte, la brecha generada tiende a resquebrajar la sociedad por dentro, terminando con su anterior unidad (ibid.: 288). Pero no todo está perdido. Toynbee se niega a aceptar que las civilizaciones sean organismos biológicos que, al igual que los individuos, tienen un ciclo de vida no solo finito, sino incluso acotable en el tiempo.

Por ello, carga con fuerza contra el fatalismo de Spengler. Toynbee no cree en el "no hay nada que hacer". Pero tampoco cree en el "tranquilos, que no pasa nada, y las cosas ya se arreglarán [solas]". Ambos postulados son igualmente falaces, a su entender. Italia, dice, supo liderar un período de "poder de creatividad" que se prologó 300 o hasta 400 años después de Jesucristo y, tras la caída de Roma, recuperó su brío en el Renacimiento, que lideró con éxito… ¡mil años después de su caída en desgracia! Y luego, tras las invasiones napoleónicas, Italia todavía dio otra vuelta de tuerca positiva, en pleno siglo XIX, allí conocida como Risorgimento. Un período que culmina, de hecho, con la unificación italiana. Pero de la que también surgió un arte prolífico, no solo en las letras, sino también en la música u otros formatos, como la ópera.

Por lo demás, tanto Platón, en el Timeo, como Virgilio, en la cuarta Égloga, ya dieron muestras de disponer de una filosofía de la historia similar a la que, con el paso del tiempo, se habría confirmado. Entonces, estas intuiciones se le antojan mucho más elaboradas y cercanas a la realidad que la aproximación de Spengler. Uno de sus intérpretes apunta, a fuer de todo lo dicho, que Toynbee era especialmente crítico con la pusilanimidad de Europa, hasta el punto de considerar que somos el eslabón más débil de la civilización occidental. Pero, de acuerdo con su propia teoría, aunque Europa caiga, es posible que la civilización occidental aguante, en otros lares. Creo que hay un experto que acierta de lleno, interpretando de un modo sublime a Toynbee dada la combinación de profundidad, brevedad y claridad de su exposición, cuando explica que (véase el intencionado juego de mayúscula y minúsculas): "las civilizaciones han aparecido y desaparecido, pero la Civilización ha conseguido cada vez reencarnarse en nuevos ejemplares del género" (Touchard, 1988: 619).

Toynbee no es un pesimista antropológico, ni mucho menos un fatalista. Por consiguiente, no cree que Occidente esté perdido. Pero lo estará si nada se hace al respecto. Toynbee no emite ningún certificado de defunción de la civilización occidental, en la que Europa se inserta, como una parte primordial y todavía fundamental de la misma. Sin embargo, sí que emite un parte de lesiones, algunas de ellas graves, y advierte que estamos (o deberíamos estar) en una UCI, si de verdad queremos salir adelante como colectivo. De nuevo, huye de las posiciones más extremas, porque tampoco es saludable ser un optimista empedernido que desconoce o no es consciente de los problemas que debe afrontar.

La pregunta más importante es: ¿qué está acercando a Occidente y, por ende, a Europa, al precipicio? Ante todo, si las causas de la aparición y éxito de las civilizaciones era de tipo cultural, espiritual o, a lo sumo, psicológico-social, las causas de su declive y de su puesta en peligro no pueden ser de otro tipo. Con todo, Toynbee tantea el terreno. ¿Puede que sean económicas, o quizá tecnológicas? Pero su respuesta es negativa. Siempre basándose en ejemplos históricos. Por ejemplo, los romanos dejaron de construir, mejorar y hasta de reparar su otrora envidiable sistema de calzadas, hacia el siglo IV de nuestra era. Entonces, ¿fue esa la causa de su caída? Los griegos, por su parte, tras la exitosa experiencia de los siglos VI y V a. C., volvieron a entrar en una etapa de crisis económica, que hundió su civilización. Entonces, ¿fue esa la causa de su caída?

La respuesta de nuestro autor a ambas preguntas es negativa. Sin paliativos, aunque incluye una propuesta interpretativa alternativa. Ha habido civilizaciones que han crecido (esto es, que se han desarrollado) pese a un relativo estancamiento de sus inventos, o de sus técnicas, así como otras, dotadas de una enorme creatividad tecnológica —las mismas Roma y Grecia—, que se han hundido en medio de su acumulación de innovaciones tecnológicas. Por ello, a su juicio, en todo caso, cuando se comienza a notar una ralentización en el progreso de la ciencia y de la tecnología, eso no es la causa, sino la consecuencia (aunque también le gusta aludir al "síntoma") de alguna causa última, mucho más profunda (Toynbee, 1974: 298-299). Tanto Grecia como Roma se hunden, en primera instancia, moralmente. Lo primero que se cae no es la economía,

sino su administración; así como lo que hoy definiríamos como su clase media.

Ahora bien, lo primero que se echa de menos no es el dinero en el bolsillo de la gente. Ese es, tan solo, el final del proceso. Roma sucumbe tras largos períodos de guerras civiles, que fragmentan su sociedad hasta hacerla irreconocible como (presunta) unidad. Grecia volvió a los viejos errores cuando llegó la siguiente crisis económica. Nuestro autor cita al historiador griego Polibio para mejorar su diagnóstico: la sociedad griega, desnortada, optó por la solución fácil: más abortos e infanticidios (Polibio, 1983: XXXVII, 9; Toynbee, 1974: 302). Algo que, en lo que al infanticidio respecta, finalmente fue aceptado hasta por Séneca en Roma, aunque por criterios de tipo utilitarista. A la postre, igual que en la ya por entonces extinta Grecia. Platón y el normalmente conservador Aristóteles también aceptaron el aborto. Toynbee entiende que eso es el principio del fin de las respectivas civilizaciones, en la medida en que muestra la incapacidad de adaptación de ambas culturas, salvo a través de su autodestrucción.

Tan completo quiere ser el análisis llevado a cabo por Toynbee, que también dirige su mirada al arte. Las civilizaciones que entran en ese time of troubles, del que ya hemos hablado, suelen abandonar, dice, la sensibilidad estética que es propia de las "líneas estéticas occidentales tradicionales" (Toynbee, 1974: 302). Una forma de trasladarlo a nuestro tiempo es que la contracultura es, justamente, lo que la palabra indica. Y sí, puede ser hija de la libertad, del mismo modo que lo es la voluntad consciente de saborear esas "líneas estéticas tradicionales". Pero también es libre la madre que aborta (cabe suponer que, al menos, en ocasiones, así sea) o el padre que comete infanticidio (lo mismo)[12]. Luchas intestinas, hedonismo y relativismo moral, defección de las viejas instituciones… En todo caso, emplean su libertad destruyendo una civilización. Sin que esté clara cuál sea la alternativa, ni su hipotética viabilidad:

Hemos expulsado voluntariamente de nuestras almas a los grandes maestros que han sido los espíritus familiares de nuestros antepasados; y, mientras, nos hemos envuelto en la admiración

autocomplaciente del vacío espiritual que hemos creado (ibid.: 302-303).

En resumen, las civilizaciones no mueren de “viejas”, sino que se corrompen, con el paso del tiempo, cuando ceja la diligencia debida en el cuidado de las virtudes que las hicieron, primero, y que las hicieron grandes, más adelante.

**Las aportaciones de Samuel Huntington**

Algunas de las opciones seguidas por esos precursores han marcado, como no podía ser de otro modo, la obra de sus seguidores. Un ejemplo significativo, que además es del máximo interés para este libro, puede ser útil para entender esto: ¿cómo catalogar a la cristiana Rusia? ¿Es —o no es— parte de Occidente? En su día, Toynbee se mostró disconforme con la posibilidad de integrar en una misma civilización a Occidente y Rusia. Lo hemos visto, y es algo que enfatizan sus exégetas (Paquette, 2000). Del mismo modo, Samuel Huntington asume que, llegados a finales del siglo XX, el mundo (sociológicamente) cristiano está dividido entre dos grandes civilizaciones (la occidental y la ortodoxa), cuya relación puede (suele, de hecho) ser tan distinta como la que existe entre cualquiera de ellas y el islam o el confucianismo.

En efecto, cuando Huntington escribe su best seller, apuntando a la segunda mitad de la última década del siglo XX, identifica un elenco de civilizaciones bastante parecido al establecido por Toynbee. Que no idéntico. Pero, antes de eso, será conveniente que identifiquemos qué son las civilizaciones de acuerdo con el criterio del autor. Hay que tener en cuenta que el planteamiento del libro de Huntington no atiende tanto a la génesis, evolución y/o decadencia de las civilizaciones, sino que tiene un marcado carácter situacional, para de ese modo trasladar su propio diagnóstico a nuestros días, en los albores del siglo XXI. Con todo, es preciso saber a qué atenernos. Entonces, una civilización es:

El agrupamiento cultural humano más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos de lado lo que distingue a los seres humanos de otras especies. Se define por elementos objetivos comunes, tales como lengua, historia, religión, costumbres, instituciones, y por la autoidentificación subjetiva de la gente (Huntington, 1997: 48).

Entonces, el concepto “civilización” parte de la base de que un individuo puede, y de hecho suele, disponer de varias lealtades superpuestas, no contradictorias. Para entenderlo, añade el autor, un romano puede sentirse tal y, además, suele sentirse italiano, católico, cristiano, europeo y, finalmente, occidental. Por ello, hay una frase del libro que es de obligada cita en beneficio de los lectores, por su claridad, a tal punto que, por sí sola, sería una magnífica definición de civilización, sin perjuicio de lo ya indicado: “las civilizaciones son el ‘nosotros’ más grande dentro del que nos sentimos culturalmente en casa” (ibid.: 48). Dicho lo cual, ahora sí podemos listar las existentes, según nuestro autor.

No hay grandes novedades, puesto que admite que sigue la senda de otros tratadistas anteriores, que ya dejaron el terreno adecuadamente trillado: la occidental, que incluye una zona de influjo fundamentalmente católico (en Europa) y otra que es fundamentalmente protestante (en América del Norte); la ortodoxa (liderada por Rusia, que sería, por lo tanto, indistinguible de la primera); la islámica (si bien dividida en cuatro subcivilizaciones: persa, árabe, malaya y turca); la hindú; la sínica o china (a la que, un tiempo atrás, definía como confuciana); la japonesa, y la latinoamericana (si bien, en ocasiones, plantea que puede que se consolide como una subcivilización occidental). Nótese que no estamos ante una mera reedición del catálogo de Toynbee, sin perjuicio de lo cual, las líneas maestras de ambas aproximaciones son bastante compatibles.

Pese a su importancia, nada de esto es lo más original de la obra de Huntington. Ese honor corresponde a la importancia dada a las civilizaciones. En efecto, su tesis de fondo es que, tras el final de la Guerra Fría, hemos asistido a un cambio de paradigma en las relaciones internacionales. Cambio de paradigma, por contraposición a la tesis del final de la historia, que en esos momentos promovía con éxito su compatriota Francis Fukuyama. Como quiera que la obra de Huntington es, en buena medida, una reacción contra la del primero, nos detendremos, siquiera sea brevemente, para refrescar el núcleo de la tesis de Fukuyama. En esencia, lo que plantea es que la historia ha llegado a su fin, en el

sentido de que la humanidad habría alcanzado un estadio de perfección nunca visto, que se nutre de una pinza, esto es, de la convergencia o, si se prefiere, de la intersección, entre la economía de libre mercado, por un lado, y el Estado de derecho en su faceta liberal-democrática, por otro.

Entonces, ¿qué dijo Fukuyama? Con el fin de la Guerra Fría, la historia había terminado, en el sentido de que ya solamente existiría un modelo de sociedad posible, que es el que pivota sobre un doble eje, a saber, el Estado liberal-democrático de derecho, por una parte, y la economía de libre mercado, por otra. A lo que hay que sumar, claro está, que los EE UU, son quienes lo lideran, y el resto del mundo occidental quien lo emula. ¿Y qué sucede, entonces, con los demás países? Que, de momento, siguen en la historia. Pero, eso sí, solo tienen un camino para salir de ella, y ese es el que acabamos de definir, que opera sobre esos dos pivotes.

Por consiguiente, más temprano que tarde, pasarán por el redil y asumirán como propios los valores occidentales. ¿Se puede pedir más? Difícilmente. Pero ¿tiene algún fundamento? Tampoco lo creo. Aunque aquí lo importante es lo que crea Huntington, que tampoco queda convencido por tan edulcorada, pero también sesgada, explicación. Y es que, de acuerdo con Fukuyama, en la sociedad feliz que habría llegado, más hegeliana que marxista, pero similar a ambas en su arquitectura y pretensiones, “todos los problemas realmente cruciales habrían sido resueltos” (Fukuyama, 1992: 13). Nada menos.

Quien escribe está convencido de que en eso que damos en llamar Occidente sigue habiendo un ensueño fukuyamiano, como si algunos de nuestros líderes se resistieran a asimilar que la historia sigue su curso, pletórica de conflictos. Como si los deseos pudieran convertirse en realidad, por el mero hecho de desearlos mucho. Pero no, no estamos ante un libro escrito para el goce y disfrute de los niños de primaria, sino en un entorno mucho más complejo y cruel.

Por su parte, lo que plantea Huntington es, como antes decíamos, un cambio de paradigma que coincide con el final de la Guerra Fría, pero en ningún caso de la historia. Por lo tanto, la conflictividad, adelantaba, se mantendrá, aunque cambie de faz. Si en la Guerra

Fría el eje de conflicto era el dilema entre capitalismo y comunismo, a partir de lo cual se definieron ambos bloques, teniendo —incluso— un efecto atenuante de la diversidad de civilizaciones[13], tras la misma, el eje de conflicto queda constituido por las propias civilizaciones. Lo vio claro en guerras como la de la antigua Yugoslavia, que discurre a lo largo de toda la última década del siglo XX. No en vano, ¿cuáles eran los ejes de conflicto que provocaron esa terrible guerra civil? ¿El ideológico, en el eje izquierda-derecha? Nunca contó para nada. ¿El cultural, quizá lingüístico? Difícilmente, cuando el serbocroata era la lengua franca, amplísimamente compartida, con toda naturalidad, desde Eslovenia hasta Kosovo. ¿La historia? Seguramente. Pero, a su vez, ante tamaño comodín, hay que preguntar: ¿qué aspecto de la historia es tan fuerte y diferenciador? En otro lugar, y junto con otros compañeros de trabajo, hemos profundizado, monográficamente, en el conflicto yugoslavo, medio siglo antes de que estallara la guerra de los años noventa del siglo XX. Hubo, es cierto, muchos problemas internos antes y, sobre todo, durante la Segunda Guerra Mundial. Especialmente entre serbios y croatas, muchas veces disfrazados con ropajes ideológicos de corte racista, protonazis (García, Baqués y Torrens, 2021). Donde los ustachas croatas iban de arios (sic). Pero, volviendo a la pregunta inicial: ¿existía, de verdad, tal diversidad biológica como posible motor de una guerra civil? No. Lo cierto es que todos eran eslavos.

Claro que, siendo así, nuestra pregunta inicial sigue sin respuesta: ¿cuáles eran los ejes de conflicto que provocaron esa terrible guerra civil?, ¿qué es, aquí, lo fundamental? Huntington lo tiene claro: el único cleavage[14] capaz de explicar eso sin acudir a tópicos (fácilmente desmantelables) es el civilizacional; en esa guerra se enfrentaron la civilización occidental (Croacia), la ortodoxa (Serbia) y el islam (Bosnia y Kosovo). Ese fue el principal eje de conflicto. En plena Guerra Fría, el comunismo al estilo de Tito supo mantener a raya esas identidades de forma temporal, en la medida en que quedaron supeditadas a otra lógica, en esos momentos tomada por superior. Pero, una vez ese cierre se echó por la borda, se abrió la caja de Pandora en los términos que conocemos. Y esto fue así hasta el punto de que, todavía hoy, 30 años después de su inicio, hay heridas que no se han cerrado, pese a que la solución pasó por la división física de la gente. De hecho, en noviembre de 2022, el

presidente serbio, Alexander Vucic, anunció que ponía sus tropas en estado de máxima alerta y prestas a entrar en Kosovo,para proteger a su pueblo, es decir, a los serbios ortodoxos de la presión, también violenta, a la que estaban siendo sometidos por los musulmanes albanokosovares.

Lo dicho hasta ahora es importante para entender a Huntington. Pero, una vez dado ese paso, es cuestión de exprimir su obra para entender mejor la civilización occidental y, con ella, a Europa. Así como para plantear los principales órdagos a los que se enfrentan ambas. Vayamos por partes.

Para Huntington, el rasgo más idiosincrático de cada civilización tiene que ver con la religión que la vertebra. El caso, aquí citado, de la antigua Yugoslavia le abrió los ojos. En eso se parece a Toynbee. Sin embargo, el valor que asigna a las religiones no es teológico, sino, sobre todo, sociológico. El propio Dawson no está tan lejos de ese punto de vista, cuando admite que la "desunión religiosa" habida en Europa, en referencia a la escisión católico-protestante, no impidió que se diera una "unidad cultural" (Dawson, 2007: 265). En esa misma línea, Huntington entiende que las religiones son depósitos de tradiciones, seguidas por la mayor parte de la gente que conforma una misma civilización, distinta de otras, pero no necesariamente que sean conglomerados de dogmas. Más todavía: si de verdad mandaran las religiones como tales, es altamente improbable que la guerra civil yugoslava hubiera sido tan cruel. Ahora bien, como destilados de las religiones, las civilizaciones son capaces de aglutinar lealtades, pero también de generar rechazos.

Huntington acepta, como no puede ser de otro modo, que la civilización occidental deriva de la "civilización clásica", siendo así que, de hecho, las distingue. Porque la civilización clásica, como tal, habría fenecido, no sin antes trasladar su legado a su principal heredera. Con lo cual, también es de nuestra incumbencia analizar cuál sea ese legado. Para Huntington, sus principales componentes son: la filosofía y el racionalismo griegos; el derecho romano; el latín, y el cristianismo[15]. Eso, claro, a grandes trazos. Constituye, al menos, un buen resumen (Huntington, 1997: 81). Si bien, más adelante, Huntington especifica cuales son los rasgos específicos que permiten identificar la civilización occidental a finales del siglo XX.

Por una parte, la separación de la autoridad espiritual y de la autoridad temporal. Algo nada frecuente en las demás civilizaciones, salvo en la hindú. Al respecto, merece mucho la pena reproducir el párrafo en el que nuestro autor expresa esa idea, ya que es una pequeña genialidad:

Solo en la civilización hindú estaban tan netamente separadas la religión y la política; en el islam, Dios es el césar; en China y Japón, el césar es Dios; en la ortodoxa, Dios es el socio menor del césar (ibid.: 82).

Por lo tanto, el islam tiende a la teocracia; las civilizaciones asiáticas y la ortodoxa, más próxima a ellas, tienden al cesaropapismo; mientras que, en la occidental, las instituciones religiosas constituyen, en todo caso, un grupo de presión más, que compite con tantos otros, para tratar de influir en la vida social y política, con más o menos éxito. Por otra parte, encontramos el Estado de derecho, el imperio de la ley (vinculado al anterior), el pluralismo social (que implica tener una sociedad civil sólida y diversa, en cuyo seno trabaja la Iglesia, así como otras instituciones) y hasta el individualismo.

Como puede apreciarse, la evolución de Europa, o del mundo occidental, no está exenta de ciertas contradicciones. Pensemos, para enmarcarlas, en el último de los atributos señalados por Huntington: el individualismo. No es un tema polémico, en el sentido de que, también desde la atalaya de las demás civilizaciones, suele ser afirmado como rasgo característico de la occidental, en efecto, pero en sentido crítico. Sin embargo, esa no es la contradicción. Ese sería, a lo sumo, un tema opinable. ¿Qué es, entonces, lo contradictorio? Que el cristianismo, una de las bases de la civilización occidental, no solo no predica el individualismo, sino que lo cuestiona. Desde los elementos más abstractos, y a la vez profundos, de sus tesis —recordemos el “amarás al prójimo como a ti mismo”— hasta cualquiera de sus manifestaciones más concretas, reflejadas en sendas encíclicas, de los últimos pontífices.

No es complicado recordar la Caritas in veritate, de Benedicto XVI, en la que, entre otras muchas cosas, denuncia el mantenimiento de "nuevas formas de colonialismo y dependencia" (CV, 33). O, en la misma línea de luchar contra el individualismo, la opresión y el sálvese quien pueda, Francisco I nos haga llegar, en la Fratelli tutti, que, entre otras cosas, constituye una crítica a quienes cuestionan a los inmigrantes y, disparando por elevación, por supuesto, al racismo, en contraposición a un "deseo mundial de hermandad" (FT, 8). Es decir, trasladado a un lenguaje puramente secular, el cristianismo defiende la idea de comunidad: iglesia se traduce por asamblea, y así sucesivamente. Valores como la solidaridad son capitales. Pero ya no aparecen en el catálogo elegido por Samuel Huntington para mostrarnos los parámetros de la civilización occidental.

Si bien, es seguro que hay otras brechas, importantes, entre ese catálogo y el cristiano del que dice, como sabemos, que es uno de sus nutrientes. Porque el cristianismo no acepta el relativismo moral, del que surgen consumismos y hedonismos de todo tipo. Ese tipo de cosas que, según la experiencia histórica, no son solo consecuencias, sino probablemente causas, de la decadencia de las civilizaciones. Y hasta de su destrucción. Entonces, habrá que aceptar, al menos, que la actual civilización europea, incluso si la tomamos como un todo, a modo de la "unidad cultural" de la que nos hablara Dawson (que tampoco desconoce sus orígenes cristianos), es una civilización bipolar, con rasgos esquizofrénicos.

Sea como fuere, lo que plantea Huntington, como escenario alternativo al bonancible (pero falaz) delirio de Fukuyama, es un choque de civilizaciones. No están todas contra Occidente, pero, con mayor o menos vehemencia, se niegan a aceptar el veredicto de Toynbee, es decir, que la civilización occidental va penetrando en todas ellas, desnaturalizándolas progresivamente. Lo más curioso es que no temen tanto a la civilización occidental por su vigor, sino por su falta de vigor. Por consiguiente, temen verse abocadas a la misma crisis de valores que asolaría, de acuerdo con su punto de vista, a Occidente. Es decir, temen que el abrazo de Occidente vaya a ser un abrazo fatal, que las arrastre a la decrepitud. Más claro, si cabe: no les preocupa tanto la influencia como la mala influencia. Esto es importante porque choca frontalmente con la imagen que la

civilización occidental, siempre tan etnocéntrica y dispuesta a vender los valores propios como valores universales, tiene de sí misma a ambos lados del Atlántico. Pero, precisamente por ello, es necesario destacarlo al escribir estas líneas. A eso de traer la civilización (única posible) a los demás (a las buenas o a las malas) antes se lo llamaba imperialismo. En cambio, ahora llega a estar bien visto si se hace desde la UE. Creo que, como poco, habría que darle un par de vueltas al asunto, pues tiene su enjundia. Que el mundo occidental en general, y Europa en particular, se están haciendo antipáticos a ojos de los Estados que componen las demás civilizaciones es un hecho que ha motivado que Huntington se saque de la manga uno de los conceptos más incisivos: el de "occidentoxicación" (Huntington, 1997: 120). Es cuestión de empatía, es decir, de ponerse en la piel del otro. Eso que siempre hemos llevado mal en Occidente. Lo cual no significa que el otro tenga razón. Pero sí que significa, en primer lugar, que hay un otro (o varios) y, en segundo lugar, que esa otredad puede generar problemas.

Porque la mayor o menor vehemencia en la crítica a la civilización occidental no puede ocultar, en todo caso, una tendencia generalizada a marcar distancias con Occidente. Sucede que se estaría iniciando una etapa de la historia presidida por el fenómeno de la oposición a la "occidentoxicación". Por un lado, algunos notan que estamos asistiendo a una "deslaicización del mundo" (Weigel, 1991). Tendencia de la que solo quedaría descolgada la civilización occidental. Otros apuntan que algunas de las demás civilizaciones han entrado en una dinámica realmente virulenta, a partir de un fenómeno sociológico denominado la revancha de Dios (Kepel, 1994). En todo caso, quizá a modo de último resorte para evitar sus respectivos problemas, algunas civilizaciones estén articulando una respuesta a Occidente, aprovechando que el final de la Guerra Fría ha propiciado una recuperación del protagonismo de las creencias tradicionales, largamente eclipsadas durante el interregno del mundo bipolar.

Incluso en el seno de la civilización occidental se habría dado esta recuperación de las creencias religiosas, aunque es verdad que en unos países más que en otros. Así, es más palpable en aquellos que quedaron integrados en el entonces llamado Bloque del Este, que

fue vehiculado por la URSS por medio del Pacto de Varsovia, entre ellos algunos miembros de la OTAN y de la UE como Polonia y Hungría (en el caso de la civilización occidental) y Rumanía o Bulgaria (en el caso de la civilización ortodoxa). Lo cual, por cierto, delata el carácter intercivilizacional de estas dos organizaciones. En todo caso, las civilizaciones en las que, de un modo más claro, esas pulsiones han tenido no solo más alcance (que también), sino además un tono más explícitamente antioccidental, son el islam y el mundo ortodoxo.

Esto incluye, desde luego, el fundamentalismo del que ha hecho gala el islam, a través de diversos formatos (Al Qaeda y Dáesh los más conocidos). Pero se trata de un fenómeno profundo y muy variado en intensidades. En principio, la revitalización del factor religioso en Occidente es la más modesta, debido a su imbricación, durante siglos, en el proyecto que guía la constitución misma de la civilización occidental. Pero todo depende de la respuesta que se dé en el seno de la parte más liberal de dicho proyecto, como parte del carácter bipolar antes comentado. Las críticas de algunos a la revitalización de las creencias como algo propio de extremas derechas e incluso, a veces, de fascismos, no ayuda en nada a la búsqueda de consensos. A nivel teórico, el fundamento de esa crítica es más que discutible. No hay más que recordar las críticas planteadas por escrito en el difícil contexto de 1939 por el católico Thomas S. Eliot, en su obra The Idea of a Christian Society, al nazismo, al que descarta por su falsa aproximación a la espiritualidad, y por ser, apenas, un regreso a los oscuros tiempos del deísmo y del panteísmo (Eliot, 1939: 70-72), muy alejado del cristianismo. Pero es que, además, en términos prácticos, en Estados como Hungría y Polonia ya están conociendo un efecto rebote. Momento en el cual no podemos dejar de recordar que impulsan el Grupo de Visegrado (V4), con lo que ello implica, actual y potencialmente.

Cuestión distinta es que, de acuerdo con los parámetros de Huntington, el V4, o alguna de sus ramificaciones ampliadas, tenga enjundia para ser definido como una nueva civilización. No lo creo, debido a que ese conjunto de Estados es homogéneo por sus raíces eslavas, pero es muy heterogéneo en relación con el factor religioso, incluso tomado —como hace Huntington— en clave más sociológica

que teológica. No en vano, Chequia es un Estado sin apenas referencia religiosa: contiene una de las sociedades con menos creyentes del mundo; mientras que Eslovaquia, Polonia y Hungría son fuertes en su catolicismo, y Rumanía y Bulgaria lo son en su cercanía al mundo ortodoxo. Es decir, el V4 "plus" quedaría roto por dentro, dividido entre dos de las civilizaciones identificadas por Huntington. Dicho lo cual, sabemos que Huntington también maneja el concepto de subcivilización. Concepto que aplica, sobre todo, al islam, y que le permite distinguir el mundo árabe del turco y del persa, más allá de que todos contengan sociedades musulmanas y, dentro de los dos primeros colectivos, musulmanas sunitas. Quiero decir con esto que, si las diferencias constitutivas de las unidades de análisis trascienden lo religioso, y tienden a pivotar hacia cuestiones de índole etnocultural, sí sería factible considerar que el V4, e incluso el V4 ampliado, en los términos vistos en el capítulo anterior, es una subcivilización, esta vez eslava, a caballo entre la occidental y la ortodoxa.

Sea como fuere, Huntington no llega a intuir un pacto de civilizaciones contra la occidental, pese a la resistencia de las demás a aceptar la lógica occidental. Sin embargo, en los últimos tiempos, algo se ha movido en esa dirección. Y eso no ha ido a menos, sino a más, a partir de la guerra de Ucrania, y teniéndola como trasfondo.

En buena medida, esa reordenación de las coaliciones civilizacionales es debida a la influencia de autores rusos, partidarios del eurasianismo. Es el caso, de modo destacado, de Alexander Duguin. Pero, para entender la transición entre un mero rechazo a Occidente, que apenas sirva para marcar distancias, y una oposición en firme, que arrastre hacia posturas más beligerantes a diversos Estados, que lideran otras tantas civilizaciones, merece la pena detenernos un momento. Las palabras de uno de los principales gurús de la geopolítica rusa, y asesor de Vladímir Putin, nos pueden ayudar mucho a entender esta transición. Se trata de Sergei Karaganov.

A su entender, tras el final de la Guerra Fría, Rusia se estaba "westernizando". Es decir, occidentalizando, pero a Karaganov le gusta emplear el anglicismo, tal cual, escriba en la lengua que escriba. Su teoría parte de que, además de mantener algunas

diferencias de fondo con la civilización occidental, hubo una serie de acontecimientos, muy seguidos en el tiempo, que mostraron al Estado líder del mundo ortodoxo que esa mirada hacia Occidente no era posible, a fuer de no ser conveniente. O que solo lo era a cambio de que Rusia renunciara a su misma esencia. Lo cual era un precio demasiado alto.

Entretanto, Rusia mostró su cara más amable entre junio de 2008 (discurso de Medvédev en Berlín) y noviembre de 2009 (propuesta de nueva asociación transatlántica del Kremlin). El eje de esos discursos y proyectos era un pacto que iría, geográficamente hablando, de Vancouver hasta Vladivostok. Y que, en clave civilizacional, respondería a una intuición de Brzezinski, para quien toda Europa podría llegar a ser una única civilización basada en el cristianismo, pero al margen de sus corrientes. Estamos ante la idea de la "Europa petrina", que es más amplia que la occidental, ya que une (o al menos enlaza) Occidente con Bizancio (Brzezinski, 1998: 88). La propuesta de Medvédev permitía pensar en una muy ecuménica fusión de catolicismo, protestantismo y ortodoxia. E implicaba redefinir Europa, así como integrar a Rusia en su seno (Ruiz, 2010: 49). Pero fue efímera. El concepto de Huntington derrotó al de Brzezinski: en 2008, la OTAN comenzó a flirtear con el ingreso de Georgia y Ucrania, y Rusia atacó al primero de esos Estados.

En todo caso, a ojos de Karaganov, lo que rebosó el vaso fue la intervención de la OTAN en Yugoslavia e Irak. Así como la retirada del Tratado ABM[16] por parte de los EE UU en el año 2002. Ahí se acabó todo, pese a Medvédev y sus —todavía— buenos oficios, y se inició lo que este autor define como la "tercera Guerra Fría". Nada menos.

Esto es así porque Karaganov está convencido de que la pugna entre Rusia y Occidente comienza en 1917, siendo la cuestión ideológica puramente instrumental, se prolonga en la Segunda Guerra Mundial y, a tenor de lo que indica, no solo no ha remitido, sino que se ha revivificado. ¿Cuál es el cambio generado en los últimos lustros, a tenor del triple hito mencionado: Yugoslavia, Irak y el ABM? Pues que Rusia ha pasado, en pocos lustros, de ser pro-Western a ser no-Western, hasta llegar a ser, en nuestros días, directa y francamente,

anti-Western (Karaganov, 2021: 108). En la misma línea, y a través de entrevistas con menos pretensiones académicas, pero no por ello menos incisiva, este experto enfatiza que la guerra de Ucrania lo es "contra Occidente" (Karaganov, 2022)[17].

Dicho con otras palabras, la fisura entre la civilización occidental y la ortodoxa va a más con el paso del tiempo. No es un dato menor cuando, como sabemos, la OTAN y la UE incluyen Estados pertenecientes al mundo ortodoxo (Grecia, Chipre, Rumanía, Bulgaria).

Pero la cosa no termina ahí. Huntington atisbó el peligro, pero no estos niveles de crispación que han desembocado en la guerra de Ucrania. Sin embargo, esto no es nada comparado con el mar de fondo que algunos analistas venimos comentando. La sombra de Duguin es muy alargada. Porque lo que se viene planteando desde Rusia, aunque es compatible con el diagnóstico básico de Huntington, va bastante más allá del mismo.

Duguin plantea la superioridad moral del mundo euroasiático respecto al occidental. No solo eso. Añade la necesidad de que Rusia lidere una oposición a Occidente que, en clave huntingtoniana, sería una alianza intercivilizacional. El mundo ortodoxo es, en dicho escenario, el llamado a tener la voz cantante, como nexo necesario entre la parte salvable de Europa y el mundo asiático. Aunque, en realidad, si llevamos hasta sus últimas consecuencias esta lógica, esa civilización acabaría por desaparecer, para retroalimentar a una única, nueva y vigorosa civilización eurasiática, dotada de personalidad propia y llamada a liderar la oposición a Occidente, primero, para después liderar el mundo. Ahora bien, consideramos más adecuado exponer esto jugando con las tesis y el lenguaje de Huntington, que ya conocemos, porque clarifica las cosas. Es decir, Duguin cuenta, para llevar adelante su proyecto, con la civilización ortodoxa, con la china y con el islam.

Rusia es vista por Duguin como una civilización "telurocrática", anclada en el heartland de Mackinder. Rusia es fruto de la confluencia entre la tradición cristiana bizantina y la tradición "euroasianista" legada por los mongoles (y ya sabemos que esto último también es explícito en la obra de Mackinder), convenientemente filtrada por los primeros príncipes rusos y luego

por los zares propiamente dichos. Su idea —su proyecto, mejor dicho— se refiere a que, siendo Rusia la "civilización de la tierra", diferenciada del mundo marítimo, debe ser, asimismo, la "tercera Roma", diferenciada del mundo católico (Duguin, 2015: 8-9). Pero, al mismo tiempo, sería la única esperanza de reconducción de una sociedad internacional convertida en poco más que un buque a la deriva.

En definitiva, lo que Duguin defiende es que Rusia no es Europa ni es Asia. Más bien, se trata de un tertium genus, con personalidad propia (Duguin, 2016: 1-2). Probablemente, conecte mejor con el espíritu de Toynbee que con el de Huntington, por aquello de que Rusia, sin renegar de su legado ortodoxo, se desmarca del mismo, para constituir una nueva civilización. Cuestión distinta es que, mientras eso sucede, y en el futuro, todavía pueda beneficiarse de esa herencia común, transversal a otros Estados, que fue —y aún es — el mundo ortodoxo.

Duguin no tiene reparo alguno en hacer un listado de los valores de esta civilización, que pasamos a citar al mismo tiempo que invitamos al lector a que los contraste con los que en su día Huntington señaló como propios de la civilización occidental: conservadurismo (fe, honor, lealtad y ascetismo), holismo, antropología colectiva y ayuda recíproca (opuesta al individualismo), idealismo filosófico, espíritu de sacrificio y virtud guerrera (Baqués y Fojón, 2022: 7).

Partiendo de esas premisas, Duguin se abre, primero, a ciertos países musulmanes, como Irán, ya que, en lo esencial, compartiría esos valores. Más adelante, acepta incorporar el mundo sunita, mientras que, en todo caso, corteja a China. Rechaza el fascismo, debido a su racismo, así como al desprecio de los fascismos por los valores tradicionales, que es lo que él desea defender y que debe ser, por lo tanto, el horizonte de Rusia como abanderada de ese nuevo liderazgo, en todo caso antioccidental. Tanto es así que, sin perjuicio de resaltar los rasgos característicos del eurasianismo, en positivo, siempre es posible definirlo a contraluz. Precisamente, por oposición a Occidente:

Siguiendo fielmente la tradición del nacionalismo ruso del siglo XIX, tanto el clasicismo como el neoeurasianismo definen la civilización ruso-eurasiática básicamente en términos de sus contrastes con la de Occidente. Estos dos mundos son vistos como separados por una inconmensurabilidad que es elemental e insuperable (Bassin, 2008: 284).

Lo comentado en los párrafos precedentes podría parecer algo utópico, pero dista de serlo. Si atendemos al resultado de las recientes votaciones celebradas en el marco de la Asamblea General de las Naciones Unidas, pretendiendo la condena de la agresión rusa en Ucrania, es fácil comprobar que existe un bloque sólido que se niega, reiteradamente, a adoptar dicha postura. En cambio, los Estados que lo integran optan por la abstención, ora sea votando en tal sentido, otrora sea no acudiendo a votar. Ese es la posición china, la de la mayor parte de los Estados musulmanes (desde las ex repúblicas soviéticas de Asia Central hasta la muy chiita Irán y la muy sunnita Pakistán, pasando por los enemigos íntimos del Magreb: Marruecos y Argelia que, en este punto, están de acuerdo). Y, encima, hay que sumar a India que, no lo olvidemos, es un Estado-civilización, de acuerdo tanto con Toynbee como con Huntington. Y no les falta cierta arquitectura institucional, desde el colectivo BRICS (acrónimo cuyas siglas remiten, precisamente, entre otros, a Rusia, India, y China) o como la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS), cimentada, en origen, hace más de 20 años, por Rusia y China, a la que luego se incorporó India, pero también Pakistán e Irán. ¿Acaso no es verdad que las piezas del puzle encajan a la perfección?

Lo es. ¿Cuál es el problema? Que si la UE quiere jugar a ser mayor de edad, tendrá que acostumbrarse a lidiar con estos Estados, en la paz… y en la guerra…, en Ucrania… y en Taiwán. Eso es lo que viene por la proa. Guste o no. Y es, por consiguiente, la vara de medir que tantas dudas genera respecto a las posibilidades de Europa (esto es, de la UE) de convertirse en un actor dotado de autonomía estratégica.

## Capítulo 3

**LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA…**

**¿UN PROYECTO DE FUTURO?**

La tentativa de hacer de Europa algo más de lo que venga determinado por la pura geografía, constituye una vieja añoranza. Se quedan muy cortos quienes solamente se retrotraen a los tiempos de Robert Schuman, Konrad Adenauer o hasta Alcide De Gasperi. Hace más de 300 años, concretamente en 1713, el abate de Saint-Pierre redactó una obra que tenía por objetivo postular la unidad europea: Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe. Con no pocas dosis de precuela kantiana, él sabía, al menos, que la empresa era complicada. Con lo cual, en alguna ocasión comentó que quizá se tardarían unos 200 años en lograrlo (Espinosa, 2017: 622). Cien años después, en 1814, el intelectual francés Henri de Saint-Simon, considerado por Engels como un "socialista utópico" (aunque eso sea una verdad a medias, porque de socialista tenía lo justo), también postulaba la necesidad de dotar al continente europeo de una estructura institucional propia, capaz de gobernar sus destinos, trayendo consigo una época de paz y prosperidad.

Cien años después de su proclama, es decir, cuando se cumplían los 200 años "de gracia" solicitados por el bueno de Saint-Pierre, estalló la Primera Guerra Mundial; cien años después de eso, en 2014, y tras superar otra guerra mundial en el ínterin, Rusia recuperó Crimea mediante estrategias híbridas, que evitaron un derramamiento de sangre, pero que también pusieron de manifiesto la inestabilidad del Viejo Continente. Saint-Simon ya destacó, en 1814, que eso de la unidad europea no era una empresa fácil, dado que primaba la "exasperación de los egoísmos individuales y nacionales" (Saint-Simon, 2004: 10). Claro… ¿cómo no?

Siempre autores franceses, por cierto. ¿Se nota mucho? Hasta Rousseau medió en el debate, diciéndose admirador de Saint-Pierre, aunque, al final, denostó al abad porque, dijo, el bueno de Saint-Pierre no había entendido la naturaleza humana. ¿Habéis leído alguna vez que Rousseau aseguraba que el ser humano es bueno por naturaleza? Pues os han mentido. Rousseau sabía perfectamente que

la naturaleza humana tiende al conflicto y que la razón es esclava de las pasiones[18]. De modo que las pasiones suelen dominar a esa (pobre) razón. Entonces, frente a la esperanza de Saint-Pierre acerca de que los "príncipes"[19] liderarían un proceso de unidad europea, por vía confederativa, Rousseau nos dice que:

> Parecía ignorar que los príncipes, como los demás hombres, solo se dejan llevar por sus pasiones, y que la razón solo sirve para justificar las tonterías que cometen (Rousseau, 1915, I: 360).

Es decir, que los gobernantes no son especialmente virtuosos y que, como el resto de los mortales, ven cómo su conducta es dirigida por sus pasiones y que, si alguna vez razonan, solo es para justificar las tonterías que hacen a consecuencia de esas pasiones. Por lo tanto, no hay mucha confianza en que el liderazgo político pueda conducir a la unidad de Europa, ni siquiera en quienes, como Rousseau, comparten —a modo de deseo— esa intención. Eso sí, Rousseau consideraba que la bondad de Saint-Pierre era directamente proporcional al carácter iluso de su proyecto: del proyecto del monje dijo que era el "más grande y bello que había concebido el espíritu humano" (Espinosa, 2017: 623). Pero, por pedir, que no quede. El propio Rousseau, en su diseño puramente teórico de una utópica federación europea, integraba en la misma no solamente a los principales Estados occidentales, sino también a Rusia. No, claro, a Alemania, ya que no existía. Pero que el lector no se preocupe más de lo indispensable (al menos, por el momento), pues en el plan sí entraban Prusia y Baviera, cada cual por su lado (Rousseau, 1915, I: 377). De modo que aquí se entienden muchas cosas, avant la lettre: Francia y Rusia de la mano, mirando ambos de reojo a los de habla germánica.

Por supuesto, todo es cuestión de óptica. Los territorios de habla germánica han tenido que mirar constantemente a su espalda, encapsulados entre una Francia que es muy europea… siempre y cuando lidere el proyecto, y una Rusia que ya no quiere ser europea, pero que ve con una mezcla de decepción y enojo que buena parte de su "extranjero próximo" sí lo quiera ser. Algo así

sucedió en la Primera Guerra Mundial: la debilidad de Rusia, tras su dolorosa derrota contra Japón (1905), le dio alas para que Alemania entrara en guerra contra Francia, pensando que, por fin, nada tenía que temer a su espalda. Pero, en su último aliento, la Rusia zarista entró también en guerra, al lado, por supuesto, de Francia[20].

De modo que Alemania empleó estrategias grises para favorecer a Lenin y financiar su regreso a Rusia, en aras a que el marxismo-leninismo, dominante en el mal llamado partido socialdemócrata ruso, diera el golpe de Estado de octubre de 1917 y, con ello, retirara a Rusia (convertida ya en la URSS) de la Gran Guerra. En todo caso, componendas de Francia y Rusia, por un lado, y componendas de Alemania y Rusia, por el otro. Pero nunca de Francia y Alemania, siempre enfrentadas (1870, 1914, 1939). Curiosamente, es sobre el supuesto eje franco-alemán que se ha ido avanzando en la construcción europea en los últimos años, también en materia de política exterior y de seguridad común. Si bien, cabe preguntarse: ¿se ha avanzado tanto? Tenemos muchas páginas por delante para ver eso. En todo caso, ¡qué historia más divertida la de Europa!

Por su parte, Polonia fue sometida por la Francia napoleónica, que empleó entre otras a tropas polacas para invadir Rusia, a principios del siglo XIX, y que fue literalmente triturada por nazis y bolcheviques en septiembre de 1939. Es decir, por Alemania y Rusia, en otra de sus periódicas componendas. Así que Francia declaró la guerra a Alemania, pero no a la URSS. Y quizá sea esa la explicación de las razones por las cuales los manuales al uso señalan que la Segunda Guerra Mundial es provocada por el ataque alemán a Polonia, y se olvidan de señalar, en un ejercicio de amnesia colectiva que roza el delirio (empleo esta expresión en su genuino sentido psicológico), que Polonia fue atacada al mismo tiempo por una URSS que había pactado con la Alemania nazi, hecho que precipitó la caída de Polonia en muy pocas semanas. Claro, porque es complicado admitir que nazis y comunistas habían pactado eso. Pero… así fue. No está de moda llamar la atención acerca de las pulsiones violentas de la extrema izquierda ni de su totalitarismo. Pero, precisamente por eso, conviene recordarlo.

He traído el caso de Polonia a colación por varios motivos. Primero, para que se vea, diáfanamente, que la construcción de la seguridad en Europa no puede circunscribirse al caso franco-alemán; segundo, porque la historia reciente muestra las razones por las cuales Polonia está tan sensibilizada con estos temas: fue invadida, desde el este y desde el oeste, en 1939. Pero quienes así opinan, en el marco de la OTAN y de la UE, no suelen ser tan sensibles a las demandas de garantías de seguridad rusas, que, sin embargo, fue reiteradamente invadida, desde el oeste, en 1812 y, otra vez, en 1941. Ahora bien, es complicado pensar en una solución para la seguridad europea que, pura y simplemente, no tenga en cuenta el papel de Rusia. Y tercero, porque, aunque los casos de Francia y de Alemania vayan cobrando un lógico protagonismo en las páginas que siguen, casos como el polaco demuestran claramente que, más allá de las aspiraciones de París y de Berlín, otras capitales tienen otras agendas, no siempre compatibles con los deseos francoalemanes y, en general, no siempre conciliables con la idea de una UE más responsable de la seguridad colectiva, máxime si eso va en detrimento de la OTAN.

En definitiva, no es factible el alineamiento de un Estado en un proyecto común, cuando entiende que este no correlaciona con su interés nacional, medido en términos de seguridad. Las alianzas políticas, en el sentido de Walt, exigen el mantenimiento de esa solución a los dilemas de seguridad nacional, tal como los aprecia (y sufre) cada Estado.

Una nota final para redondear esta introducción. El monje de Saint-Pierre pasa por ser un adalid del pacifismo, además de serlo del europeísmo. Sin perjuicio de lo cual, uno de los más célebres historiadores de las ideas, Jean Touchard, nos recuerda las similitudes de su proyecto con el de Enrique IV (Touchard, 1988: 337). Es decir, que nuestra regresión puede (o debe) retrotraerse al siglo XVI. Ya en esa época, Enrique IV aspiraba a una suerte de federación europea. Todo ello, una vez más, y ya van…, con protagonismo y liderazgo galo. Su aportación, menos humilde en las formas que la del monje, es conocida por los historiadores como el gran proyecto. Tenía, para ello, un destacado enemigo, que podría hacer las veces de federador externo: el Imperio otomano.

De modo que ese incentivo podría ser útil para la prevista creación de un ejército europeo, que Enrique IV, ni corto ni perezoso, cifra en 320.000 hombres y 120 navíos. Nada menos. Con tamaña fuerza y una máquina del tiempo, Enrique IV podría dominar el Donbás a mamporros. Lo que está claro es que no lo iba a lograr el bueno de Saint-Pierre mediante sus floridas proclamas. Por lo pronto, Enrique IV trataba de evitar con ello la prosecución de las interminables guerras que asolaban el corazón de Europa. Sin embargo, pocos años después de su muerte, estalló la guerra de los Treinta Años… En realidad, Enrique IV lo que quería era controlar a los Habsburgo (Mead, 1999: xvii) y arrinconar a España para que Francia tuviera las manos libres en Europa (Keller, 1947: 393). Enrique IV pretendía definir un marco para la construcción de la unidad europea basándose en criterios de realpolitik. Un proyecto en el que unas potencias ganarían más que otras, y en el que algunas de ellas deberían renunciar a demasiadas cosas como para que eso fuese viable ¿O es que hay que pensar que los Estados que impulsan el proceso de construcción europea lo hacen gratia et amore, haciendo omisión de su interés nacional? Pues, si así fuere, y eso está por ver, sería una novedad. Lo mismo pasa en otras instancias también inspiradas (se dice) por la paz y articuladas en torno a algún principio federativo, más o menos difuso, en vez de por la construcción de un macro-Estado. De no ser así, ¿por qué las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial se reservaron el derecho de veto —además de la permanencia— en el Consejo de Seguridad de las Naciones “Unidas”?

El espíritu del siguiente análisis responde, en buena medida, a estos antecedentes. Es decir, uno puede estar a favor de un proyecto bonito, agradable al oído y que, de llevarse a cabo, augura buenas vibraciones y un futuro prometedor. Pero no puede hacer oídos sordos a las cosas que, hoy como ayer, y como siempre, dificultan alcanzar el Parnaso. Si así obrare, no estaría más cerca, sino más lejos, de alcanzar la meta pergeñada. Por todo ello, el análisis que sigue no quiere ser deudor del idealismo filosófico. Ni de nada que nos aleje de la realidad. En este sentido, supongo que este capítulo introductorio ha cumplido bien su función.

## Capítulo 4

## DE AUTONOMÍA Y DE ACTORÍAS ESTRATÉGICAS

Antes de entrar en este capítulo, conviene tener en cuenta que el mundo en el que vivimos está convulsionando. Pero no es a causa de la guerra de Ucrania. Por el contrario, dicha guerra es un efecto —o una consecuencia, si se prefiere— de un fenómeno más profundo: el deterioro del liderazgo de los EE UU. Tras una época en que incluso se tuvo la tentación de pensar en un mundo unipolar (Krauthammer, 1990: 23-33; Mastanduno, 1997: 49-88), la erosión del liderazgo estadounidense lleva asociadas otras cuestiones igualmente importantes: 1) la pérdida de credibilidad de muchas de las más importantes organizaciones internacionales del planeta (Mearsheimer, 2001), comenzando por la ONU, que ha tenido un papel irrisorio en la crisis de Ucrania; y 2) la reaparición de la competición estratégica entre grandes potencias como principal driver de las relaciones internacionales, por doquier, incluyendo escenarios como el asiático, con Taiwán como epicentro de las controversias (Mazarr, 2022: 2). Entonces, el ataque ruso a Ucrania no es más que un reflejo de esa nueva realidad. No tiene nada de constitutivo, pero sí mucho de demostrativo. Aunque quizá esa realidad ni siquiera sea tan nueva, sino apenas una de las reiteradas ocasiones en la historia en las que el paradigma de las relaciones internacionales deja de basarse en normas y en consensos, para hacerlo en métodos mucho más cruentos. Todo ello debe ser tomado en consideración, porque es en este escenario en el que hay que debatir las opciones de la UE de convertirse en un actor más en esta exigente competición.

Este análisis trata de evitar algunas de las “trampas del conocimiento” más frecuentes, cual es el caso, según los más expertos, de lo que ellos definen como myopic tiranny, wishful thinking y overconfidence —miopía, pensamiento Alicia y exceso de confianza— (Sofo, Colapinto y Ammirato, 2013: 90). Si lo planteamos así es debido a la sospecha de que las dos primeras decision traps están muy arraigadas en la UE. Sirva este libro, al menos, para compensar esas tendencias. Para ello, trabajaremos los conceptos de “autonomía” y de “actoría” estratégica. No lo haremos aleatoriamente, sino a partir de una buena motivación, que es la

que tiene que ver con las renovadas pretensiones que, en esa dirección, posee la UE.

Así las cosas, afrontaremos el análisis de estos dos conceptos ya que, como bien señala Borrell, "es difícil ser una 'unión política' y actuar como un 'actor global', sin ser 'autónomo'"[21] (Borrell, 2020). En esa coyuntura, a finales de 2020 se recuerda la necesidad —así sentida por la dirigencia de la UE—de que Europa (léase la UE) sea un "actor" dotado de "autonomía". En cuanto a lo que sea eso, Borrell apela a las conclusiones del Consejo de noviembre de 2016, a tenor de las cuales, la autonomía estratégica consiste en la "capacidad para actuar de manera autónoma cuando y donde sea necesario, y con los socios siempre que sea posible" (ibid.).

Ambición no falta. Realismo, quizá sí. Pero mientras que lo primero va de suyo, lo segundo lo expondremos a lo largo del siguiente análisis.

El diagnóstico, en todo caso, no puede ser más acertado: Europa está perdiendo peso en el mundo, no solo (ni principalmente) de la mano de los EE UU, sino también (sobre todo) de la mano de China… y sin dejar de mirar por el rabillo del ojo a India. Y todo parece indicar que Rusia y Turquía también tienen más peso que Europa (la UE) en la resolución de conflictos no tan lejanos[22]. Ciertamente, así es. Entonces, el principal motivo para evitar ese declive es la propia "supervivencia política" de la UE (ibid.).

A medida que el texto de Borrell avanza, las cosas se clarifican. En realidad, detrás de la propuesta está el miedo (¿y la convicción?) a que los EE UU intervengan menos en zonas aledañas a Europa, en las que Washington puede tener menos interés: "Sahel, Libia y Mediterráneo oriental" (ibid.). Aunque, curiosamente, no aparece la palabra Magreb y, menos todavía, Marruecos. Dejando de lado la relación concreta de ejemplos puestos a disposición del lector, parece evidente que hasta la hipotética emancipación de la UE pende de los deseos (y de las desidias) del Tío Sam. Como veremos, así ha sido, y sigue siendo, en buena medida. Conceptualmente, no es un buen comienzo. Sin embargo, mientras se plantee de este modo, más humilde, es posible que levante menos aspavientos al otro lado del Atlántico. Lo cual siempre es positivo. Porque las cosas son como son.

Cuestión distinta es qué sea la identidad política de la UE, cuán sólida sea y, por ende, qué es lo que tiene que sobrevivir en el renovado escenario de la competición estratégica entre grandes potencias al que estamos asistiendo. La UE nace, a decir de Jacques Delors, como un objeto político no identificado (OPNI). La cuestión es que insistía en esa idea en 1985. Supuestamente, el Tratado de Maastricht habría iniciado la senda para convertirlo en algo más, si bien en su momento veremos que eso es muy discutible, así como las razones de ello. De hecho, en 1985, Delors, a la sazón presidente de la Comisión, sugería que, probablemente, seguiría siendo un OPNI a lo largo de los siguientes 30 o, quizá, 40 años (Delors, 1985: 2). Pero, siendo consciente de las dificultades, apostaba porque esa "Unión", cuando menos, fuera útil a los Estados miembros. ¿De qué forma?

> […] siendo un conjunto que, una vez más, sea capaz de proporcionar a cada uno de nuestros países el efecto dimensional que le permita prosperar en el interior y mantenerse en el exterior (ibid.: 2).

Es decir, se trataría de que las instituciones europeas "sean capaces de dotar a cada uno de nuestros países el efecto de dimensión que le permite prosperar en el interior y mantener su rango en el exterior".

Bueno, es (era) una opción. Pero en ella no se entraba a considerar la posibilidad de que la Unión llegara a ser un actor estratégico, sino, más bien, que fuera un instrumento útil a los Estados que la integran, potenciando sus propias políticas y expectativas. Ahora bien, si la UE alcanza más poderes, en cuanto tal, así como mayor densidad normativa, pasa a ser un caramelo demasiado jugoso como para que algunos Estados, de entre los miembros, cejen en su empeño de marcar la agenda de esta. Lógico y normal es que lo intenten. Tanto, como que eso genere recelo en los demás.

Cuando se plantea la cuestión de la autonomía estratégica para una organización internacional, surgen varias preguntas. ¿Autonomía, respecto de quién? Será, se supone, respecto a grandes potencias,

ajenas a esa organización. Tiene sentido si pensamos en potencias aliadas que tengan una bien ganada fama de imponer, o tratar de imponer, su propia agenda a la organización dotada de esas nuevas ambiciones. En ese sentido, adquirir autonomía sería sinónimo de emanciparse de esa tutela, hasta entonces más o menos aceptada, de facto. No es preciso entender mucho de geopolítica para asumir que esa autonomía se pretende, en el caso de la UE, de los EE UU.

Ahora bien, ¿Acaso no es necesario plantearse, asimismo, si dicha organización alcanza autonomía respecto a sus propios Estados miembros? Lo planteo porque, a los efectos de un Estado miembro cualquiera, puede ser interesante (o no, pero es una opción) ser parte de una organización que no dependa de un Estado ajeno a la misma. Sin embargo, ¿qué sucede si ello lo aboca a depender, de todos modos, de otro Estado, aunque sea miembro de la misma? No hace falta que pensemos solamente en la UE, aunque enseguida volvemos a ella. Porque… ¿acaso la OTAN tiene autonomía estratégica respecto a los EE UU? Por supuesto que no la tiene. Pero podría aducirse que, al fin y al cabo, el Estado que entra en la OTAN es consciente de ello. Ciertamente, eso forma parte de su apuesta por la seguridad. Podemos entenderlo como una servidumbre, o como un peaje. En la UE podría suceder algo similar, porque todas las organizaciones requieren de liderazgo para seguir operando, de modo cohesionado y coherente. Máxime si se trata de una alianza defensiva en el sentido que otorga a este concepto el principal experto en la materia. En efecto, de acuerdo con Walt, una alianza es:

Una alianza es un compromiso formal o informal de cooperación en materia de seguridad entre dos o más Estados […] las alianzas difieren en aspectos importantes de otras formas de cooperación en materia de seguridad. Un acuerdo para reducir las tensiones entre adversarios —por ejemplo, mediante un acuerdo de control de armas, un proceso formalizado de distensión o un conjunto de medidas de “fomento de la confianza”— no es una alianza, porque no implica un compromiso de defensa mutua (Walt, 1997: 158).

En cuanto al liderazgo en el seno de una alianza, tal es el peso que le confiere Stephen Walt, que considera que es el primero y principal de los factores que promueven la continuidad de esas organizaciones, todo ello mediante una variedad de refuerzos y sanciones que derivan de la combinación de auctoritas y de potestas de que dispone el Estado que lidera. Pero, viceversa, si ese liderazgo es endeble, constituye, por la misma razón, uno de los principales motivos del colapso de estas. E incluso de su desaparición. En sus propias palabras:

Una fuente obvia de durabilidad de las alianzas es el ejercicio del poder hegemónico por parte de un líder fuerte de la alianza. Los líderes de la alianza pueden desalentar la disolución asumiendo una parte desproporcionada de los costes, ofreciendo incentivos materiales para hacer más atractiva la alineación o amenazando con castigar a los regímenes desleales (ibid.: 164).

Parece evidente que lo que expone Walt sería el minimum minimorum de una hipotética autonomía estratégica. Ni siquiera tengo claro que sea una condición suficiente. Pero sí, sin duda, una condición necesaria, sine qua non, de la misma.

Pero si trasladamos este mismo marco teórico al ámbito de la UE, que, al fin y al cabo, es el que nos ocupa en este análisis, a nadie se le esconde que el liderazgo alemán puede no ser tan claro como lo es el de los EE UU en la sede de la OTAN y, desde luego, puede ser más contestado en el seno de la UE de lo que lo es el de Washington en el seno de la Alianza. Incluso por otros miembros de la misma organización, igualmente poderosos (pienso, sobre todo, en Francia). No en vano, y en el hipotético caso de que Alemania asuma un reto tan complicado, surgen de inmediato varias preguntas, siempre vinculadas a la noción de autonomía. Porque, si Alemania no logra liderar una hipotética defensa europea, no habrá mucho de lo que hablar. Pero, en el supuesto de que sí lo haga, efectivamente, ¿en qué situación quedarían el resto de los Estados de la UE? Se habrán sacudido la égida de Washington, es verdad. Ahora bien… ¿A cambio de terminar bajo palio alemán? Porque

quien está en la OTAN es consciente de que la agenda que más pesa en la definición de, por ejemplo, sus conceptos estratégicos sucesivos es la agenda de la Casa Blanca. Sin embargo, ¿cuál es la agenda alemana? ¿Ostpolitik clásica? ¿Énfasis en el grupo de Visegrado, con el consiguiente desplazamiento del protagonismo hacia el Báltico y Europa oriental, en detrimento del Mediterráneo y ya no digamos del atlantismo? Y todo ello, ¿con qué tipo de relaciones con Rusia y, sobre todo, con China? No son pocos los interrogantes que surgen cuando se avanza hacia un nuevo liderazgo, asumiendo que quien lidera —en la organización que sea — tratará de dar prioridad a su propia agenda.

Entonces, suponiendo que este sea el camino a seguir por la UE, ¿serán sus Estados más autónomos bajo la égida germánica de lo que lo son bajo la tutela de los EE UU? Probablemente, no lo sean de ningún modo. Otra pregunta pertinente es: ¿sería la UE más autónoma bajo la égida alemana que siendo tutelada por los EE UU? La respuesta dista de ser evidente, pese a las apariencias. Lo otro son ensoñaciones: pensar que la UE pueda ser la primera organización del mundo que funcione sin liderazgo, y poco menos que por sorteo. No es posible, por motivos que quedarán claros a lo largo de este análisis. Porque la UE ni siquiera es una organización especialmente cohesionada. Lo iremos viendo, pero, de momento, recuperemos el hilo argumental.

Hay que tener en cuenta la muy peculiar idiosincrasia germana desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Porque ha venido actuando como un auténtico “tapado” (discúlpese el coloquialismo).

Y no creo que se trate de una mera sensación personal, cuando algunos de los principales expertos en la política exterior de la UE vienen advirtiendo, desde hace años, del carácter “introvertido” de Alemania, por contraposición, por cierto, al talante “extrovertido” de Francia (Heisbourg, 2000: 21). A Francia se la ve venir de lejos. Eso no es ni bueno ni malo, pero mientras que el resto de los Estados somos conscientes de las pulsiones galas, por doquier, en el caso alemán habría que aclarar muchas cosas antes de dar algún paso… que sea en falso. Porque ahora será “introvertido”, como dice Heisbourg. Pero su agenda, desde Bismarck a los diversos Reichs, sí la hemos conocido. Y no es precisamente una agenda

poco incisiva para el resto de Europa. ¿Que las cosas pueden cambiar? Habrá que demostrarlo.

Entonces… ¿Grecia —por decir algo—, o Polonia, o Portugal… tendrían más autonomía estratégica en el caso de que la UE lidere un proyecto en esa dirección? ¿Dejarían su defensa en manos de una organización liderada por una potencia media de agenda mal conocida, con unas fuerzas armadas en un estado, como mínimo, de escasa operatividad y utilidad, tras dos décadas de dejación, y que no dispone de capacidad de disuasión nuclear, además de tener una capacidad de transporte estratégico muy limitada —prácticamente nula por mar, por ejemplo—? Hemos elegido estos tres Estados al azar, aunque con el subconsciente pensando que era bueno poner ejemplos de Estados tan diversos entre sí: fachada atlántica; Europa central y Mediterráneo oriental. Aunque, bien mirado, quizá se trate de un subconsciente ya muy adiestrado en las lides de la geopolítica. Porque todos ellos tienen cosas que ver con Alemania, aunque de diferentes maneras. Portugal ha venido adquiriendo bastante material militar alemán, como los aviones COIN Alpha Jet y sus tres fragatas MEKO 200. Todo parece estar en orden. No es el caso con Polonia. No quiero ir a la historia. No es necesario retrotraerse mucho para recordar las públicas desavenencias causadas por el Nord Stream 2 entre ambos Estados. Que, hoy en día, no esté operativo, no es óbice para que ese asunto haya dejado claro el menosprecio germano hacia los intereses polacos (lo cual sí puede soliviantar a los fantasmas de la historia). Además, Polonia es uno de los Estados europeos más comprometidos con el liderazgo de los EE UU y con la OTAN. Lo de Polonia, que es un Estado cada vez más influyente, debido a la conjugación de su geografía, su demografía y su presupuesto de defensa, da mucho juego. Porque si alguien piensa en la animadversión polaca hacia Alemania y Rusia, solamente tiene que echar un vistazo a la historia moderna para comprender que está en un error, y que el tema es estructural. Recojamos, para ello, la percepción de una experta polaca: “Las particiones de Polonia en el siglo XVIII […] fueron perpetradas por el Imperio ruso, el reino de Prusia y la Austria de los Habsburgo, dieron como resultado la desaparición de Polonia” (Redlowska, 2013: 75). Luego podemos hablar de la agresión cometida a dúo, en inusitada sintonía, por nazis y bolcheviques en 1939, con el mismo resultado. Pero era más de lo mismo, y llovía sobre mojado.

Entonces, ¿es, o no, natural que Polonia no se fíe de Rusia? Por supuesto que sí. Ahora bien, del mismo modo, ¿es, o no, natural que Polonia no se fíe de Alemania? También lo es, claro está.

El resultado lógico de todo ello es que Varsovia está más cerca de Londres y de Washington. En este segundo caso, la relación es tan profunda que va mucho más allá del marco de la OTAN y se expande a varios temas importantes, como la educación o la economía. Eso fue muy claro desde los años noventa del siglo XX, con el apoyo dado a Polonia por parte del FMI y del Banco Mundial, pero también a través de un tratado económico bilateral firmado en 1990 o de la constatación que Polonia fue el Estado más beneficiado por el programa estadounidense Support for East European Democracy, todo lo cual demuestra el interés de la Casa Blanca en este país, ubicado en el ala oeste del heartland (Redlowska, 2013: 79).

En cuanto a Grecia, es difícil pensar que para Atenas sea irrelevante el creciente peso (demográfico y, por ende, finalmente político) de la minoría turca en las políticas públicas alemanas. Podemos dejarlo aquí. Pero ya se ve lo que da de sí el tema y lo complejo que es cambiar las cosas (y los equilibrios vigentes, siempre delicados) en el escenario internacional.

En esta fase del hilo argumental, alguien podría aducir que, desde el momento en el que la UE asuma nuevas responsabilidades, ya no hay que pensar en clave estatal, sino colectiva. Sin embargo, es bien conocido que el principio de igualdad soberana de los Estados está muy bien donde está (es decir, en los manuales de derecho internacional), pero no opera como tal en la práctica, precisamente, porque el peso político, demográfico, militar y diplomático de los diferentes Estados miembros es muy variado, y quienes están mejor posicionados lo hacen valer. ¿Acaso la UE no ha definido un sistema de mayorías cualificadas, basado en el diferente valor del voto de los Estados miembros? Por no hablar de los intangibles del poder, que siempre están ahí. Igual que en una sociedad por acciones, puede que, jurídicamente hablando, todos los accionistas sean propietarios. Sí, claro, pero eso no significa que tengan el mismo voto, de modo que la mayoría de ellos no pesan nada a la hora de tomar las grandes decisiones. Pagan lo que les toca, y esperan

beneficios (si los hubiere). Poco más. Aunque solo sea por eso, ningún Estado serio hará dejación de sus funciones en aras a dar satisfacción a algún principio abstracto.

Por otro lado, con mimbres como los que tiene (y no tiene) Alemania, es complicado pensar que se pueda ejercer autonomía estratégica alguna. Porque si en los últimos tiempos se ha podido advertir cierta reducción de la credibilidad de la disuasión ejercida por los EE UU[23], ¿qué no pasaría con Alemania y con otras potencias medias europeas? Todo ello suponiendo que los socios europeos se pusieran de acuerdo a la hora de adoptar posiciones comunes que impliquen el uso de la fuerza a gran escala. Algo que, como iremos viendo, no está nada claro si atendemos a los antecedentes, que es con lo que podemos trabajar en términos científicos, o lo más próximos posibles a ese enfoque.

Hecha esta introducción, y saliendo del problema que plantea la autonomía estratégica cuando dejamos de pensar en clave estatal, vamos a esbozar un criterio de lo que es la actoría estratégica, para lo cual también gozamos de un buen soporte académico. Sobre todo, gracias a las tesis de Brzezinski. Los jugadores geoestratégicos son, según apunta el politólogo de origen polaco:

Estados con capacidad y voluntad de ejercer poder o influencia más allá de sus fronteras para alterar el estado actual de las cuestiones geopolíticas (Brzezinski, 1998: 49; la cursiva es del autor).

Nótese, entones, que hay dos conceptos que son la clave de bóveda del edificio: capacidad y voluntad. Ambas son atribuidas a los Estados. Y ni siquiera a todos los Estados, aunque puedan parecer potencias, en relación con ciertos baremos al uso (territorio, población, economía, diplomacia, etc). De modo que, tal como añade el autor, “no todos los países importantes y poderosos son automáticamente jugadores estratégicos” (Brzezinski, 1998: 49). Pues, si eso es así en el caso de Estados poderosos, ¿qué no va a pasar en el de organizaciones internacionales que, como la UE, no tienen ni tradición, ni credibilidad alguna, en materia estratégica y/

o de disuasión militar? Todo ello sugiere que, para ser un actor estratégico y gozar de la autonomía adyacente, se debería ser un Estado, o algo muy parecido a los mismos: algún macro-Estado. Si bien, siempre según Brzezinski, esa sería una condición necesaria, pero todavía no suficiente, para detentar ese rol. Porque, en la práctica, la arquitectura institucional de la UE, con procesos de toma de decisiones que requieren unanimidad, no son propios de ningún Estado. A lo sumo, teóricamente, serían compatibles con una confederación de Estados, que es otra cosa… bastante más débil y quebradiza, por naturaleza. Pero transformar la UE en un Estado es el más difícil todavía. Recordemos cómo, en su discurso del 14 de Julio, en el año 2000, Jacques Chirac dejó claro que su país no estaba por los "Estados Unidos de Europa", sino, en todo caso, por la "Europa unida de los Estados". No es lo mismo. Y todo ello lo planteaba sin abandonar sus recelos para con los EE UU, que eran muchos. Por otro lado, y a título de ejemplo, ¿aceptaría Hungría que sus políticas de seguridad y defensa, o hasta su política exterior, fueran decididas por Bruselas? Tal como se está oponiendo a las presiones ejercidas por la UE en la actualidad, no parece que los húngaros (que son quienes eligen a Viktor Orbán) estén por la labor de perder más soberanía. ¿Por qué deberían hacerlo? ¿A cambio de qué? Últimamente han demostrado que están dispuestos a perder unos cuantos miles de euros si es a cambio de mantener su propio criterio. Puede que la UE no esté muy acostumbrada a ello, pero eso no significa, como es notorio, que en Bruselas estén en lo cierto.

Desde Bruselas se debería tener mucho cuidado con este apretar las tuercas, no vaya a ser que Hungría se mantenga en la OTAN (para seguir teniendo el aval de la disuasión ofrecida por los EE UU, directamente y a través de esta organización, pues es lo que más les interesa) y se salga de la UE. Al fin y al cabo, ese estatus ya lo tienen otros miembros de la OTAN, como Turquía. Además, si eso ocurriera, seguiría el mismo camino que el Reino Unido. Nada nuevo bajo el sol. Y nada de esto implica que sea una buena apuesta, sobre todo en el aspecto económico. Ahora bien, es una opción legítima, seguida en función de lo que identifican como sus intereses nacionales. No podemos hacer oídos sordos a esa posibilidad. En cuanto a relajar esa presión y, eso sí, modificar el proceso de adopción de decisiones, la pregunta obligada es: ¿podríamos solucionar el problema derivado de la actual

arquitectura institucional de la UE cambiando los procesos de adopción de decisiones? Para nada, por motivos que expondremos más adelante.

Ahora bien, sin perjuicio de que más adelante volvamos sobre las razones por las cuales se sigue manteniendo la regla de la unanimidad (es decir, del derecho de veto), con pocos matices, como criterio básico, hay que añadir que es muy discutible que la UE tenga las capacidades para ser un jugador estratégico. Y, sin capacidades suficientes, es lógico que la voluntad flaquee, pues otra cosa sería irresponsable, por temeraria. Recordemos lo que antes hemos subrayado, siempre de acuerdo con Brzezinski: voluntad y capacidad. Lo primero, por sí solo, no sirve. Máxime cuando en la partida hay Estados como Rusia y China, ambas potencias nucleares. Pero ojo también con la posibilidad de que la conversión de la UE en un actor estratégico (o, al menos, la tentativa de hacerlo) dañe las relaciones con los propios EE UU. Porque, desde ese momento, desde Washington podrían jugar la partida geopolítica sin tener que sostener atadura alguna (ni jurídica ni moral) con la vieja Europa. El reto sería, por consiguiente, muy complicado de abordar, porque implicaría, si saliera bien (cosa discutible) una reorganización en profundidad de todo el entramado de relaciones internacionales vigente. Lógico cuando, incluso, se debería redefinir lo que se entiende por "Occidente". De hecho, es probable que no salga bien, pero el mero hecho de arreciar en ese sentido va a generar suspicacias en Washington. Eso es inevitable. De hecho, ya ha sucedido otras veces.

Definir lo que sea un actor estratégico no es fácil. Pero sí lo es definir una alianza. Lo hemos hecho, empleando para ello las tesis de Walt: son acuerdos de cooperación entre Estados planteados con el fin de prestarse ayuda militar contra actores externos a la misma (Walt, 1987: 1; 1997: 157). Esos acuerdos pueden ser formales o informales[24]. El objetivo es, en todo caso, disuasorio. Y es fundamental a su definición que exista un enemigo común, compartido, que provoque la necesidad de esos Estados de ceder parte de su soberanía para quedar integrados en una alianza. Excelente punto de partida para entender Europa en general, los procesos de construcción de un entramado de seguridad partiendo del núcleo duro franco-alemán e, históricamente, también británico

y, finalmente, los que caben en la UE como tal.

## Capítulo 5

# EL DIFÍCIL CAMINO DE LA (NO) CONSTRUCCIÓN DE UNA EUROPA DE LA DEFENSA

**¿Europa o Europas?**

Existen, en el mercado, algunos marcos teóricos que generan optimismo respecto al devenir de las organizaciones internacionales, incluso cuando se trata de disciplinar a los Estados que las componen. Otros, no tanto. Comenzando por los segundos, porque son los que tienen unas raíces históricas más profundas y dilatadas en el tiempo, el realismo siempre ha considerado que los Estados son los actores más relevantes del sistema. A modo de resumen de esas ideas, digamos, nucleares, del realismo, recogeré algunas afirmaciones del neorrealista John Mearsheimer, debidamente reconstruidas por un servidor, para poder ofrecerlas en batería, a través de un único párrafo:

Los Estados son actores racionales; que tratan de garantizar su supervivencia por su cuenta y riesgo; porque en un mundo anárquico no existe ninguna autoridad central que lo haga por ellos; de modo que se dotan de capacidades ofensivas; dada la incertidumbre respecto a las intenciones de los demás Estados, que no les deja otra opción (Mearsheimer, 2001: 3 y 30-31).

Pero, siendo así, ¿dónde quedan las organizaciones internacionales? De acuerdo con este marco teórico, las organizaciones internacionales son, a lo sumo, los testaferros de los Estados más importantes y las encargadas de generar cierto consenso entre los Estados que optan por el seguidismo (por no tener capacidad para hacer otra cosa, o por pura voluntad —léase por falta de voluntad para adoptar posturas más proactivas—). Pero siempre según las directrices de los Estados que lideran esas mismas organizaciones.

Ahora bien, hemos apuntado que no todas las aproximaciones teóricas conllevan esa conclusión. Y que, de hecho, algunas de ellas son especialmente biempensantes en beneficio de las organizaciones internacionales. Es conocido el énfasis del institucionalismo liberal

en este aspecto. En este, y en otros, colaterales, en los que también puede quedar muy bien librada la UE. Por ejemplo, en la interdependencia como motor de la paz: Keohane y Nye sostienen, en principio, la opción más ortodoxa dentro de esta corriente de pensamiento, al afirmar que la "interdependencia compleja" contribuye a mejorar las relaciones entre Estados, creando incentivos para la paz (Keohane, 1989: 9). E incluso en lo que respecta a la importancia del soft power (poder blando) que fluye a espuertas en la UE. El poder blando tiende a erigirse a partir de recursos tales como el atractivo cultural e ideológico, así como de reglas e instituciones internacionales (Nye, 1990: 168). Aplicado a la práctica internacional, eso significa que "un país puede obtener los resultados que desea en política mundial porque otros países quieran seguir su estela, admirando sus valores, emulando su ejemplo, aspirando a su nivel de prosperidad y apertura" (Nye, 2003: 30). Siendo todo ello cierto, tenemos que hacer un par de precisiones adicionales.

En relación con la interdependencia como motor de la paz, queda claro que sí tiene algún peso aquende las fronteras de la UE. No es poca cosa, y conviene hacerlo constar: la UE está consiguiendo que Estados antaño enfrentados, hogaño sean socios, y que lo sean hasta el punto de ni plantearse la hipótesis de una guerra entre ellos, por más diferencias que tengan. Sin embargo, la proyección de esa situación allende las fronteras de la UE ya es más discutible. Y, como muestra, la propia guerra de Ucrania. Pues es evidente que la interdependencia existente entre Rusia y los Estados de la UE en materia energética era superlativa. Pero es igual de evidente que no ha traído la paz, sino la guerra. Es algo que ya habían adelantado los teóricos del realismo (Waltz, 1988; Mearsheimer, 2001). En todo caso, no es un problema de la UE, sino de la teoría en la que se sustentan algunas de sus esperanzas. Si bien, el efecto final es parecido.

En relación con el poder blando, no podemos obviar que, en uno de sus libros[25], es el propio Nye quien ofrece una versión más refinada del poder blando, muy adaptada a las circunstancias de la era de la información. En realidad, ocurre que Nye no reniega del hard power o poder duro, cuyos principales componentes son los recursos militares y los recursos económicos de un Estado, o, como

él mismo dice a veces, metafóricamente, el "palo y la zanahoria", ya sea en forma de amenazas o a modo de incentivos (Nye, 2003: 30). Por lo tanto, aunque la UE vaya muy bien surtida de poder blando, todo parece indicar que necesita algo más para alcanzar la mayoría de edad.

Dicho todo lo cual, la escuela que más ha hecho en esta dirección es la social constructivista. Sobre todo, a partir de las aportaciones de Karl Deutsch y su idea de la community security. Una de las principales diferencias entre ambos enfoques estriba en que los liberales parten de una antropología muy similar a la de los realistas, de acuerdo con la cual los diversos actores internacionales actúan siempre regidos por el interés. De modo que, incluso en el caso de que la persecución de este, genere organizaciones internacionales en cuyo seno subyacen siempre esos intereses individuales (léase estatales). Así las cosas, a lo sumo, una organización internacional será una "sociedad" (en el sentido de Gesellschft), pero no una auténtica "comunidad" (en el sentido de Gemeinschaft). Dicho con otras palabras, las organizaciones internacionales siempre tendrán cierta fragilidad, al estar regidas por un criterio del tipo TIT FOR TAT[26] (Axelrod y Hamilton, 1981: 1391; Axelrod, 1984: 47).

En cambio, Karl Deutsch da un paso más, y sí que afirma que, al menos algunas de esas organizaciones internacionales, son capaces de generar cambios tan profundos en los Estados que las componen que estos dejarían de pensar en términos individualistas o egoístas, para pasar a forjar esas community securities, entendidas como:

Un colectivo [group of people] que puede estar formado por un elenco de Estados (de hecho, ese es el caso de estudio) que está "integrado", y por integración entiende que esas diferentes unidades (Estados, en nuestro caso) adquieran un "sentido de comunidad" e instituciones y prácticas robustas [strong] y lo suficientemente extendidas [dentro de esa misma comunidad] como para garantizar, durante largos períodos de tiempo, la expectativa de que cualquier cambio que se produzca se realizará pacíficamente (Deutsch, 1957: 123) gracias a la base de "mutua simpatía y lealtad" lograda en el ínterin (ibid.: 129).

Eso, en buena medida, se ha conseguido: tras dos guerras mundiales, nada parece indicar que las diferencias entre los Estados que componen la UE puedan desembocar en otra gran guerra. Asumamos eso, con satisfacción, como un éxito del proceso de construcción europeo. Ahora bien, la pregunta que subyace a este libro implica no quedarse ahí y dar un paso más hacia adelante. Llevarse bien o, simplemente, no pelearse mucho, no es sinónimo, claro está, de llegar a ser un actor internacional dotado de autonomía estratégica. Por ello, a lo largo de las siguientes páginas analizaremos con argumentos y datos hasta qué punto la construcción europea está más cerca de los estándares realistas o de los que hacen gala sus críticos, institucionalistas o socialconstructivistas.

La historia de la construcción europea es, en este sentido, curiosa. Cuando termina la Segunda Guerra Mundial, el enemigo requerido por la teoría para estimular la generación de una alianza defensiva no era la URSS, sino… Alemania. Los inicios de la construcción de un entramado europeo de seguridad y, quizá, de defensa, son muy modestos: el Tratado de Dunkerque de 1947, entre Francia y el Reino Unido, en el que se declara expresamente que dicha alianza, embrionaria, lo es contra Alemania, entendiendo por tal a la RFA. Que se comenzara por algo tan minúsculo es una muestra más de la dificultad de la empresa. Pocos años después, ese tratado evolucionó hacia el Tratado de Bruselas de 1948, que, además de esos dos Estados pioneros, ve como se suman Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Por este segundo tratado en dos años se crea la Unión Occidental (UO). Pero, para septiembre de 1948, la URSS ya aparece identificada como enemiga. Ha cambiado su estatus. Sin embargo, recibe esa catalogación solo por detrás de Alemania, que a esas alturas seguía generando suspicacias entre quienes la derrotaron en la guerra mundial. En realidad, la presencia de la URSS como enemigo permitió que se comenzara a pensar seriamente en un cambio de estatus de la propia Alemania. De todos modos, su hipotético rearme seguía generando todo tipo de recelos entre el resto de las potencias occidentales, sobre todo en Londres y en París.

La novedad más interesante es que la UO se define a sí misma como una auténtica alianza militar, de carácter defensivo. Que funcionara, o no, no dependía, pues, de ambigüedad alguna: la idea estaba clara. La ejecución de la misma, en cambio, mostró ser bastante más tediosa, insatisfactoria y, finalmente, fallida. Más señales, en definitiva, acerca de lo complicada que era —no hace tantas décadas y pese a haber hallado un enemigo común capaz de operar a modo de federador externo— la construcción de una "Europa de la defensa". Pero no adelantemos acontecimientos. Sigamos los pasos que hay que seguir.

El gran tema seguía siendo si rearmar, o no, a la Alemania Federal, hasta qué punto, y bajo qué controles y condiciones. Todo ello en un país que gozaba de una soberanía condicionada por las potencias vencedoras y que, a partir de la Carta Fundamental de Bonn, tenía prohibido desplazar tropas al extranjero. Su destino había sido trazado de modo heterónomo, en buena medida desde Washington, debidamente escoltado (en esto sí) por Londres y París. El papel de la RFA estaba diáfanamente claro: debía parar el primer golpe en caso de una guerra a gran escala entre la URSS y el bloque occidental. Esa era la condición previa a cualquier posibilidad de su rearme.

Esa es la auténtica crónica de los orígenes de la defensa europea: se hizo contra Alemania. Todo giraba, en los años cincuenta del siglo XX, en torno a este debate. La CECA, antecedente de la CEE, trata de crear una Comunidad Europea de la Defensa (CED), uno de cuyos objetivos era instaurar una suerte de fuerzas armadas multinacionales en las que se integrarían, ciertamente, unidades de la RFA, pero siempre bajo mando francés. Es así, y no de otra forma, porque los británicos se desmarcaron casi desde el primer momento. Por su parte, Francia no logró llevar el proyecto a buen puerto, por falta de consenso político interno. En los debates internos galos salieron a relucir diversas posturas, no siendo poco seguida la que sospechaba que la integración de Francia en una suerte de fuerzas armadas multinacionales[27] sería el principio del fin de la soberanía francesa, ya que sus propias fuerzas armadas dejarían de existir como tales o acabarían siendo, a lo sumo, un apéndice de las de la CED (Parsons, 2003: 45-50). De nuevo, malos síntomas en lo que se refiere a la posibilidad de armar una defensa

europea al margen de los EE UU. Porque de eso se trataba en la CED, así como en la UO. Pero no puede decirse que desde la Casa Blanca se pusieran palos a las ruedas. Al contrario. En Washington no daban crédito a la inanidad de sus aliados, hasta el punto de que condicionaron la ayuda a Francia en Vietnam a que la CED se desencallara (Ortega, 1980: 459). Sin embargo, no hubo manera. En agosto de 1954, la propuesta de creación de la CED fue derrotada en la propia Asamblea Nacional francesa, como décadas después ocurriese con el proyecto de Constitución europea. Terminaba, de ese modo, el primer acto del drama griego en el que se ha ido convirtiendo la defensa europea desde entonces. Por el camino, De Gaulle soltó una de sus frases lapidarias, pero eventualmente cargadas de verdad: "¿Cómo se podía pensar seriamente en un ejército europeo si esta Europa no existía?" (ibid.: 460). Sigamos…

Este fracaso muestra que, desde la Europa de la economía (léase CECA y CEE), no se logró resolver el asunto alemán. Hubo que dar más pasos. Al principio, siguiendo esa filosofía de Europa-sin-los-EE UU. Así, en 1954, se llevó a cabo una evolución de la UO, esta vez ya denominada Unión Europea Occidental (UEO), a partir del Tratado de Bruselas Modificado (TBM), que ya incluyó —esta vez sí — a Alemania e Italia como parte del núcleo inicial de cinco Estados, constituido a partir de 1948. Llegados a este punto, hay algo que debemos remarcar, no sea que pase inadvertido: las elevadas pretensiones con las que nace la UEO. Tan elevadas, que disponía de su propio "artículo 5", similar al que al año siguiente se recogería en el Tratado de Washington, con todo lo que eso supone, al menos sobre el papel. Así, ese artículo 5 del TBM rezaba lo siguiente:

Todos los Estados miembros tenían lo obligación de "prestarse ayuda y asistencia mutuamente, por todos los medios a su alcance, tanto militares como civiles, en caso de ataque a uno de ello.

El problema aquí es obvio: un artículo semejante, pese a lo que pueda parecer, no tiene efecto alguno si no se sustenta en la firme voluntad —y en las capacidades— de quienes lo suscriben de

implementarlo llegado el caso. Dicho de otra forma, sea la UOE, sea la propia UE la que introduzca por escrito en su derecho positivo una cláusula de defensa mutua, si se carece de los medios y la voluntad de llevarla a efecto, nunca pasará de ser "papel mojado".

Esta vez, en 1954, los británicos cedieron y se animaron a apoyar el nuevo proyecto de alianza defensiva. En otras palabras, hubo que esperar diez años tras el final de la Segunda Guerra Mundial para que las dos antiguas potencias del Eje, derrotadas en esa guerra, pasaran a engrosar oficial y formalmente el grupo de los Aliados. También para que franceses y británicos se comprometieran en materia defensiva, por más que el paso fuese más simbólico que real. ¿Qué había cambiado entre la creación de la UO (1948) y el nacimiento de la UEO (1954)?

No hace falta ser un genio para advertirlo. Solo es preciso leer con atención: la OTAN había sido creada en el ínterin (1949), con lo que los EE UU entraban de lleno en la ecuación europea. Como el lector supondrá, lo que advertimos no es aleatorio. Muy pronto todos los actores implicados tomaron toda una serie de decisiones que demuestran, crudamente, la realidad de las cosas, y es que, en una resolución del Consejo de la UO de 20 de diciembre de 1950, esta organización dejó claro que delegaba todas sus competencias en materia de seguridad y defensa en la OTAN. Decisión ratificada, por si había alguna duda, a través de otra resolución del mismo órgano, pero esta vez de la UEO, con fecha de 27 de febrero de 1957. ¿Quién fue el único actor capaz de remendar Europa? Estados Unidos. La UEO pasó por momentos de todo tipo, dentro siempre de un perfil más bien bajo. Pero se hiciera lo que se hiciera en su seno, habría que leerlo en clave de vínculo transatlántico. A decir de quienes más y mejor siguieron los avatares de la UEO, "toda la historia de la organización se orienta en este sentido" (Cahen, 1988a: 86).

No es cuestión de que esto guste más, o de que guste menos. Es cuestión de que no se puede hablar de estos temas haciendo gala de ejercicios de amnesia selectiva. ¿Las cosas pueden cambiar? Claro. Igual que el gallo de Hume puede dejar de cantar cualquier día al amanecer. Pero cantó durante años, y quienes esperaran otra cosa erraron durante todo ese tiempo, mientras cruzaban los dedos para

que al gallo le diera un infarto. El problema aquí es conocido: es complicado hacer ciencia con base en los deseos, mientras que los precedentes sí que ayudan a hacernos con una idea bastante clara de los problemas a afrontar, de los remedios que han funcionado y de los que no lo han hecho, con los mismos protagonistas.

Aunque este argumento, basado en esa sucesión de resoluciones, parece suficientemente claro, podemos reforzarlo con algunas opiniones de autoridad. El almirante Artal dejaba claro, a finales del siglo XX, que "el Mando Supremo Aliado en Europa (SACEUR) es, en cualquier circunstancia, el responsable de la reacción militar de la Alianza en el caso de una agresión contra el territorio de los países miembros" (Artal, 1996: 111). Lo decía en 1996 con toda claridad, quizá porque, desde 1973, la UEO ni siquiera se reunía para deliberar y ya no digamos para adoptar decisión alguna. De hecho, esta organización era conocida en los mentideros de la diplomacia internacional como la bella durmiente. ¿Por qué desde 1973? Porque ese fue el año del ingreso del Reino Unido en la UE[28]. Pero detengámonos un momento en este punto, ya que lo que se deduce de ahí es, sencillamente, espectacular.

La UEO deja de reunirse cuando uno de sus miembros ingresa en la UE. Es decir, se supone que los temas relativos a las competencias de la UEO se podían tratar también en sede de la UE (Cahen, 1988b: 178), cuando en realidad la UE, tras el fiasco de la CED, no tenía ninguna responsabilidad en este ámbito. Ninguna. ¿Es absurdo? Ciertamente. Aunque no tanto si tenemos en cuenta que, en realidad, ni la UEO, ni tampoco la EU, hacían nada, ni lo pretendían, en materia de seguridad y defensa de Europa: para eso estaba la OTAN. ¿Lo demás? Fuegos artificiales: pirotecnia de la barata y, además, con la pólvora mojada.

Podemos recoger otros testimonios, igualmente cualificados, de la época, solo para reforzar esa misma conclusión. Así, en la misma línea del almirante Artal, pero apuntando asimismo al papel de la UEO a lo largo de los años en los que dicha organización estuvo viva, otros expertos de la época apuntan que el Cuerpo de Ejército Europeo, creado al albur de la UEO, llegado el momento "actuará a las órdenes de la OTAN" (Bravo, 1996: 283)[29].

Es muy importante retener esta secuencia de hechos, y esta

conclusión, porque demuestran la incapacidad europea, además de la consiguiente falta de voluntad —en este orden—, para defenderse a sí misma, con autonomía estratégica respecto a los EE UU. No olvidemos que en ese momento los Estados que formaban la UE ya tenían un enemigo oficial (la URSS) y ya aunaban las capacidades militares de Reino Unido, Francia, RFA e Italia, entre otros (siendo los dos primeros, desde finales de los años sesenta del siglo XX, potencias nucleares dotadas de la tríada: SLBM[30], misiles basados en tierra y aviones con dicha capacidad de bombardeo). No obstante, crear una auténtica alianza defensiva es mucho más que sumar unos cuantos presupuestos de defensa o yuxtaponer los medios con ellos adquiridos. Un hipotético "ejército" europeo debe ser algo más que el mero sumatorio de diversos ejércitos nacionales… o no será.

Los años posteriores no hicieron otra cosa que ratificar eso. Ya hemos comentado que la UEO llegó a ser conocida en los círculos expertos, jocosamente, como la bella durmiente, en tanto dejó de celebrar reuniones entre 1973 y 1984. Mientras que la Europa de la economía, ya integrada en la CEE, tampoco habló más del tema hasta, precisamente, 1984, con la aprobación del Acta Única Europea y el súbito despertar de la UEO. Es decir, durante cuatro largas décadas, en Europa occidental nadie se planteó en serio nada parecido a lo que ahora denominan como autonomía estratégica. Es importante tomar nota de eso. Máxime cuando de repente algunos de esos mismos protagonistas parecen tener prisa.

Pero también lo es saber que el actual impulso dado a ese tema, siquiera sea como desiderata (de algunos), no es tan nuevo. No lo es porque este mismo debate se sostuvo a partir de mediados de los años ochenta del siglo XX. Es decir, tenemos antecedentes no tan lejanos en el tiempo. Por lo tanto, es cuestión de analizar las razones de ello. Veámoslas, pero sin levantar las campanas al vuelo porque, en la medida en que en nuestros días este debate parece resurgir, se demuestra que, pese a lo sucedido a mediados de los ochenta, dicha autonomía no se alcanzó en esos momentos. Ahora bien, es interesante saber qué llevó a las principales capitales europeas a replantearse esa situación, así como los motivos por los cuales, a pesar de ello, esa aventura tampoco cuajó en esa coyuntura.

**El papel de los EE UU**

Los EE UU no son Europa. Pero han tenido, y siguen teniendo, un papel muy importante en la seguridad europea. Quizá no sea exagerado afirmar que se trata de un papel imprescindible. Y lo han venido haciendo en calidad de aliado. Por esos motivos, pese a que no se trate de un Estado europeo, parece razonable plantearse, como poco, cuál es su percepción acerca de una hipotética emancipación europea. ¿Están por la labor, o no encaja en sus propios intereses geopolíticos? Luego, la UE podrá hacer lo que quiera, obviamente. Pero lo que no puede hacer es romper la baraja sin pensar en sus consecuencias. La política es otra cosa.

Lo que sabemos al respecto es que desde Washington siempre se han visto con recelo las tentativas europeas de definir una estructura de seguridad propia, dependiente de un criterio también propio. ¿Que Europa está en su derecho? ¿Quién discute eso? Lo interesante de los derechos es que hay que saber gestionarlos. En este caso, y para este debate, es interesante recordar la doctrina Albright, que toma el nombre de su promotora, a la sazón secretaria de Estado bajo la presidencia de Clinton —quien, a su vez, dista de ser un "halcón" realista—, y que también es conocida en los círculos expertos como la doctrina de las tres D. En función de la misma, ante cualquier tentativa de emancipación europea, lo que desde Washington se planteaba era que solo lo consideraban compatible con sus intereses si se sometía a una triple condición:

No-Duplicidad en los arsenales militares de ambos lados del Atlántico. En efecto, a partir de este principio, lo que hacen EE UU es decir a sus socios europeos que no es necesario que gasten dinero en multiplicadores de fuerza de los que ya disponen al otro lado del Atlántico. Lo que es muy seductor para los Estados miembros de la UE, siempre dispuestos a escatimar en su gasto en defensa. Sin embargo, es la mejor forma, siendo además lo suficientemente sutil,

para evitar que los Estados de la UE dispongan de los medios materiales necesarios para garantizar su propia defensa (Heisbourg, 2000: 47).

No-Discriminación de Estados miembros de la OTAN, aunque no lo sean de la UE; idea que, notoriamente, está pensada para Turquía. Pero, más allá de lo evidente, sugiere la necesidad de los EE UU de disponer de alguien dentro de esta hipotética estructura de seguridad europea-no-transatlántica. Toda una muestra de desconfianza, como cabía suponer.

No-Desacoplamiento, evitando de ese modo que surja un caucus europeo, generado de espaldas a los EE UU (Baqués, 2008: 73). Aunque las tres D (o no-D) son importantes, esta no admite interpretaciones benevolentes. Quedaba claro que a la Casa Blanca no le apetece nada que la UE tenga su propia agenda de seguridad internacional, potencialmente diferente de la que pueda sostener Washington (Joulwan, 2000: 91-93).

Hay que tener en cuenta que esta doctrina no era una manía personal de Albright, ni tampoco de la Administración Clinton. En realidad, fue compartida por la posterior Administración Bush (Wallace, 2001: 20).

No podemos olvidar estos antecedentes, porque son los que han presidido las relaciones entre la OTAN y la UE en la encrucijada de los siglos XX y XXI. De esta manera, cuando en el año 1994 se lanza la Iniciativa Europea de Seguridad y Defensa (IESD), se hace bajo palio de la OTAN. Este es, en definitiva, el modelo de relación preferido por los EE UU. Pero, como luego veremos, también por algunos de sus más importantes socios europeos. Y es que en el seno de la UE nunca ha habido consenso respecto a cómo enfocar la relación con Washington. En este, como en otros temas de máxima relevancia, las voces han sido dispares.

En la misma línea, hubo acuerdos, como los llamados “Berlín” y “Berlín plus”, a través de los cuales los EE UU ofrecían muchos de sus medios a los Estados de la UE. Algo que encaja a la perfección con la primera de las tres no-D ya expuesta. Porque, en el fondo, no

eran otra cosa que el despliegue de una idea recogida en el Nuevo Concepto Estratégico (NCE) de la OTAN de 1991: la creación de unas Fuerzas Operativas Combinadas Conjuntas (FOCC) bajo la égida, por supuesto, de Washington.

La idea aquí expuesta es la fundamental. No es incompatible, claro está, con que para que Europa cumpla la parte del papel que le toca, desde la Casa Blanca y el Pentágono se haya venido insistiendo en que los Estados europeos deben gastar más en defensa. En realidad, en Washington han llegado a hartarse de tener que limpiar los trapos sucios de Europa, incluso en casos en los que eso no les reporta especial beneficio geopolítico. Pensemos en la guerra civil de la antigua Yugoslavia. Eso influyó mucho en la presión que desde Washington se viene ejerciendo sobre Europa, convenciendo a los americanos de que "es bueno para ellos fomentar una identidad europea en materia de seguridad y defensa pues, de lo contrario, tendrían que implicarse en escenarios inconvenientes" (Jopp, 1994: 5). Así es, pues, tras la experiencia yugoslava, en Washington opinan que no se debe acudir a cualquier rincón del mundo a demanda de aliados incapaces de alcanzar su mayoría de edad geopolítica.

Así las cosas, el interés estadounidense radicaba en potenciar el papel de algunos actores regionales capaces de hacer frente por sí mismos a ciertas "amenazas no estratégicas" para los EE UU (García Pérez, 2003: 118-122). La UE no es el ombligo del mundo. Tampoco lo es, claro está, a ojos de Washington. Solo es una organización regional más en un tablero mundial convulso e inestable. Lo importante, en todo caso, pasa por saber quién marca las directrices geopolíticas. Pero una Europa remisa a invertir en defensa siempre será un lastre, y así es vista al otro lado del Atlántico. Más como un free-rider[31] que como un socio (o grupo de socios) dispuesto a compartir las cargas derivadas de una seguridad común (Hoffmann, 2003: 17). En los años noventa del siglo XX, la conciencia del gap tecnológico entre ambas orillas era demasiado evidente como para quedarse con los brazos cruzados. De modo que se puso de moda —desde entonces, hasta el día de hoy— aludir a la conveniencia de avanzar hacia el burden sharing[32] transatlántico (Andréani, Bertram y Grant, 2001: 11). En todo caso, lo importante, como siempre, es —y será— quién decide qué. Y la respuesta dista de ser evidente,

incluso en el terreno de los deseos.

En guerras recientes no han generado consensos, ni dentro de Europa ni a nivel transatlántico. En la de Irak, de 2003, Chirac se opuso de modo explícito a una iniciativa de Washington, que sí fue apoyada por el Reino Unido. Tampoco, por cierto, por Alemania. En el caso de España se pasó de secundar con el Gobierno de Aznar a los Estados Unidos, a salir de Irak de la peor manera posible, dejando a nuestros aliados en la estacada. Italia hizo algo similar: desplegó una misión con el rimbombante nombre de operación Antigua Babilonia, participando incluso en las primeras acciones, para dar por concluida la misión, con algo más de pausa, eso sí, en diciembre de 2006. Todo esto nos lleva a preguntarnos cuál hubiera sido la postura de la UE al respecto, de haberla.

Porque mientras Europa (léase, en su caso, la UE) no alcance la mayoría de edad, es discutible que asuma unas responsabilidades que, probablemente, la superen. En todo caso, es cierto que, en algunos momentos de su historia reciente, los Estados que la forman han sentido, de un modo más vívido, la necesidad de asumir esas responsabilidades, con o sin preparación para ello.

Como quiera que la autonomía se predica respecto a Washington, es imprescindible para ello considerar el rol de la Casa Blanca en Europa y en su defensa, así como el cruce de intereses entre los dos lados del Atlántico, y de ahí la importancia del capítulo que ahora cerramos. El siguiente, por el contrario, estará dedicado a entender las claves que, en el mejor de los casos, han provocado, al menos, cierta reacción de las principales capitales europeas frente a la hegemonía estadounidense. No en vano, es algo de lo que también deberían tomar buena nota en Washington, so pena de repetir algunos errores.

## Capítulo 6

## LA REVITALIZACIÓN DEL INTERÉS EUROPEO

## POR SU AUTONOMÍA ESTRATÉGICA

Si echamos la mirada hacia atrás, podemos comprobar que el momento de la historia en el que más cerca ha estado la UE de desengancharse de la égida de Washington, para buscar algo similar a una autonomía estratégica, coincidió con la crisis de los euromisiles. Corrían los años ochenta del siglo XX, y la presión de los EE UU por instalar sus misiles de crucero Gryphon y Pershing II en Europa, contrarrestando de ese modo la instalación por parte de la URSS de sus SS-20, fue un acicate para que la entonces CEE comenzara a hablar de una seguridad común (AUE)[33] e, incluso, para que comenzara a andar el camino hacia una defensa común. Cuestión, esta última, explicitada en el Tratado de Maastricht, pero inédita desde la fracasada experiencia de la nonata CED, allá por los años cincuenta. Dicho con otras palabras, si Europa nota que las garantías de Washington no son creíbles, o si nota que puede verse arrastrada por la Casa Blanca a conflictos tan indeseables como innecesarios para los intereses europeos, la tendencia a soltar amarras surge de inmediato. Cuestión distinta, claro está, es la viabilidad práctica de ese impulso inicial. En todo caso, eso significa que, desde Washington, deberían ser bastante más receptivos respecto a los intereses europeos, asumiendo que no siempre son coincidentes.

Lo sucedido durante la Guerra Fría en Europa es sintomático. El cambio de la doctrina nuclear estadounidense, acaecido en 1962, a través de la doctrina McNamara, no dejó indiferente a nadie en el Viejo Continente. Fue, de alguna manera, un anticipo de la crisis de los euromisiles, aunque circunscrito a Francia. A partir de ese momento, y a causa de ese giro doctrinal, los EE UU solamente contemplan, como repuesta a un ataque nuclear soviético, hacer lo propio tomando como objetivos centros de mando y control, bases de misiles u otros blancos militares de primer orden (ataque contrafuerza). Descartan, por consiguiente, el ataque a ciudades del enemigo (ataque contravalor). Todo ello, ciertamente, implicaba, en sus propias palabras, que “estamos ofreciendo a un posible

oponente el más fuerte incentivo imaginable para que se abstenga de atacar a nuestras propias ciudades" (Rumble, 1998: 89-90). Una doctrina que tenía todo el sentido… para Washington. La cuestión es cómo se entendió ese giro en Europa. Y la respuesta es que se entendió correctamente, es decir: "daba lugar a la posibilidad de que los EE UU diferenciaran la seguridad europea de la suya propia y, mediante la eliminación de la amenaza de un ataque americano contra las ciudades soviéticas, eliminar la verdadera disuasión que impedía a la URSS invadir Europa" (Rumble, 1988: 91). Es decir, la flexibilización de la estrategia nuclear estadounidense implicaba, aparentemente, un prurito ético hasta entonces obviado.

Sin embargo, lo que es seguro —más allá de interpretaciones tan legítimas como cuestionables— es que implicaba una tentativa de dejar al margen de una hipotética Tercera Guerra Mundial a sus propias ciudades. ¡Excelente para una campaña electoral en su propio país! Ahora bien, en varias capitales del Viejo Continente, y de un modo a todas luces ostensible en París, se entendió que la URSS tenía, desde ese momento, más incentivos para lanzar un ataque nuclear sobre suelo continental. Todo a sabiendas de que, por una parte, los EE UU ya no atacarían a las ciudades soviéticas y de que, por otra, en Europa, por aquel entonces, ningún otro Estado disponía de su propio arsenal nuclear. Todo ello propició, sucesivamente, la creación de una fuerza de disuasión nuclear en Gran Bretaña y en Francia. Pero, a pesar de su origen común, ambos modelos respondían a doctrinas absolutamente diferentes. Eso se deja notar a partir de la diferente naturaleza de sus respectivos programas nucleares.

El británico estaba centrado en la tecnología procedente de los propios EE UU, algo que se materializó en una flotilla de cuatro SSBN dotados con 16 SLBM Polaris, de diseño y fabricación norteamericana, con un más que probable principio de "doble llave" que condicionaba su empleo. Hay un detalle que solo conocen los más expertos. Y es que hasta Italia hizo lo propio, pero, en su caso, el buque con capacidad para portar y lanzar esos mismos misiles era un crucero: el Giuseppe Garibaldi, en cuya superestructura de popa se habilitaron, aprovechando sus obras de modernización, cuatro silos para SLBM Polaris.

En cambio, Francia es otra historia. Porque, en su caso, el programa nuclear militar era auténticamente nacional, generado, con toda la intención, al margen de cualquier servidumbre con los EE UU y, por ese motivo, con plena autonomía tecnológica y, por ende, operativa. De ahí surgieron los cinco SSBN de la clase Le Redoutable, dotados con misiles SLBM M-2 o M-4 diseñados y fabricados por la empresa SEREB (Société d'Étude et Réalisation d'Engins Balistiques)[34]. Todos ellos en servicio a partir de la segunda mitad de los años sesenta del siglo XX. La puesta en marcha de este ambicioso —y exitoso— programa nuclear vino dada por el enfado de Francia con los EE UU y con la OTAN. Pero fue posible porque, en realidad, De Gaulle siempre había tenido una agenda propia, distinta —y a veces distante— de la británica y estadounidense. Estaba en su derecho. No en vano, ¿ante quién era responsable el presidente galo? En efecto, el ideal de De Gaulle no fue nunca buscar el enfrentamiento con la URSS, a cambio de estar bien con Washington. Más bien, buscaba una vía propia, que le permitiera tener unas relaciones normalizadas con la URSS, sin por ello romper la baraja atlántica… Hasta que se rompió, debido a lo que desde el Elíseo se detectó como un intolerable —y unilateral— cambio de la estrategia de disuasión nuclear de los EE UU y, por ende, de la OTAN. Pero algunos analistas apuntan que, en realidad, De Gaulle tenía en mente la generación de una capacidad de disuasión nuclear autónoma, al menos, desde mediados de los años sesenta del siglo XX (Gámez, 2022: 108). Lo cierto es que tanto Gran Bretaña como Francia han dotado de continuidad esas políticas, que lo son de Estado, al margen de los lógicos vaivenes electorales. Ni Mitterrand frenó el programa francés, ni los laboristas británicos se opusieron —sino todo lo contrario— a la puesta en marcha del programa de sustitución de los SSBN Resolution por los más modernos y poderosos SSBN Vanguard, dotados con SLBM Trident, que cuatriplicaban el alcance de los Polaris (Bagger, 1991). Nosotros, en aquellos tiempos, no estábamos en la UE ni en la OTAN. En lo que a esta segunda organización se refiere, cabe decir que no éramos miembros, pero, de alguna manera, sí que estábamos, más allá de los formalismos, habida cuenta de los acuerdos sucesivos con los EE UU en materia de seguridad y cesión de instalaciones militares (en su caso, de uso conjunto), pero, sobre todo, por nuestro rol —fundamental— en el entramado defensivo construido alrededor de la OTAN. De nuevo, son cosas de la geopolítica. El caso es que en

España se desarrolló un importante programa nuclear, en principio de uso civil y, en la práctica, como otros, de doble uso. Programa que recurrió a tecnología francesa (Gámez, 2022: 230-232), algo que, sin duda, soliviantó a la Casa Blanca. Pero, dejando de lado lo evidente, lo cierto es que España ya es miembro de pleno derecho de la OTAN y de la UE, y en nuestro pasado reciente podemos encontrar tendencias que en Washington sin duda consideran como díscolas. Nada nuevo bajo el sol. Pero sí una muestra, ni negativa ni positiva, sino meramente descriptiva, de que los EE UU deben andarse con cuidado respecto a sus propios aliados[35]. Esto último no es en absoluto una crítica a la España de la época, ni a Francia. Más bien es una advertencia a Washington, desde donde deben tener en consideración los legítimos intereses de sus aliados.

El caso es que esta crisis, que arrastró a los galos fuera de la estructura militar integrada de la OTAN, tuvo un vástago. Ya hemos adelantado[36] que la crisis de los euromisiles fue el detonante de nuevas suspicacias. La decisión del despliegue, tomada por la OTAN en diciembre de 1979, de los misiles Pershing II y Gryphon si la URSS no retiraba los SS-20, generó un gran debate en los años ochenta, porque en Europa se entendió que, dado el alcance (limitado) de los misiles implicados, el Viejo Continente sería el camposanto de la rivalidad entre los EE UU y la URSS, sin que los norteamericanos se jugaran nada. Lo cual despertó sospechas y, en lo que ahora nos interesa, generó una corriente de opinión, sustentada tanto por elites políticas como militares, tendente a no depender de las decisiones que se fueran tomando en Washington, en la medida en que afectaran de forma tan directa a la seguridad europea. Así, por ejemplo, un almirante galo advertía, en pleno debate, del riesgo inherente a las armas nucleares, no tanto por sí mismas, "sino por el hecho de ser poseídas y, en su caso, accionadas, por un gobierno extranjero al continente" (Sanguinetti, 1985: 15; la cursiva es mía).

Eso facilitó la reactivación de la UEO, en el año 1984, con impulso fundamentalmente francés y con la mirada puesta en marcar distancias con la OTAN (Burgelin, 1988: 148-149). O eso parecía, pues la UEO terminó por desaparecer, tras ser fagocitada por la UE. ¿Por qué?

Lo veremos. Pero, a fin de mantener la agilidad del discurso y no hacer paradas innecesarias ni redundantes, responderemos a esa cuestión mientras ponemos sobre la mesa, boca arriba, las cartas. Es decir, en el siguiente apartado analizaremos las razones por las cuales está siendo tan problemática la construcción de una identidad europea de seguridad y defensa, a pesar de las recurrentes declaraciones de algunos de los líderes de la UE en sentido contrario, más (¿demasiado?) optimista. Con este ejercicio no pretendemos ser agoreros ni fatalistas, pero sí realistas, en la convicción de que, si no se resuelven las cuestiones que iremos planteando en los párrafos siguientes, toda tentativa de generación de una actoría estratégica, con la consiguiente autonomía, será fútil.

## Capítulo 7

**PROBLEMAS DE LA CONSTRUCCIÓN**

**DE UNA EUROPA DE LA DEFENSA**

El principal es la diversidad de agendas de política exterior, que dependen de la posición geopolítica de los Estados miembros, así como de su historia. Aunque, a su vez, para comprender el verdadero alcance del problema, no esté de más recuperar algunas de las intuiciones recogidas en los dos primeros capítulos de este libro, relativas al modo en el que la parte europea de la civilización occidental ha venido evolucionando… y resquebrajándose. El propio Borrell admite esto, a su manera, cuando enfatiza la necesidad de avanzar hacia una autonomía estratégica:

Además, estoy bien situado para saber que no todos los Estados europeos ven los problemas con los mismos ojos, ya que no comparten la misma historia ni geografía. Y, en consecuencia, no tienen las mismas percepciones estratégicas (Borrell, 2020).

Porque, en realidad, no se puede hablar de que la UE sea una unidad geopolítica, cuando hay Estados que se hallan en el Ártico (Finlandia y Suecia, lindando con la versión definitiva del heartland (Mackinder, 1943), mientras que otros constituyen la barrera del rimland, desde Francia, Portugal y España hasta Grecia. Mención aparte merece el caso alemán, ubicado en el epicentro de Europa y a caballo entre ambas zonas, aunque vocacional e históricamente sea, más bien, parte del heartland. Porque eso es una fuente de poder, aunque también lo sea de recelos. Y es que Alemania siempre ha tenido su propia agenda, tendente a unificar el centro de Europa bajo su égida. Cambian las formas, pero no tanto el fondo. Lo han hecho desde los tiempos de Bismarck. En todo caso, la agenda alemana no es necesariamente coincidente con la de los demás Estados de la UE.

Los ejemplos se podrían multiplicar. A Suecia y Finlandia les cae muy lejos lo que sucede en el Mediterráneo. Nunca ha formado parte de su imaginario de seguridad. Y es lógico que así sea. Claro que no es muy distinto lo que sucede con los Estados bálticos. Y a Grecia le ocurre lo mismo con lo que acontece en el Ártico. Pero no es un asunto meramente geográfico. La geopolítica nunca lo es. Suecia y Finlandia están tan preocupados por la proactividad rusa, que han solicitado, incluso, entrar en la OTAN[37], rompiendo con ello una larga tradición de neutralidad[38]. Aunque huelga decir que si lo desean es porque no confían en que la UE, con su Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD), sea capaz de ofrecer garantías suficientes ante ese problema, que es el que les preocupa. Planteado en los términos en los que lo hace Brzezinski, Suecia y Finlandia prefieren ser "vasallos" de los EE UU, precisamente cuando en Europa soplan vientos de emancipación de Washington. Básicamente, porque, tal como sucedía en el mundo feudal, y tal como se relata en el Mío Cid: "Yo sería buen vasallo, si hubiera buen señor"… ¿Buen señor? Sí, claro, a cambio de esa relación de vasallaje, el señor ofrece protección, algo que no parece que en Finlandia y Suecia crean que la UE sea capaz de proveer. Se entiende así que, primando su seguridad, se decanten por la OTAN.

Por su parte, Grecia es un Estado que, según Huntington, está integrado en la civilización ortodoxa, es decir, la misma que lidera Rusia. Si bien incluso Bulgaria o Chipre, también miembros de la UE, están en una tesitura similar (Huntington, 1997: 195). Por no hablar de Serbia, candidata a ingresar en el club de los Veintisiete. ¡E incluso la propia Ucrania! Pero el caso de Grecia es emblemático, porque también es uno de los pocos Estados de la OTAN que antes no fueron parte del Pacto de Varsovia y que cuenta con armamento pesado procedente de Rusia. En todo caso, aunque Grecia —a diferencia de Turquía— no ha manifestado ninguna duda acerca de las críticas a Putin por la guerra de Ucrania, notoriamente, no comparte los niveles de preocupación por el intervencionismo ruso que son propios de los Estados escandinavos, o de Polonia y los bálticos. Lo que sucede en Grecia es otra cosa: su peor enemigo es otro miembro de la OTAN, Turquía, con quien ya estuvo en guerra en 1974, sin que el asunto de Chipre —Estado también miembro de la UE— pueda darse por cerrado. Por el contrario, es una asignatura pendiente, con una parte de la isla ocupada por Turquía… Léase

bien: un Estado miembro de la OTAN ocupando el territorio de un Estado miembro de la UE, y legitimando la aparición de una república turca de Chipre del Norte que, ceteris paribus, es lo más parecido a lo que sucede con Osetia y Abjasia en Georgia, o con Crimea, Zaporiyia, Jersón, Donetsk y Lugansk en Ucrania. Todo mientras Grecia es aliada de Chipre y el Reino Unido mantiene ahí dos bases militares que, en realidad, son comarcas enteras[39]. Además, el gobierno de Atenas ha llegado a sendos acuerdos con Pekín, pero también con Moscú, para el uso, por parte de esos Estados, del puerto de El Pireo.

Pero también Chipre tiene un acuerdo similar con Moscú. Este acuerdo data de 2015 y apunta al empleo conjunto de la base naval de Limasol. Los EE UU y la UE protestaron ante el gobierno chipriota, entendiendo que se había comportado con deslealtad. Pero este respondió que se sentía más respaldado por Rusia que por esas dos organizaciones internacionales en su contencioso con Turquía (Baqués, 2022: 744). Volviendo a Grecia, teniendo en cuenta no solo el asunto ruso, sino también el trato dado por la OTAN a China a partir de la Cumbre de Madrid de 2022, así como el seguidismo de la UE respecto a la OTAN en estas cuestiones, lo que encontramos es un puzle de difícil solución. Porque una solución demasiado drástica, impuesta al gobierno de Atenas desde Washington y/o desde Bruselas, podría ser peor remedio que la propia enfermedad, en la medida en que Grecia viera amenazada su seguridad física y económica. Pero no por Rusia ni por China, sino por esa solución, demasiado drástica, que la presionara para desligarse de Rusia y de China.

Algo similar sucede con otros Estados de la UE. Se pueden compartir valores, y ni siquiera todos, pues las discrepancias que plantean, al respecto, países como Polonia y Hungría, no es un tema menor. De hecho, cada vez que sale el tema de los valores supuestamente compartidos es imposible no pensar en casos como el de Ucrania, país candidato, como hemos dicho, a entrar en la UE que está, sin embargo, muy lejos de ser una democracia plena o de compartir todos los valores que pregona Bruselas.

Pero en materia geopolítica, es verdad que la cuestión de los valores nunca lo es todo. A veces, de hecho, es poco relevante, como ocurre

en casos como el de Arabia Saudí, aliados de los EE UU desde 1945, cuando Roosevelt fue a visitar a Ibn Saúd. Así, volviendo sobre el caso de Ucrania, y por más que convenga en una situación como la actual, no debería venderse una imagen de este país que no se corresponde con la realidad, pues Ucrania y el Estado de derecho son, mal que nos pese y todavía, conceptos antitéticos. Si la UE (o la OTAN) permiten su integración en ambas organizaciones, tendrán que resolver eso —o cargar con ello, y con las críticas pertinentes al respecto—, así como con un socio imprevisible. Mala cosa.

Siguiendo con las diferencias entre la realidad y las aspiraciones del proyecto europeo, al menos en materia de defensa, cabe destacar el feeling existente entre buena parte de la elite política italiana y Vladímir Putin. Una cercanía que, en contra de lo que cabría pensar, no solo se da en el ala derecha del espectro ideológico. Un fenómeno que también se observa a propósito de la República Popular de China, y es que Italia está integrada en la Nueva Ruta de la Seda, tanto en su vertiente marítima como en la continental, siendo Prato, en Florencia, la terminal por antonomasia en este último aspecto. En su vertiente marítima, algunos de los principales puertos del país, a decir de sus respectivas autoridades portuarias, hace tiempo que claman por integrarse en la Nueva Ruta de la Seda, ofreciendo a la multinacional china COSCO (China Ocean Shipping COmpany) mejores condiciones que las que ya tiene en El Pireo[40]. Sería el caso, contrastado, de Venecia o de Trieste[41].

No va a ser fácil para la UE, si desea ser algo más que un mercado único, con libre circulación de personas y con un concepto operativo de ciudadanía europea, lidiar con esa injerencia pacífica, más propia del poder blando, por parte de China. Porque si bien Italia fue muy lejos con los acuerdos a los que llegó con Xi Jinping en marzo de 2019, lo cierto es que, sin tantos aspavientos, otros países han hecho cosas similares. La propia Alemania está integrada, aunque solo sea de facto, en la Nueva Ruta de la Seda, a través de varias terminales ferroviarias, entre ellas Hamburgo y Stuttgart. Con la ventaja añadida de que la primera de ellas conecta con uno de los puertos más importantes del mundo, en volumen de TEU. Incluso España, aunque de forma bastante discreta, ha sido atrapada por la inmensa red china de infraestructuras de transporte y comunicaciones, cosa que se nota en ambas facetas: la marítima, y

la terrestre.

En este sentido, la visita de Scholz a China, en noviembre de 2022, con la mirada puesta en cerrar nuevos acuerdos con el gigante asiático, que bien podríamos calificar de estratégicos, no es sorprendente. Ni lo es que fuese a Pekín acompañado de una representación nada desdeñable de las principales empresas alemanas: altos directivos de las automovilísticas Volkswagen y BMW, las farmacéuticas Bayer y BioNTech, la química BASF, la electrónica Siemens, la empresa de ropa deportiva Adidas y el Deutsche Bank. Al fin y al cabo, los tiempos del Plan Marshall quedan demasiado lejos. En la actualidad, China es el principal socio comercial de Alemania, mientras sube enteros, también, en otros países de la UE. Una apuesta quizá equivocada pero hasta cierto punto lógica, pues la gente quiere trabajar y pagar sus facturas cada mes y Scholz responde de ello ante las urnas. Pero es verdad que la visita de Scholz a Pekín añade una carga simbólica importante, por cuanto China se ha negado a condenar, reiteradamente, la invasión rusa de Ucrania, mientras que pocos meses antes había sido condenada a un estatus de enemistad por la OTAN. Todo lo cual muestra la pérdida de liderazgo que está sufriendo Washington, así como la poca relevancia de las opiniones de Bruselas en los principales Estados miembros de la organización. Y, por encima de todo ello, muestra la resiliencia del actor estatal, en medio de las presiones que provienen de las diversas organizaciones internacionales en las cuales se integra.

En cuanto a Alemania, hemos dicho que tiene su propia agenda y su Gobierno responde ante sus electores, no ante la Comisión Europea. Y mejor que no la obliguen a elegir entre ambas cosas. Alemania es importante por su rol en Europa, por el peso de su economía y su demografía, y por su posición a caballo entre el heartland y el rimland, o, lo que es lo mismo, entre Rusia y Europa occidental. Alemania es, asimismo, un eslabón importante en la Nueva Ruta de la Seda china. Aunque oficialmente no forme parte de ese entramado, hemos visto que Hamburgo y Stuttgart son terminales importantes en la llegada de los ferrocarriles procedentes de China, cargados de productos manufacturados. Pero su postura es similar a la de cualquier otro Estado que se precie (de seguir siendo soberano). Italia hizo lo mismo tres años antes. Aunque no

levantara tanto recelo, porque no había guerra en Europa y porque la posición de China en relación con Rusia no estaba tan marcada, aunque en esencia fuera la misma.

La diferencia es que a Italia no le importa figurar en la lista de Estados que sí integran, incluso formalmente, el entramado comercial chino. Lyon es otro de los grandes terminales del ferrocarril procedente de China. La Francia de Macron siempre ha seguido una agenda propia, también en relación con Putin. El caso de Francia es, y posiblemente siempre será, especial, idea que su pasado reciente refuerza. Aunque cuidadosa de no levantar excesivas suspicacias en Washington, no podemos olvidar su salida de la estructura militar integrada de la OTAN, en 1966, o la creación, paralela, de una fuerza de disuasión nuclear propia, con tecnología no dependiente de los EE UU, pese al esfuerzo que exige disponer de la tríada nuclear. Si Francia hizo eso en plena Guerra Fría —lo cual es un aviso para navegantes—, habría que ver lo que podría suceder si se rompe la baraja europea en los próximos años, sin la presión que era propia de los tiempos del mundo bipolar.

¿Cuál es el problema de todo ello, comenzando si se quiere con la postura díscola, pero legítima, de Alemania? Que choca con los intereses estratégicos de Washington, ya que ahí consideran a China como su principal rival por la hegemonía mundial. Cosa, por otro lado, comprensible. Postura a la que ha arrastrado a la OTAN, especialmente a partir de la Cumbre de Madrid de 2022. Pero no, parece, a la UE. Ahora bien, ¿podría existir o subsistir la UE con un programa geoestratégico contrario al de la OTAN? Si lo intenta, esto amenaza a ruptura, no solo del vínculo transatlántico (que también, claro está), sino dentro de la propia UE, ya que sus Estados miembros deberán decidir si optan por las garantías de seguridad dadas por los EE UU o por las inversiones, puestos de trabajo y conexiones ofrecidas por China. En todo caso, esa sería la principal victoria de Putin, termine como termine la guerra de Ucrania.

Lo cual nos lleva a otro dilema, que se resume con una nueva pregunta: ¿qué garantías de seguridad ofrecen realmente, hoy en día, los EE UU? Por el momento, sabemos que no ha sido capaz de disuadir a Rusia de que inicie una nueva guerra en el corazón de Europa. Sabemos, también, que esa guerra ha conllevado que varios

Estados miembros de la OTAN y de la UE participen en ella, no enviando tropas pero sí grandes cantidades de armas y municiones. Incluso pesa la amenaza rusa de emplear armas nucleares. De momento, cabe suponer, en suelo ucraniano. Pero el riesgo de escalada, una vez iniciada la secuencia, podría poner en peligro a otros Estados europeos, con la excusa de que, ciertamente, vienen contribuyendo al esfuerzo de guerra ucraniano. De ser polaco, o de vivir en uno de los tres Estados bálticos, quien escribe esto no dormiría tranquilo. Además, siempre le quedaría la sospecha de que los EE UU no han hecho lo necesario para evitarla, o hasta la han estimulado. Aunque, si mirara a la UE, solamente vería sanciones económicas inútiles para su finalidad, y contraproducentes para nuestra propia sociedad. No son buenas cartas, pero unas son peores que otras. Y las de la UE están lejísimos de garantizar la disuasión contra Rusia, máxime si se asegura (como ha hecho) el apoyo económico y diplomático chino. Los EE UU han tenido poco criterio geopolítico. Pero, más allá de ello, si su capacidad disuasoria no ha frenado a Rusia, ¿qué puede hacer al respecto la UE? Ciertamente, nada. Rusia ni siquiera la reconoce como interlocutor, aunque Putin sí que hable con varios premiers europeos. Llegados a este punto, se puede plantear la pregunta clave, aunque sea retórica: ¿alguien cree, realmente, que la UE puede disuadir militarmente a Estados como Rusia o, llegado el caso, China, o una alianza entre ambos, que ahora se antoja más próxima que nunca desde el final de la Segunda Guerra Mundial?

En todo caso, la guerra de Ucrania está demasiado cerca de las fronteras de la UE como para no disparar todas las alarmas entre sus miembros. Hay que gestionar eso, garantizando la seguridad de los socios. De hecho, no parece que, al menos por el momento, ninguna de estas amenazas afecte directamente a los EE UU. Lo cual es una buena noticia para ellos, empeñados en fomentar el bloodletting[42] contra Rusia. Pues tal es el sentido del apoyo que la OTAN está dando a Ucrania.

Pero lo que sucede en los EE UU lo expone, de modo incisivo, en su línea, Brzezinski, quien define a los países de la OTAN (y, por extensión, de la UE) como “vasallos” de los EE UU (1998: 48). Si esto es así, cabe añadir que las piezas de nuestro puzle geopolítico parecen encajar: sería pertinente que la UE tomara una decisión

para convertirse en un actor estratégico y, de ese modo, marcar distancias con Washington, con la intención de dejar de lado el vasallaje. Sin embargo, esto no es tan sencillo. Porque cuando Brzezinski alude a los europeos como "vasallos" no los pretende insultar: los está definiendo. No es lo mismo.

Nos hemos convertido en vasallos porque, tras la Segunda Guerra Mundial, hemos dependido de la disuasión ofrecida por los EE UU para contener, primero, a la URSS y, ahora, a Rusia. Los EE UU han tenido una gran estrategia, en el sentido que este concepto tiene en los estudios estratégicos. Es decir, en palabras del principal experto en la materia:

Este ambicioso concepto aspira a ofrecer una guía y el control sobre todos los recursos de una política, para alcanzar un propósito colectivo, en la búsqueda de un efecto estratégico de gran escala […] para ser grande, una estrategia debe ser capaz de movilizar cualquiera de los recursos de una comunidad (Gray, 2015: 83 y 86).

Ni qué decir tiene que eso implica tanto un criterio político claro como que quienes lo definen sean capaces de generar los apoyos necesarios para transformarlo en una realidad. No basta, por lo tanto, ni con buenas intenciones, ni con medios puestos a disposición de las mismas en abstracto. En realidad, disponer de una gran estrategia es mucho más que eso, pero no es nada sin eso. Luego, habrá que garantizar más cosas, sobre todo la buena sintonía entre el liderazgo político y quienes deben movilizar y poner a funcionar los recursos que la hacen verosímil. Es lo que Gray define como el "puente estratégico" (2016: 128-129). Un concepto que las grandes potencias conocen a la perfección, pero que no ha calado en la UE.

EE UU, decimos, la ha tenido, con más o menos claridad de ideas y no sin dificultades. Sin embargo, Europa no ha tenido tal cosa, sin perjuicio de que la tuvieran algunos de sus Estados a título particular. Y sin descartar que quienes la tuvieren (¿Francia?, ¿Gran Bretaña?) pudieran llegar a conclusiones diferentes, y hasta

contrapuestas. De hecho, a título de ejemplo, la postura de París y la de Londres en la guerra de Irak de 2003 tuvieron poco que ver. La francesa marcó distancias con los EE UU. No así la británica, alineada a pies juntillas con la estadounidense. Pero sus presupuestos de defensa no daban para más, mientras que ese juego (falaz y engañoso) que consiste en sumar presupuestos de varios Estados soberanos, es irreal a la hora de disuadir a terceros, a no ser que estemos ante una alianza militar en toda regla, cosa que ni fue la CED, ni es la UE. Los EE UU sí han hecho un esfuerzo tremendo para tener y mantener unas fuerzas armadas que han sido y son, al menos de momento, las más poderosas del mundo. Europa, no; sus Estados, tampoco. Europa ha sido "vasalla" por ser incapaz de asegurar su propia seguridad y defensa. Lo sucedido, en su frontera inmediata, en los Balcanes, a lo largo de los años noventa del siglo XX, no fue fruto de la casualidad.

¿Qué sensación desprende la UE a ojos de los principales expertos? Que no está por la labor. Pero, para reforzar este veredicto, podemos traer a colación toda una retahíla de comentarios que delatan dichas sensaciones. Así, algunos aluden —jocosamente— a que Europa es una suerte de "paraíso geopolítico" (Kagan, 2004: 69), conformada por una "isla de prosperidad" (Navarro, 2002: 106) y bañada en "hedonismo" (Hoffmann, 2003: 17). Mientras que otros destacan la tendencia europea, más acusada con el pasar de los años, a desarrollar un espíritu "parroquial" (Coma, 1999: 25) que multiplica la percepción de que estamos ante una "burbuja de cristal" (Ortega, 2003: 55) voluntariamente aislada de las grandes cuestiones geopolíticas. Todo lo cual ha generado una "atrofia diplomática" (Andréani, Bertram y Grant, 2001: 19). Conviene recordar que, en el caso de la guerra de Ucrania, Putin no ha concedido legitimidad alguna, como interlocutor de nada, ni de nadie, a Josep Borrell, pese a los innegables esfuerzos del alto representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad.

En Europa siempre hemos tenido otras prioridades, basadas en la búsqueda del propio bienestar, a costa de lo que sea. Gastar en defensa resulta antipático. Quizá algunos lo consideraran innecesario, al menos hasta febrero de 2022. El propio presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez manifestó, no mucho tiempo

antes de acceder al poder, que, si se pudiese prescindir de un ministerio, este sería el de Defensa. Cabe suponer que, a estas alturas, y con la que está cayendo, habrá cambiado de opinión. En todo caso, las palabras de Sánchez no pasan de ser una mera anécdota, por más que significativa, pues podrían haber sido pronunciadas por buena parte de la clase política europea en prácticamente todos los rincones del espectro ideológico. El problema de fondo es que el desconocimiento sobre conceptos como estrategia, seguridad y defensa es la norma, en tanto no hablamos de ideologías, sino de mentalidad. Una mentalidad que se ha extendido como la pólvora tras el fin de la Guerra Fría, cuando Europa se empeñó en "cobrar los dividendos de la paz", sin pensar que, si la había, era porque alguien le cubría las espaldas, en la antigua Yugoslavia y por doquier (Moravcsik, 2003: 76; Gompert, 2003: 50; Drozdiak, 2005: 91).

Que el hedonismo ha invadido las sociedades occidentales es algo que ya fue expuesto, con pelos y señales, por uno de los sociólogos más avispados, que no políticamente correcto, de nuestro tiempo. Daniel Bell, en su obra Las contradicciones culturales del capitalismo, escrita, no por casualidad, un año después de la defección de los EE UU en Vietnam, apuntó que, en las sociedades más avanzadas, la cultura política dominante "ya no se ocupa de cómo trabajar y realizar, sino de cómo gastar y gozar" (1994: 97). Anclados como estamos a un consumismo cada vez más irreflexivo y frenético, estamos perdiendo de vista los valores que algún día nos hicieron grandes. La aproximación del gran gurú de la sociología contemporánea, Ronald Inglehart, conecta con ese punto de vista en lo descriptivo, si bien quiere ser más optimista en la práctica. En efecto, los valores posmodernos, que también son posmaterialistas, han ido, paulatinamente, sustituyendo a los tradicionales. Proceso que Inglehart conecta con la creciente secularización, que afecta a las costumbres. En esencia, tras unos "niveles de prosperidad sin precedentes alcanzados después de la Segunda Guerra Mundial, la gente se ha ido abonando a la satisfacción de la autoexpresión individual" (Inglehart, 1991: 196).

Lo que la combinación de las tesis de Bell e Inglehart identifican es un escenario de transformación de valores poco o nada propenso a la resiliencia, o al sacrificio necesario para alcanzar objetivos

colectivos. Máxime cuando podemos poner en peligro la propia vida, y cuando su objeto remite a la defensa de ideales modernos (recordemos que hemos entrado en el terreno de lo posmoderno… el prefijo es importante).

En realidad, estos cambios también afectan a las fuerzas armadas. Y al modo de hacer la guerra… o de no hacerla. Así lo plantea Luttwak, alegando que estamos ante un cambio de paradigma, que nos conduce a una sociedad de tipo "posheroico". Algo similar ya le ocurrió al Imperio romano en sus últimos tiempos, precipitando su caída. El rechazo a las bajas propias es algo, en principio, loable. Pero cuando lo constata aquel a quien hay que disuadir, es la peor garantía de esa misma loable intención, pues se incrementa la posibilidad de que la guerra estalle. Luttwak ya apunta que, en esas circunstancias, la solución suele pasar por los embargos económicos, incruentos (más o menos) para quien los aplica, una herramienta muy del gusto de la UE. Pero añade que esta solución, además de ser síntoma de otras carencias, tiene muchos problemas. Entre ellos, que sus efectos solamente suelen ser notables a largo plazo, de modo que, mientras se notan, la guerra puede seguir su avalancha (Luttwak, 1995: 117). Parece evidente que la mejor solución es una disuasión eficaz que nadie ha sido capaz de ejercer en la reciente y vigente guerra de Ucrania.

Pero si hasta los EE UU deben llevar cuidado con estas tendencias, todo parece indicar que las sociedades europeas se hallan especialmente atrapadas en la trampa denunciada por Bell, dulcificada, aunque no negada, por Inglehart y remachada por Luttwak, no menos que por algunos de los mejores especialistas en sociología militar, a través de teorías como la de la "civilinización" de los valores militares, popularizada por Morris Janowitz (1990), o como la de la existencia de modelos híbridos de fuerzas armadas, defendida por su discípulo Charles Moskos, en los cuales una parte sustancial de las mismas (en cada país) estaría derivando hacia los valores "ocupacionales" (equivalentes a los "civilinizados" de Janowitz) en detrimento de los "institucionales" (Moskos, 2000: 11; Moskos y Wood, 1991: 43 y 45). Todo ello para terminar avalando unas fuerzas armadas básicamente dedicadas a gestionar operaciones de mantenimiento de la paz (Burk, 1994: 3 y 13). De todo ello, convenientemente adaptado a nuestro caso, España,

damos cuenta en un trabajo monográficamente dedicado al tema (Baqués, 2004: 127 y ss.).

En esas condiciones, es normal que quien pone el dinero imponga las reglas del juego. Lo extravagante sería lo contrario (Gompert, 2003: 49 y 52). Si la UE quiere tener más presencia internacional, como tal, tendrá que ganársela. Y no es solo cuestión de dinero, ya que generar una auténtica cultura estratégica a partir de cero, o de muy poco, no es tarea fácil. Como no lo es consensuar lo más elemental: ¿quién liderará el proyecto y bajo qué condiciones? ¿Qué hacer con Rusia? ¿Y con China? Europa ha vivido muchos años a la sombra de los EE UU por elección propia, y su músculo, incluido el intelectual, está atrofiado, como es lógico.

Europa se ha ido convirtiendo en una mera consumidora de una seguridad producida al otro lado del Atlántico. Así ha estado cómoda, creyendo una de las falacias más extendidas a nivel popular, que no ha sido respondida desde la universidad. Se trata del falso dilema entre gastar en defensa o (con una conjunción disyuntiva) gastar en sanidad y educación. La demagogia está en la conjunción empleada. Porque se trata de un falso dilema. No es, una vez más, cuestión de contraponer opiniones. Y menos todavía, si cabe, meros deseos. Nada de eso. Mejor operar con evidencias. Si algún científico social elaborara una (pretendida) ley científica, aduciendo que el Estado que gasta mucho en defensa pierde opciones de gasto en sanidad y en educación, como si se tratara de un juego de suma cero, se encontraría con que, ciertamente, esa proposición tiene una estructura científica, puesto que es susceptible de ser sometida a la prueba de la falsación, exigida por Popper para elevarla a los altares (aunque sea, como siempre, provisionalmente). ¿Cuál es el problema en este caso? Que, además de ser falsable, es falsa.

Para demostrar eso (su falsedad), pensemos en el caso de Suecia, un ejemplo que no hemos elegido de forma casual. Suecia ha sido, durante décadas, el paradigma del welfare state socialdemócrata, de acuerdo con los manuales de ciencia política al uso. Muy bien. Pero Suecia ha sido también paradigmática en otras cosas, relacionadas con su estrategia y con su política de defensa. Al tener una amplia tradición de neutralidad y la orografía adecuada para ello, optó por

lo que en el argot se conoce como una defensa no provocativa. Este modelo, también seguido en Suiza, por las mismas circunstancias de neutralidad y orografía, implica dotarse de un arsenal impresionante de armas defensivas[43]. A su vez, al ser neutral, prefirió, con buen criterio, generar su propio complejo militar-industrial. De esta forma evitaba depender de terceros, cuya ayuda quizá no llegaría nunca. Los años dorados del Estado del bienestar sueco coinciden a pies juntillas con esta estrategia de disuasión por negación (Buzan, 1991: 379) y con esta política de defensa, si bien la estela de esa época dorada todavía se puede apreciar. En efecto, Suecia tiene una población que es, aproximadamente, un 25% de la española; mientras que sus presupuestos de defensa suelen ser, también de modo aproximado, y con las lógicas pequeñas oscilaciones, el 50% del nuestro. ¿A dónde pretendemos llegar?

Algunos ya lo habrán advertido. Con esos datos, resulta que el gasto medio en defensa per cápita es, para un ciudadano sueco, el doble que el que debe soportar un ciudadano español. Dicho con otras palabras, debemos cambiar la conjunción que antes se interponía entre el gasto en defensa y (ahora ya podemos poner una conjunción copulativa) el gasto en sanidad y en educación. Pero… ¿cómo puede ser? ¿Dónde está el truco?

Sencillamente, como ya hemos insinuado, aunque quizá haya pasado inadvertido, esto es así porque en Suecia pueden ser muy socialdemócratas, pero su propia historia les ha inculcado una importante conciencia y cultura de la defensa, y les ha impulsado a generar una industria de defensa propia de alto nivel, que les ha conferido, a su vez, una enorme capacidad para generar empleos de calidad, con buenos sueldos, y estables. Como es bien sabido, la industria de defensa es de las que más favorece el I + D, permitiendo que luego ese esfuerzo revierta también en el sector civil. ¿Es necesario recordar el origen de Internet, o de la energía nuclear, o de la robótica? Sin duda, no. Lo importante del caso es que disponer de esa base industrial de defensa permite, a su vez, generar una magnífica base fiscal, a partir de la cual se contribuye a la financiación de otros gastos.

Quien más, quien menos, ha visto alguna vez un vehículo de la marca Saab, por más que dejaran de fabricarse en 2014. Lo que

mucha gente desconoce es que Saab se ha dedicado, tradicionalmente, a diseñar cazas y cazabombarderos, si bien también ha diseñado y fabricado cañones sin retroceso tan conocidos como el Carl Gustav, que está en servicio en más de 40 países de todos los continentes. El caso es que sus aviones de combate han estado siempre entre los mejores del mercado, independientemente de la época. Desde el Saab 29 Tunnan de los años cincuenta, hasta el Saab 37 Viggen, de los años ochenta, pasando por el Saab 35 Draken, de los años sesenta. Todos ellos conocieron éxitos de exportación, lo cual también redundó en beneficios para las arcas suecas, a reinvertir en otras políticas. Luego, en tiempos más recientes, Saab ha llegado a un acuerdo con BAE Systems para acabar consolidándose como uno de los gigantes mundiales del sector. Pero en esos años dorados, la muy neutral Suecia también diseñó y fabricó sus propios modelos de carro de combate (Stridsvagn 103) o de vehículos blindados de transporte de tropas (Pansarbandvagn 302), y es el país que diseñó y fabricó uno de los cañones antiaéreos más exportados de todos los tiempos: el célebre Bofors, aunque también son de la misma empresa sistemas de lanzacohetes antisubmarinos que fueron vendidos, entre otros, a Alemania, España y Francia, aparte de la propia Suecia. Otra de las empresas suecas de armamento líderes en el mundo, es Kockums, fabricante de los submarinos Västergötland, en servicio en la marina de guerra sueca en los años ochenta y que, en su última subserie, incorporó tecnología AIP (propulsión independiente del aire), siendo pioneros a nivel global, al considerarse como la tecnología prenuclear más avanzada. Un derivado de estos submarinos fue exportado a la Royal Australian Navy en los años noventa del siglo XX. La lista sería mucho más larga, pero con los ejemplos propuestos el lector podrá hacerse una idea, a buen seguro, del peso del complejo militar-industrial de este Estado en principio tan neutral y socialdemócrata, ahora miembro de la UE, y siempre adalid del welfare state. No, no hay o no tiene por qué haber contradicción entre gasto en defensa y gasto en sanidad y educación. Quien sostenga eso, o bien es un ignorante, o bien miente, haciendo el típico ejercicio de demagogia que tanto daño hace a toda aproximación científica al estudio de la realidad.

Dicho lo cual, esto que acabamos de exponer —con pruebas— no es algo que se entienda suficientemente bien en la biempensante

Europa. Los EE UU pueden ser —y son, de hecho— una potencia en decadencia, al menos en términos relativos. Pero eso siempre es mejor que no ser una potencia en absoluto. Por ello, no es probable que Polonia o Hungría se conformen con hipotéticas garantías de seguridad dadas por la UE, ni contra Rusia ni contra nadie. Y esto va al margen de algo, hasta cierto punto, paradójico: Polonia y Hungría son dos de los Estados que más han simbolizado, en los últimos años, la existencia de una no despreciable distancia ideológica entre Bruselas y algunos de los socios del proyecto común. Los Gobiernos conservadores de ambos países, y notoriamente el de Hungría, no están muy convencidos respecto a algunos de los valores auspiciados desde la UE. A ojos de Varsovia y de Budapest, la promoción del discurso LGTBI (por ejemplo) constituye un error. Seguramente, el paradigma no es, para ellos, Irán. Simplemente, no ven la política en blanco y negro. El maniqueísmo del que hacen gala la UE e Irán (aunque sea para llegar a conclusiones tan diferentes) genera resquemores en algunos socios europeos, siendo —como son— sociedades democráticas, aunque quizá no muy "occidentales", en el sentido que Huntington le confiere a esta expresión. Más bien parece que esas sociedades estén dispuestas a subirse al carro de lo que el propio Huntington denomina como occidentoxicación (1997: 120) para denunciarla y cuestionarla. Es así como se llega a la paradoja a la que antes hacíamos referencia y que reside en que, si bien Polonia y Hungría quieren defender su soberanía contra las amenazas rusas, en realidad el modelo de sociedad que quieren y defienden está más cerca de Rusia que de Bruselas o Nueva York. Lo cual induce a pensar que el Grupo de Visegrado, que lideran, puede tener, más allá de su unidad geográfica, una personalidad muy marcada en relación con los valores a defender.

Pero, como quiera que el reto tiene como piedra de toque a Rusia, en Varsovia y en Budapest deben velar por sus intereses más elementales de seguridad, al margen de otras consideraciones, pensando con la cabeza fría y teniendo en cuenta las opciones, más bien escasas, que ofrece el mercado.

El caso es que, recuperando el hilo argumental con el que hemos comenzado este párrafo, ni Polonia ni Hungría se van a conformar con el paraguas militar ofrecido por la UE, sin el concurso de los

EE UU y de la OTAN. La experiencia de la guerra de Ucrania tampoco es especialmente satisfactoria para ellos. Ni siquiera suponiendo —que ya es suponer— que finalmente Ucrania alcance sus objetivos estratégicos.

Pero ¿a qué precio sería? Un país destrozado, con decenas de miles de muertos entre sus militares, a los que habrá que sumar las víctimas civiles y algunos millones de desplazados, dentro y fuera del país. Entonces, mejor sería que alguien ofreciera un nivel de disuasión adecuado para evitar que la guerra empiece. Al fin y al cabo, si ni siquiera la OTAN ha logrado eso contra Rusia en Ucrania, ¿qué va a lograr la UE? Pensemos en la pata nuclear de dicha disuasión. Si ya es discutible que los EE UU se jueguen su integridad para disuadir a Rusia (o, en su día, llegado el caso, a China) en términos nucleares, parece indiscutible que nadie más podría hacer tal cosa. De ahí la salida de Francia de la estructura militar integrada de la OTAN, en su día, así como las suspicacias que dieron paso a la crisis de los euromisiles, en los años ochenta del siglo XX. Hoy en día, todavía es menos creíble que Francia empeñe su seguridad nuclear en defensa de otros Estados de la UE, incluso aunque haya alguna declaración de por medio en esa dirección. Lo que está claro es que la UE carece de capacidad para ejercer ese tipo de disuasión. Que, guste o no, forma parte del escenario. Mal comienzo.

Entonces, la pregunta es: ¿qué nos hace pensar que todo será distinto en el futuro? ¿La conciencia de un enemigo común? Eso ya se dio, y no evitó la voluntaria subordinación de la vieja, cansada, narcisista y hedonista Europa a los intereses de los EE UU, a cambio de protección, desde los años cincuenta del siglo XX. De hecho, a tenor de lo visto hasta ahora, no parece que el enemigo esté tan claro como hace 70 años. Ni que vaya a generar los consensos logrados entre 1947 y Maastricht. Desde luego, no lo está, si se supone que debe ser el mismo enemigo proclamado desde Washington: China (ya hemos analizado las razones de ello). Mientras que, en el caso de Rusia, este país despierta diversas sensibilidades, incluso en plena guerra de Ucrania… ¿Debemos volver a recordar la postura de Hungría, que ha bloqueado todo lo que ha podido la ayuda prometida por —el resto de la— UE a Ucrania? Además, tampoco podemos olvidar que Rusia y China van

de la mano y que esa confluencia de intereses puede ir a más en función de los realineamientos de fuerzas producidos por esa misma guerra de Ucrania.

El 9 de diciembre de 2022, la UE, incapaz de convencer a Hungría para que levantase su veto, terminó por acordar un plan b que, en el fondo, consistía en ofrecer una línea de crédito por valor de los 18.000 millones comprometidos con Ucrania, pero avalada por cada uno de los Estados miembros a título particular. Eso obliga a preguntarse para qué sirve la UE. ¿Acaso no se podría alcanzar el mismo objetivo a través de una conferencia de donantes? Además de ratificar que Hungría va por libre, no solo en lo que respecta a sus asuntos internos, sino también en cuanto a su rol internacional, el suceso supuso todo un mazazo para una hipotética política de seguridad y defensa común. Entre otras cosas porque a la UE le falta madurez geopolítica: no está acostumbrada a jugar a eso. Las alianzas, en el sentido de Walt, no exigen unanimidad en el modo de conducirse a nivel interno, so pena de que se rompa la cuerda.

Pero las desavenencias internas al más alto nivel, y para temas de máxima relevancia en el ámbito de la seguridad internacional, son una constante desde el nacimiento de la organización. Pero lo son, sobre todo, desde que se da el paso —en Maastricht— para avanzar hacia una política exterior y de seguridad común (PESC). En la conferencia intergubernamental (CIG) previa a la firma del tratado celebrada en otoño de 1991 ya saltaron todas las alarmas, con una UE dividida en dos bloques, a lo que hay que sumar Estados que nadaron y guardaron la ropa, mal que bien, pero que también han dado muestras de tener una agenda propia, y escasa ductilidad.

En 1991, el Reino Unido e Italia lideraron uno de esos bloques. Aunque no estaban solos. ¿Su agenda? Dejar claro que la UEO era, en todo caso, el “puente” entre la UE y la OTAN, y que no era, por ende, el brazo armado de la UE ya que, a su entender, la UE no tenía (eso era obvio) ni debía tener, en el futuro (eso es lo que se discutía), rol alguno en la defensa europea; descartar que la UE debiera generar una “política de defensa”, pues para eso ya estaba la OTAN; a lo sumo, admitir que se pueda llevar a cabo alguna intervención “fuera de [la] zona” OTAN, lo cual sugiere la idea, por añadidura, de que la UE, o la UEO, sí podrían tener cierta utilidad

(marginal) en función de necesidades consensuadas con la OTAN, cuanto esta no pueda o no desee intervenir directamente. ¡Menuda autonomía estratégica! Tanto que podría entenderse como servilismo al cuadrado.

En esas mismas fechas, Francia y Alemania lideraron el otro bloque. Lo hicieron a pesar de no pocas desavenencias en los asuntos más importantes del momento en términos de seguridad europea. Si recordamos los pormenores de la guerra civil Yugoslava, iniciada en 1991, Alemania se apresuró a reconocer la independencia unilateralmente declarada de Eslovenia y Croacia. Arrojando con ello demasiado combustible al conflicto. Lo hizo porque eso era adecuado a sus intereses nacionales. No pensó en la CEE. Pero es que, una vez consumado el desastre, las posturas de Francia y Alemania volvieron a colisionar, reiteradamente, sobre el terreno. Las simpatías alemanas hacia la causa croata se mantuvieron (obviamente), pero arreciaron, al unísono, las simpatías francesas por la causa serbia. Francia, como casi siempre, mantenía una buena relación con Rusia que, a su vez, la tenía con Serbia, ambos ortodoxos. Tanto es así que no faltan los trabajos académicos en los que se denuncia el, digámoslo elegantemente, escaso fervor galo a la hora de arrestar a presuntos criminales de guerra serbios (Hoffmann, 2000: 195).

En todo caso, como decía, Francia y Alemania lideraron uno de los bloques que condicionan el Tratado de Maastricht. ¿Su agenda? Podría resumirse en un "todo lo contrario". Pero merece la pena exponerla: consolidar a la UEO como el brazo armado ejecutor de las decisiones tomadas al albur de una auténtica "política de defensa" europea (decidida, pues, por la UE). Además, la UE y la UEO deberían reservarse el derecho a intervenir, incluso militarmente, en cualquier lugar del mundo, ya sea fuera, o dentro, de la zona OTAN.

El Tratado de Maastricht jugó con la ambigüedad, como resultado inevitable de esas discrepancias. De ese modo, dejó para el futuro (sin fechas) una hipotética política de defensa común, aunque afirmó la necesidad de avanzar desde el primer momento hacia una política exterior y de seguridad común: la famosa PESC. Y, pese a jugar con la ambigüedad, hubo países pertenecientes al bloque

ítalo-británico que no aceptaron (ni) eso. En Dinamarca se celebró un referéndum en 1992 y el resultado fue el previsible: nada de Maastricht. Pero, más allá de la conclusión, lo interesante pasa por conocer las razones del no. ¿Y qué mejor que nos lo cuente un profesor de ciencia política nativo? Vamos a ello: el profesor Petersen, de la Universidad de Aarhus, lo achaca al temor a que con la aparición de la PESC se resienta el vínculo transatlántico. La frase fácil de los europeístas de hoy es… "no necesariamente". Pero el problema, visto desde Dinamarca, tenía más enjundia. Tanta que no permite una respuesta basada en una frase hecha. Demasiado fácil. Entonces, analicemos cómo ve Dinamarca su propia seguridad y defensa, que es de lo que se trata. En palabras de nuestro profesor, cuando la PESC empieza a andar, aunque sea a la pata coja, resulta que "el apoyo público a la OTAN es más fuerte que nunca" (Petersen, 2001: 100), de modo que Dinamarca aspira a ser el "más firme" (staunchest) de los aliados de los EE UU (ibid.: 102).

Fue la mera sospecha de que esa magnífica relación transatlántica pudiese verse erosionada por un excesivo énfasis en la PESC lo que, siempre según Petersen, provocó que en ese momento crucial de lanzamiento de dicha PESC, su aproximación a la política exterior y de seguridad común de la UE fuese "limitada" y hasta "reluctante" (ibid.: 103). ¿Y que tuvo que hacer la UE para que el proyecto saliera adelante? ¿Convencer a Dinamarca? No: permitir, a través del llamado Acuerdo de Edimburgo, que los acuerdos en materia de PESC, en la medida en que tuvieran una dimensión militar, no fueran aplicables a Dinamarca. Es un argumento recurrente, aunque tenga diversas formas, como ocurre con la "abstención solidaria" del Tratado de Ámsterdam y la posterior Cooperación Estructurada Permanente (PESCO, por sus siglas en inglés). Por cierto, que nadie piense que las citas de Petersen que hemos seleccionado son vehementes. No lo son en absoluto. Quien escribe asistió al seminario previo a la publicación de esas conclusiones, celebrado en la Universidad de Barcelona, y pudo escuchar cómo afirmaba que Dinamarca ni quería ser neutral ni tampoco pacifista, así como que no le hacía ascos a enviar tropas a una guerra. Eso sí, siempre y cuando fueran detrás de la bandera de las barras y estrellas…

Pero lo cierto es que el bloque atlantista, además del núcleo duro ítalo-británico y del incondicional apoyo danés, integraba también a

países como Holanda, mientras se preparaba para incluir a los socios de nuevo ingreso: Polonia, Hungría y Chequia, y preparaba el terreno para los bálticos. Con el devenir de la guerra de Ucrania, este bloque ha adquirido un peso específico muy importante, tanto en la UE, como en la propia OTAN, pese a la salida de Londres de la Unión. Y eso está incrementando la brecha con el bloque franco-alemán, o con lo que quede de él.

En el momento de escribir estas líneas, Alemania, tras muchas presiones, ha decidido, por fin, entregar carros de combate Leopard 2A6 a Ucrania. Lo ha hecho cuando Biden opta por enviar un batallón de carros Abrams. Siempre los EE UU por delante. Pocos días antes de eso, Polonia, a través de su primer ministro, Mateusz Morawiecki, planteaba que, si Alemania no le concedía permiso para enviar los suyos, se debería crear una coalición de apoyo a Ucrania al margen de los alemanes[44]. En realidad, Alemania y Polonia hace mucho tiempo que no se ponen de acuerdo en nada importante, desde el Nord Stream 2 hasta este último desencuentro. Al final, para nuestro argumento, lo de menos son las pocas docenas de carros de combate que se enviarían a suelo ucraniano. En cambio, lo importante es comprobar, una vez más, que cuando se acercan las grandes decisiones, los auténticos dilemas, Europa muestra sus costuras a punto de deshilacharse, con una parte de los Estados en evidente sintonía con los EE UU y el Reino Unido y, otra parte, más dispuesta a escuchar a Alemania, aunque eso no satisfaga las pretensiones ni las previsiones de Washington ni de la OTAN. España, mientras tanto, manifiesta que estará con el consenso, cuando esto es algo que ni existe, ni se espera. De hecho, Hungría también dispone de carros Leopard, pero, como era de esperar, se niega a enviarlos a Ucrania. Italia, por su parte, ha dejado claro que no va a enviar armas ofensivas. Es interesante porque, como sabemos, en otras ocasione Italia ha sido parte del bloque más cercano a los EE UU. Sin embargo, con Rusia por medio, ya no es el caso. Mientras Borrell, el gran avalador de la autonomía europea, está con Washington, la OTAN y los socios de la UE más sensibles a las líneas maestras trazadas desde el otro lado del Atlántico, pidiendo carros Leopard 2 para Ucrania. No deja de sorprender que, con lo que está sucediendo, aún haya quien hable de cómo la guerra de Ucrania ha unido más a Europa y al “mundo libre”.

Pues bien, esa ha sido la tónica predominante: ausencia de acuerdo entre los Estados más influyentes, y ausencia de España a la hora de marcar un criterio, si bien, nuestro país, así como Bélgica, se orientaron gradualmente hacia la postura franco-alemana, acabando por formar parte del llamado Eurocuerpo[45].

La evolución posterior a Maastricht fue más de lo mismo, con el añadido de que el siguiente tratado, que fue el de Ámsterdam, de 1997, debía abordar el encaje en la UE y, por ende, en la PESC de varios Estados de tradición neutral. Era el caso de Suecia, Finlandia y Austria. El año anterior, como es habitual, se celebró una CIG previa a la firma del tratado en la que fuimos testigos, una vez más, del afloramiento de las diferencias entre las principales potencias de la Unión. En este caso, ante la lógica ítalo-británica, Kohl y Chirac se adelantaron al remitir una carta firmada por ambos el día 9 de diciembre de 1996 que, en principio, iba destinada a Irlanda, con la mirada puesta en generar complicidades y ampliar el bloque de Estados que optaban por avanzar hacia una defensa europea diferente de la propiciada por la OTAN, optando, para ello, por integrar la UEO en la UE. La elección de Irlanda para lanzar el debate no fue en absoluto inocente, puesto que este pequeño Estado no es miembro de la OTAN y, como todos sabemos, no tiene buenas relaciones con el Reino Unido. Sin embargo, los avances que se produjeron en este aspecto fueron demasiado sutiles. En esencia, si en Maastricht se decía que la UE avanzaría "en el futuro" hacia una política de defensa común, en Ámsterdam a lo más que se llegó fue a decir que la UE avanzaría "progresivamente" hacia esa defensa común. De nuevo, prudentemente, sin calendario ni ulteriores aclaraciones. Síntoma inequívoco de que la brecha seguía abierta.

En relación con la UEO, las Declaraciones de Petersberg, anexas al Tratado de Ámsterdam, apuntaban finalmente a que esta organización aceptaba ser el "brazo armado" de la UE. ¿Un éxito para el bloque liderado por el entonces llamado eje franco-alemán? No tanto. ¿Por qué? Porque en ese mismo documento se insiste en que, en todo caso, la UEO deberá actuar de conformidad con las disposiciones adoptadas en la Alianza Atlántica. Es decir, que a pesar de la pompa dada a este anexo, en realidad seguíamos en Declaraciones del Consejo de la UO de 20 de diciembre de 1950 y del Consejo de la UEO de 27 de febrero de 1957, de las que ya

hemos hablado. En definitiva, mucho ruido y pocas nueces.

En Ámsterdam, sin embargo, sí se produjo un avance importante, aunque por sí mismo tampoco implica mayor autonomía para la UE, pues dependerá de cómo se desempeñe en su cargo y eso, a su vez, de muchos factores estructurales como los ya señalados, y otros que todavía están por ver: se trata de la institucionalización de la figura de alto representante para la PESC, popularmente conocido como míster PESC. La institucionalización de esta figura, sin embargo, no salió gratis. Lejos de eso, denotó una nueva grieta provocada, precisamente, por la integración de varios Estados neutrales. No fue casualidad que Austria, más neutralizado a la fuerza que vocacionalmente neutral, fuese, de entre los nuevos miembros, el menos remiso a aceptar a "míster PESC". Pero ni Finlandia ni Suecia lo veían claro. En un memorándum del Ministerio de Asuntos Exteriores de Helsinki, fechado el día 18 de septiembre de 1995, quedaba clara su oposición a la creación de la figura de "míster PESC".

En todo caso, es bueno recordar (o advertir) que el tantas veces llamado eje franco-alemán, tenía poco de eje pues, a la hora de la verdad, no han tenido la misma aproximación a la PESC y menos todavía, si cabe, a una hipotética defensa europea. Así lo recoge el profesor Mandrass-Sirjacques, de la Universidad París V, que, hablando de la postura alemana en relación con la PESC/D, apunta, más bien, a la existencia de un conflicto dentro de ese bloque, "a veces larvado, a veces abierto", propiciado porque Alemania nunca se ha planteado una defensa europea al margen de la OTAN (2001: 84), mientras que Francia sí ha flirteado con esa idea. En todo caso, parece evidente que el bloque franco-alemán no es monolítico o, al menos, que no lo ha sido, cuando más se pregonaba su existencia.

Más dura fue la posición sueca que, además de acompañar a su vecino escandinavo (Finlandia) en su escepticismo, no en relación con la UE, pero sí en relación con sus pretensiones de lanzar una política exterior común, lanzó una retahíla de argumentos, que constan en el volumen II del Libro blanco sobre la CIG de 1996, con la mirada puesta en poner obstáculos a la PESC.

En particular, la CIG de 1996 puso de relieve la oposición de Estocolmo a participar en una hipotética "defensa común" y, mucho

menos, a ingresar en la UEO como miembro de pleno derecho, precisamente porque, como ya sabemos, el artículo 5 del TBM incluye una cláusula de defensa colectiva. Los suecos se hicieron el sueco. Es lo suyo. Y algo perfectamente legítimo, que conste. Aducían que ellos se encargarían de su propia defensa y que, ya puestos, ni tan siquiera deseaban participar en la definición de una política exterior y de seguridad común. Toda una muestra de solidaridad intraeuropea y de confianza en la UE (sic). Además, pidieron que se mantuviera la unanimidad como regla de oro para tomar decisiones en materia de PESC. ¿Por qué? Porque la unanimidad es el otro nombre del derecho de veto. Y el veto es la mejor salvaguarda de la soberanía nacional.

Esto último es lo que, en ese tira y afloja, no lograron. De hecho, el Tratado de Ámsterdam institucionalizó un sistema que se conoce como abstención constructiva o solidaria, pensado, precisamente, para permitir que se llegue a acuerdos sin necesidad de que se cumpla con el requisito de la unanimidad, es decir, evitando el veto. A su vez, y a cambio, Suecia (y Finlandia) consiguieron que esas decisiones en las que ellos se abstienen no sean vinculantes para ellos. La cláusula en cuestión también es conocida como opting out. Es decir, que el precio a pagar fue muy elevado al asumir que la UE sería incapaz de funcionar como un bloque monolítico. Esto puede parecer un mal menor. Y quizá lo sea. Pero sigue siendo un mal para la integración europea y ni siquiera es una excepción: algunos de los más rutilantes "éxitos" de la inacabada construcción europea solo han sido posibles haciendo concesiones de ese tipo. Pero es que, además, se mantuvo que una acumulación de abstenciones (concretamente, un tercio de los votos ponderados del Consejo) equivale, de nuevo, al veto. En verdad, las ulteriores cooperaciones reforzadas responden, de la misma manera, al mismo tipo de problemas, planteados por la ausencia de consensos básicos acerca de las cuestiones más elementales. Son la prueba más palpable de que la UE no puede funcionar como un todo. En esta línea, la PESCO debería ser la piedra de toque de la futura política de defensa europea. Pero su filosofía es "a la carta". ¿Se acuerdan de la "bella durmiente" y de cómo terminó? Pues Jüncker habría recuperado ese epíteto para la PESCO: sería la nueva "bella durmiente" (Mora, 2017). Déjà vu: mala cosa, sobre todo, sabiendo de dónde venimos.

Podría decirse, a tenor de lo visto, que tanta insistencia de los Estados miembros en la unanimidad/veto y/o en ingenierías jurídicas retorcidas no favorece la agilidad en la toma de decisiones (ya sean posiciones o acciones comunes). Y así es. Lo que no es correcto es la tentación subsiguiente, esto es, afirmar que la UE resolverá buena parte de sus problemas cuando resuelva el peliagudo asunto de sus sistemas de votación. ¿Por qué es incorrecta tal percepción? Porque invierte la relación de causalidad subyacente. Más claro, si cabe: estos procedimientos de adopción de decisiones —y esas mayorías— no han caído del cielo. Lejos de ello, son el fruto de la voluntad de los Estados miembros. Es decir, estos procedimientos de adopción de decisiones y esas mayorías no son la causa de los problemas de la UE: son su efecto. Su consecuencia, si se quiere. Esa es la clave para entender la auténtica naturaleza del problema planteado. Todavía más: algunos de los avances logrados en la conceptualización de la PESC y en el flirteo con la "D" de defensa han sido posibles gracias a que los Estados se han venido reservando ese derecho de veto. Efectivamente, el veto opera a modo de cláusula de salvaguarda de los intereses estatales que, de ese modo (pero solo de ese modo), se hacen compatibles con los avances en política exterior, seguridad y, quizá (solo quizá), defensa común.

No podemos engañarnos ni engañar a nadie. Desde hace muchos años, cada Estado hace lo que puede, velando por sus propios intereses. Y es natural que así sea. Pongamos oro ejemplo, incardinado en el ámbito de la obtención de fuentes de inteligencia. Por un lado, los EE UU han venido desarrollando un ambicioso programa, conocido como Five Eyes, a partir de la red Echelon. Pero, entre sus miembros, hay varios Estados no europeos, como Canadá (que, al menos, sí está en la OTAN), Australia y Nueva Zelanda (que no lo están), y, eso sí, como era de esperar, el Reino Unido, que estaba en la UE, además de en la OTAN, cuando esta suerte de "red de espionaje" (valga la expresión, nada desencaminada) ya operaba a pleno rendimiento. En esencia, se trataba de una red con capacidades ELINT[46] y SIGINT[47]. Esos Estados se han venido repartiendo el trabajo por zonas geográficas, de un modo eficiente y perfectamente coordinado. Australia se encarga de monitorear las señales procedentes del sur y el este de Asia; Nueva Zelanda, del Pacífico Sur; Canadá, desde su estación de

escuchas de Nunavut, en la isla Ellesmere, se dedica al control de las señales procedentes del Ártico; el Reino Unido, de las que se emiten en Europa y el oeste de Rusia, sobre todo gracias a su instalaciones en la isla de Chipre, en Akrotiri y Dekheila; y los EE UU hacen lo mismo con las que aparecen en el Caribe, África y Oriente Medio (Cox, 2012: 6).

¿Qué hacían los demás Estados miembros de la UE? Quienes podían, lo que podían. Francia, por ejemplo, dispone de su propia red de escuchas. Aprovechando los remanentes de su viejo imperio —que no son pocos—, posee también una red de bases que se extiende desde la Guyana hasta Nueva Caledonia, pasando por la isla de Reunión. Un arco casi perfecto que permite al Gobierno de París monitorear la práctica totalidad del planeta, con especial énfasis en África, un continente que, como es bien conocido, sigue siendo el lugar preferente de su política exterior. Lo importante es tomar nota de lo que algunos lectores ya sospechan, a estas alturas, con buen criterio: Francia no se beneficia de la recolección de información generada por los Five Eyes, del mismo modo que la que obtiene por su cuenta retroalimenta sus propias políticas. Hasta aquí lo previsible que, si bien no alimenta las esperanzas de mejora de la relación entre aliados, es solo la punta del iceberg de una relación entre socios (por decir algo) que responde al muy circense "más difícil todavía". Porque, en realidad, no es que estos países, supuestamente aliados, no cooperen, sino que han empleado sus respectivas redes para espiarse mutuamente. Así como para tratar de engañar a los demás con malas artes.

Por ejemplo, en 1996, Francia empleó imágenes obtenidas de su satélite Helios IA para denunciar las mentiras de la Administración Clinton, cuando desde los EE UU se había intentado hacer creer que varias grandes unidades mecanizadas de la Guardia Republicana iraquí se dirigían al interior del territorio kurdo. En todo caso, una vez detenido el bulo, las cosas no mejoraron entre Washington y París, de modo que, sin salirnos de Iraq, en la guerra de 2003, si bien británicos o españoles apostaron por intervenir militarmente, al lado de los EE UU, los franceses optaron por cuestionar la legalidad y la legitimidad de la campaña iniciada por sus socios.

Que, tras la invasión rusa de Ucrania, Finlandia y Suecia hayan

solicitado entrar en la OTAN, abandonando —ahora sí— su tradición de neutralidad, no hace más que ratificar la sensación que subyace a este análisis al demostrar que lo importante no era ser neutral a toda costa. Además, Suecia tiene una notable tradición de intervención en conflictos desarrollados allende sus fronteras, como cascos azules. Pero en Estocolmo son celosos de sus propios intereses, y no desean verse arrastrados por decisiones vinculantes equivocadas, tomadas por organizaciones no idóneas para ello (Lawler, 1997: 588). Lo importante, para ambos Estados, pasaba por no delegar algo tan serio en la organización equivocada. Su dilema es: o neutrales o en la OTAN, con los EE UU detrás, lo que deja a la UE, por decirlo de alguna forma, fuera de la quiniela. Las razones de ello ya han sido expuestas en este análisis. No consideran que la UE aporte la disuasión suficiente frente a Rusia, que es lo que realmente les preocupa. Quizá la UE pueda gestionar una misión en el Sahel o en el corazón de África, pero esos lares no están en la agenda de seguridad de finlandeses y suecos que, por otro lado, tampoco están dispuestos a adaptar sus esfuerzos en defensa a los intereses del Elíseo, de la Moncloa o del Palazzo Chigi.

## Capítulo 8

## Y… ¿QUÉ HAY DEL EJÉRCITO[48] EUROPEO?

Pese a la rimbombancia del Tratado de Ámsterdam, en marzo de 2010 la UEO, esa "bella durmiente" a la que nos hemos referido en varias ocasiones, despertó brevemente. Lo hizo solamente para declarar que sus actividades cesarían de modo definitivo con fecha de junio de 2011. La UEO fue perezosa hasta para decir adiós. En el comunicado de marzo de 2010 se decía que ya "había cumplido su papel histórico"[49]. Un papel que, en el mejor de los casos, fue el propio de un actor de reparto[50], ni siquiera un secundario. No hay más que ver lo ocurrido tras la disolución de la URSS —que Putin definió en su día como un cataclismo mundial— y lo ocurrido cuando la UEO se autodisolvió: nada. Absolutamente nada, de hecho.

Aun así, de vez en cuando, a lo largo de estos años, ha ido retomándose una y otra vez el tema de la posible creación de un "ejército" europeo. Cual Guadiana, este punto suele discurrir por debajo de la superficie, pero, de vez en cuando, aflora para que podamos admirar su belleza. La última vez que lo ha hecho con cierta fuerza ha sido en marzo de 2022, tras el anuncio de Borrell de la creación de una fuerza de despliegue rápido de 5.000 efectivos. El problema es que, llegados a este punto, que la UE hable de crear una fuerza de despliegue de 5.000 efectivos no es síntoma de buena salud, ni ningún éxito, sino, más bien, una muestra más de dos cosas: 1) que en este tema la UE camina hacia atrás, como algunos cangrejos, y 2) que entre los decisores hay demasiadas personas que carecen de un mínimo conocimiento de cualquier cosa relacionada con los estudios estratégicos o la milicia. Una fuerza de 5.000 efectivos es una ridiculez, militarmente hablando. Máxime cuando ni siquiera está claro para qué se quieren esos efectivos, ni el abanico exacto de misiones que deben poder completar, ni los apoyos con los que contarán. Dicho esto, si la creación de esta fuerza ha de ser vendida como un éxito, eso no hace más que delatar, aunque sea inopinadamente, lo mal que estamos tres décadas después de Maastricht, 25 años después de Ámsterdam y casi 70 años después de la creación de la UEO y de la entrada en vigor de su "artículo 5".

Merece la pena detenerse un momento y explicar con cifras la afirmación que acabamos de hacer sobre la Rapid Deployment Capacity[51], que es en puridad como se llama esa fuerza de 5.000 efectivos. Para ello, expondremos con cifras la evanescente trayectoria del "quiero y no puedo" de la UE en lo que respecta a la creación de un "ejército" europeo. ¿Cómo puede ser un logro una fuerza de despliegue de la UE de 5.000 efectivos cuando, hace ya 24 años, se aprobó la creación de una fuerza de despliegue de… ¡60.000 efectivos!? Bueno, puede ser porque ya prácticamente nadie se acuerda de esa primera pretensión. Una iniciativa que, al igual que el proyecto original del Eurocuerpo —que contaba con unidades asignadas permanentemente en sus inicios—, terminó durmiendo el sueño de los justos. El caso es que fue en 1999 cuando se alcanzó el punto culminante de las pretensiones europeo-occidentales —canalizadas a través de la UE— en la dirección de crear una fuerza multinacional propia, diferenciada de la OTAN. Las cumbres de los Consejos de Colonia (junio) y de Helsinki (diciembre) fueron ilusionantes y, pese al resultado posterior, parece claro que existía un importante grado de ambición.

En la Declaración subsiguiente al Consejo de Helsinki se aludía a la constitución de un embrión de "ejército" europeo formado por un mínimo de 15 brigadas, que los firmantes equiparan, más o menos, pero de modo explícito, a un cuerpo de ejército. ¡Otra vez el Eurocuerpo! Eso equivale a entre 55.000 y 60.000 efectivos, con un matiz. Se habla de poner sobre el terreno esa fuerza en 60 días —para lo cual se requieren unas capacidades logísticas superlativas— y de mantenerlas desplegadas durante un mínimo de un año —con lo que implica también en términos de abastecimiento y rotaciones —[52]. Todo ello con los apoyos aeronavales que sean necesarios, lo cual todavía suma más militares. Unos cuantos miles más, aunque no se haga explícita la cifra.

Es decir, dados estos objetivos, militarmente hablando, si debemos mantener 60.000 efectivos sobre el terreno durante un año, como mínimo, necesitaremos tener comprometido tres o cuatro veces ese volumen de personal. En el fondo, es fácil de entender: se han de garantizar las rotaciones, preparar las tropas que entrarán en esas rotaciones y cubrir bajas sin que merme la fuerza. Todo lo que se aparte de esto supondría un despropósito. Es decir, que para

mantener 60.000 efectivos —posiblemente a miles de kilómetros del suelo europeo— necesitamos de partida 180.000 pertenecientes a unidades desplegables, a los que habremos de sumar los medios navales y aéreos de transporte y suministro adecuados para ello. Todo eso sin contar otros apoyos necesarios, como la vital inteligencia. En suma, el ambicioso objetivo expresado en Helsinki suponía no solo "fijar" buena parte del total de los efectivos combinados de todos los Estados miembros de la UE —en tanto deberían estar disponibles para ser desplegados en cualquier momento, dejando así de lado otras tareas como la defensa del territorio de los Estados a los que pertenecían—, sino también una inversión multimillonaria. Como cabe suponer, la realidad terminó por imponerse sin que ninguna de las brigadas —posteriormente, battlegroups— de la fuerza de reacción rápida de la UE llegase a desplegarse nunca, pese a un amago en 2008.

¿De qué hay que tomar nota? De que la realidad se impone, haciendo imposibles proyectos como el anterior. Solo así se entiende que, más de dos décadas después, la UE esté embarcada en el proyecto de crear una fuerza desplegable de 5.000 efectivos. ¿Es un avance? No, es la crónica de un fracaso. Porque, desde las elevadas expectativas de Colonia y Helsinki, los europeos no hemos hecho otra cosa que ir rebajando el nivel de ambición. En primer lugar, sustituyendo el objetivo de poder desplegar 15 brigadas al completo por el de hacer lo propio con entre seis y 10 battlegroups, de unos 1.500 efectivos cada uno, que deberían operar de modo autónomo durante 30 días, ampliables hasta 120, con las pertinentes rotaciones[53]. Podemos llamarlos agrupación táctica o batallón reforzado. Pero, en ambos casos, es palpable la reducción de expectativas. Un tránsito, el que va desde el headline goal de Helsinki a los battlegroups, que fue posible gracias a una cumbre bilateral franco-británica celebrada en Le Touquet el 4 de febrero de 2003, aunque ese acuerdo se formalizó en noviembre. La constatación de una trayectoria, como decíamos antes, evanescente.

Historia que no termina aquí pues, como es menester, los Consejos de 1999 (Colonia y Helsinki) también trataron de generar una estructura de mando propia, capaz de gestionar ese aluvión de tropas y medios, de combate y logísticas. Sobre todo, en la segunda de esas cumbres. De ahí surgió la necesidad de establecer órganos

políticos y militares permanentes, pensando en la anunciada Política Europea Común de Seguridad y Defensa (PECSD). Uno de ellos es el Estado Mayor de la Unión Europea (EMUE). Sus funciones, las clásicas: alerta temprana, evaluación de la situación y planeamiento de la estrategia para afrontarla. Desde entonces, ha dirigido algunas operaciones de la EUFOR (Fuerza de la Unión Europea), como la operación Althea en Bosnia, las misiones en la República Democrática del Congo y en el Chad, así como la operación Atalanta en aguas de Somalia. Ese es el tipo de bagaje a aportar por parte de quienes desean ver la botella medio llena.

Sin embargo, cuando hablamos de ser un actor internacional y de ostentar autonomía estratégica, a raíz de lo sucedido, primero en Afganistán y, luego, en Ucrania, estamos hablando de palabras mayores, incluyendo la posibilidad de ser parte en guerras híbridas o, incluso, en guerras convencionales. Es decir, la eventualidad de tener que acudir a escenarios en los que se están desarrollando guerras de media y de alta intensidad. Y, en la mejor de las hipótesis, incluye la idoneidad para disuadir a actores dispuestos a ese tipo de escaladas militares. Claro, es lo que tiene ser un actor internacional dotado de autonomía estratégica. Para eso sería necesario acreditar los consensos imprescindibles. Si bien hemos visto que no es tarea fácil. Pero también sería necesario disponer de la estructura de mando y de la fuerza capaces de implementar esas decisiones. Probablemente, el esfuerzo retórico y organizativo tenga mucho sentido, a tenor del nudo gordiano que acabamos de plantear, sin aspavientos, y que ahora desglosaremos y exprimiremos con más detenimiento.

En efecto, tras analizar durante años la evolución de la política exterior y de seguridad (y defensa) europea, una de las cuestiones que más pesan en nuestra interpretación de lo que ha venido sucediendo es que parte de la falta de consenso, y de la falta de atrevimiento, de los Estados europeos puede deberse a la falta de confianza en los medios disponibles para hacer realidad las acciones comunes que se vayan adoptando. Más claro, si cabe: quien desea alcanzar un fin, debe desear, asimismo, los medios necesarios para ello, ya que el no disponer de ellos inhabilita el fin en sí mismo considerado. Por ese motivo, bien puede verse el esfuerzo desplegado en Colonia y Helsinki en 1999 como una tentativa de

dotar de credibilidad a la PECSD. Ahora bien, la pregunta es: ¿qué tan lejos se llegó en 1999?

Si pensamos en participar, en caso necesario, en conflictos de media y alta intensidad, no muy lejos. En realidad, volvemos a toparnos con los dilemas de siempre. Pero mejor será que nos lo cuente, de primera mano, uno de los generales al mando del EMUE. El general de división Jean Pierre Herreweghe, refiriéndose a la creación de este órgano y a las fuerzas previstas a partir de Colonia y Helsinki, apunta a algunos lugares comunes, ya conocidos (nótese que, llegados a este punto, ese es el problema):

Las misiones dadas a este objetivo final son de "no artículo 5", porque todo lo que pueda subsumirse en ese artículo —añade— es OTAN […] Están siempre basadas en una aportación voluntaria, esto quiere decir que son caso por caso. Esta es una gran diferencia entre la OTAN y la Unión Europea, es un menú a la carta, no hay estructuras fijas […] un país ofrece un cuartel general, un batallón, una brigada, pero no ofrece fuerzas, no oferta a la primera brigada mecanizada, tal y como se hace con la OTAN (Herreweghe, 2004: 153).

No es raro, entonces, que hasta ese ambicioso proyecto de 1999 acabe en brazos de la OTAN. No hay nada de lo que avergonzarse, pero tampoco ninguna novedad que celebrar. Siguiendo con las reflexiones del citado general:

Nos da la posibilidad de pedir al SACEUR[54] el cuartel general, para que sea nuestro jefe operativo y tener acceso al SHAPE[55] para que sea nuestro cuartel general operativo y, por supuesto, el SACEUR tiene que tratar sobre la asignación, la monitorización y la devolución de esos medios OTAN que serían usados por la UE (ibid.: 155).

En las conclusiones es adecuado recoger algunas de las proposiciones más relevantes del libro. Lo haremos, como en otras ocasiones, en forma de pregunta… ¿Se acuerdan de las tres D de Madeleine Albright? Y, especialmente, ¿de la no-Duplicidad? Pues en esas estamos. Es un modo interesante de gastar menos, pero está en las antípodas de las pretensiones de convertir a la UE en un actor internacional dotado de autonomía estratégica.

Todo lo cual nos lleva a pensar que, si la UE tiene alguna posibilidad de remontar el vuelo en temas de política exterior, seguridad y defensa comunes, eso solo puede venir de un impulso dado por la más pura necesidad. Y que esta, a su vez, tiene que ver con lo caro que es adquirir y mantener modernos sistemas de armas. Y todavía más de hacerlo contando con un número suficiente de sistemas de armas. Siendo así, la lógica lleva a generar economías de escala, de modo que los diversos Estados que integran la UE se vayan acostumbrando a compartir, en lo posible, el I + D + i de los proyectos más ambiciosos, así como la política de adquisiciones. Quizá, incluso, generando auténticos monopsonios. En ese sentido, la Agencia Europea de Armamentos, creada en el año 2004, tendría un interesante papel que jugar.

No es un proyecto muy ambicioso el que se basa, sobre todo, en un aspecto tan funcional y utilitario como el que ahora traemos a colación. Porque seguiría faltando lo esencial, que tiene que ver con unificar criterios en torno a una estrategia compartida, para comenzar a hablar de otras cosas. Mientras que una unificación de los sistemas de armas tampoco es garantía de nada más, aunque ayude (y mucho) si las demás cuestiones se solventan. Sin embargo, podemos tratar de agarrarnos a la Agencia Europea de Defensa (AED o EDA, por sus siglas en inglés, European Defence Agency), como quien lo hace a un clavo ardiendo, a falta de nada mejor. Pero, como quiera que vayamos a tener sorpresas hasta el final, ahora debemos enfrentarnos a alguna más.

Desde hace años, lustros, décadas, en Europa cada país ha optado por sus propios medios para satisfacer las necesidades de sus fuerzas armadas. La coordinación ha brillado por su ausencia en lo que respecta a las adquisiciones de sistemas de armas. El ejemplo más gráfico y recurrente es el de los carros de combate: ¿Alemania?, los

Leopard 1 y Leopard 2; ¿el Reino Unido?, el Chieftain y, luego, el Challenger; ¿Italia?, el Ariete[56]; ¿Francia?, del AMX-30 al Leclerc; ¿España? AMX-30, luego modelos de los EE UU, como el M60, y, finalmente, el Leopard 2; ¿Suecia?, el Stridsvagn 103. Si bien es cierto que en los últimos años ha habido un creciente interés por el Leopard 2 y, gracias a eso, el mercado europeo se ha ido unificando en torno a ese modelo de diseño alemán, está lejos de ser, estrictamente hablando, una suerte de "eurotanque". Pero es un posible camino para seguir, si el producto es bueno, como es el caso. Lo que está claro es que el Leopard 2 puede competir con éxito con cualquier otro modelo de carro de combate del mundo, incluido el no menos famoso M1 Abrams de la norteamericana General Dynamics.

Cosas similares se han repetido al hablar de fragatas, de submarinos o, sin salirnos de los ejércitos de tierra, con vehículos de combate de reconocimiento/caballería (el AMX-10 galo frente al Centauro italiano, los Fox, Scorpion y Scimitar británicos o el Luchs alemán, por no hablar del YPR-765 holandés que, derivando del TOA[57] estadounidense M113, acabó siendo algo más que un mero VCI[58]). El caso es que siempre ha sido una ardua tarea la que consiste en homologar sistemas de armas y establecer una política de adquisiciones que favorezca esa meta.

Para comprobar tal cosa con más detalle, es oportuno centrarnos, claro está, en algunos de los proyectos estelares para cualquier Estado. Estelares, decimos, tanto desde el punto de vista de las capacidades militares alcanzadas como desde la perspectiva de sus costos. Pensemos en los programas de adquisición de cazabombarderos. Hoy en día, varios Estados tienen en servicio un modelo de caza que es tan europeo que hasta su nombre recoge esa circunstancia: el Eurofighter. Sin embargo, cabe recapacitar sobre qué Estados están detrás de este programa, pues el consorcio que lo diseñó integra a Alemania, España, Reino Unido e Italia, a través de sus respectivas empresas aeronáuticas: Airbus, BAE Systems y Alenia. Esos países lo tienen en servicio y, además, también lo está en las fuerzas aéreas de Austria, además de en varios Estados árabes. No está mal, dirán algunos, remitiéndose al proyecto de construcción europea en general, o bien a que esto sea un buen punto de apoyo para una hipotética política exterior y de seguridad

común, o quizá hasta de defensa común.

Hay que ver, sin embargo, la otra cara de la moneda: Francia se quedó fuera. No obligada o excluida por el resto de los socios, sino porque quiso que así fuera. Desarrolló, adquirió, y exportó su propio modelo: el Dassault Rafale. Tampoco aquí fue fructífero el eje franco-alemán. Aunque a lo largo de este libro ya hemos tenido ocasión de ver que, más allá de los tópicos al uso, ese eje, o no existe, o es mucho más endeble de lo que nos suelen vender los políticos, y la prensa. Otro dato importante es que el consorcio encargado de crear el Eurofighter data de 1983. Esto es, casi una década antes de Maastricht y más de 20 años anterior a la creación de la Agencia Europea de Armamento.

Dicho con otras palabras: en realidad, no es que este tipo de colaboraciones se puedan dar, de todos modos, sin impulso institucional de la UE (lo cual es cierto), sino que, de hecho, se dan (se han dado) sin vinculación a instituciones de la UE. Del mismo modo que no es indispensable que un Estado sea miembro de la OTAN para que la OTAN (si lo tiene a bien) lo apoye. Y del mismo modo que, con toda seguridad, la crisis de los misiles de Cuba no nos condujo a la Tercera Guerra Mundial no porque existiera la ONU, sino por mor del equilibrio del terror basado, por aquel entonces, en la lógica de la destrucción mutua asegurada (MAD). Más claro, si cabe: hubo Segunda Guerra Mundial, pese a disponer de la Sociedad de Naciones; y no hubo Tercera Guerra Mundial, pese al papel, muy discreto y poco protagonista, de la ONU. Moraleja: si lo que se hace en el seno de la UE se puede hacer igual sin ella… entonces, no está tan claro que la UE se deba apuntar éxitos que no son suyos, aunque correlacionen en el tiempo y en el espacio. Y, con todo, lo de “éxitos” tiene que ponerse entre comillas cuando uno de los Estados llamados a liderar el proyecto, como es Francia, se descuelga del modo en el que lo hizo.

Por otro lado, aunque Austria compró este caza, otros Estados europeos, tras considerar la opción, optaron por descartarla. Pero, como quiera que necesitasen esos aviones, los terminaron adquiriendo no en Europa, sino en los EE UU. Fue el caso de Grecia, que finalmente optó por el F-16. De hecho, fue este aparato, al igual que está ocurriendo con su sucesor el F-35, el que triunfó entre los

Estados de la UE. Hasta el punto de que, hasta el momento, a la espera de lo que haga España, Noruega, Dinamarca, Países Bajos, Bélgica, Italia, Rumanía y Alemania ya han adquirido o firmado acuerdos relativos a futuras compras, lo que culminará con más de medio millar de F-35 en el continente, si sumamos los ejemplares británicos.

A esto se une, además, que siempre ha habido alguna alternativa europea. Y otra (otra diferente) francesa. Si seguimos con nuestra regresión y analizamos lo sucedido antes de que el Eurofighter estuviera a punto, observamos que ya en 1969 se creó un primer gran consorcio aeronáutico "europeo" con la mirada puesta en diseñar y producir un cazabombardero[59]: Panavia. Este consorcio, formado por Alemania, Reino Unido, e Italia, puso en el aire el Tornado. Francia, de nuevo, no quiso ser parte, pues en esa época apostaba por modelos nacionales como el Dassault Mirage III (ya en servicio) y el Mirage F-1 (coetáneo del Tornado). Por lo tanto, de nuevo, esto acontece sin ninguna noción de la seguridad y defensa europea; faltan Estados importantes y, sobre todo, no seduce a ningún otro Estado europeo, al margen de los tres directamente implicados en ese consorcio. No es de extrañar que el aparato que a la postre se llevase el gato al agua, como hemos dicho, fuese el F-16 estadounidense, que entró en servicio en Holanda, Bélgica, Dinamarca, Grecia (ya citada), Italia (que no se conformó con sus Tornado), Portugal, Polonia, Rumanía, Eslovaquia y Bulgaria (si bien en estos dos últimos casos se trata de adquisiciones muy recientes). ¿Y en España, qué hicimos? Tuvimos Mirage III y Mirage F-1, pero adquiridos antes de nuestro ingreso en la CEE. Así como, a modo de programa estrella para nuestro Ejército del Aire, F-18 de la estadounidense McDonnell Douglas —hoy Boeing—, a través del programa FACA (Futuro Avión de Caza y Ataque).

Estos son los antecedentes. En la actualidad, ya bajo lo nuevos augurios e impulsos dados al concepto de industria europea de la defensa, y con el factor de dinamización que pueda tener (o no) la Agencia Europea de Armamento, ya se está planteando el reemplazo de los Eurofighter. Es lógico que así sea, ya que el I+D necesario para desarrollos de tamaña enjundia es cosa de muchos millones de euros y de muchos años. ¿En qué deriva estamos ahora? Por una parte, tenemos sobre la mesa el programa FCAS (por sus siglas en

inglés, Futuro Sistema Aéreo de Combate), que debería ser el proyecto europeo por antonomasia. ¿Quién está ahí? Alemania, Francia ¡por fin! y España. En efecto, la francesa Dassault, tras no pocos dimes y diretes, ha entrado de lleno en el juego. Una magnífica noticia para la industria europea de defensa, si el acento lo ponemos en lo europeo. Sin embargo, hay un proyecto paralelo, liderado por el Reino Unido, a través de BAE Systems. Es decir, que entra Francia, pero se nos va el Reino Unido. Claro, ya no está en la UE. Ya. Pero la cuestión es: ¿a quién arrastra el Reino Unido? Nada menos que a Italia y a Suecia. Es decir, Italia, que no se ha ido de la UE (de momento) estaba integrada en Panavia y, luego, en el consorcio generador del Eurofighter, pero ahora que se supone que la UE tira del carro en este ámbito, ha cambiado de equipo. Suecia, por su parte, está entre los Estados que entraron en la UE en los años noventa del siglo XX, si bien ya hemos explicado sus suspicacias para con la PESC en el contexto del Tratado de Ámsterdam. Pues sí, en efecto, en Estocolmo han apostado por el Reino Unido. Tanto es así que su empresa Saab, de la que también hemos hablado con anterioridad, se ha integrado formalmente en BAE Systems. Suecia siempre ha dispuesto de sus propios modelos de cazabombardero, y el hecho de que se intenten lanzar programas europeos no les va a hacer cambiar de idea pues, como es lógico, priman sus intereses nacionales por encima del proyecto común.

Pero esto tampoco termina aquí. No, porque, aunque haya proyectos como el FCAS o el liderado por el Reino Unido de la mano de italianos y suecos, quien se va a llevar el premio, en forma de ventas millonarias, es, una vez más, EE UU. Lo hará, como hemos dicho anteriormente, a través de su F-35, de Lockheed Martin. Finlandia ya lo ha adquirido. También lo han hecho Dinamarca, Holanda, Polonia e Italia, mientras que Alemania (ojo al dato, pues en teoría lidera el proyecto FCAS) y Bélgica ya lo han encargado. España hará lo propio, aunque mientras escribo estas líneas todavía no ha confirmado ningún pedido. Es cuestión de (poco) tiempo, y hasta es posible que cuando este texto llegue a manos del lector, el contrato ya se haya formalizado. Chequia será la siguiente en formar parte del club, mientras que lo único que frena a Portugal es el coste y, aun así, es altamente probable que también se incline por este modelo. ¿Autonomía estratégica? No es imposible, pero sí mucho más complicada de gestionar, con tanta

dependencia de tecnologías ajenas a la UE.

En conclusión, estamos mucho más cerca del "más de lo mismo" que de dar pasos realmente decisivos en otra dirección. Eso sí, es presumible que, periódicamente, salgan líderes políticos occidentales, o destacados personajes de la burocracia de Bruselas, hablando sobre cómo ya estamos cerca de disponer de un "ejército europeo", o incluso asegurando que ya lo tenemos (sic). La realidad seguirá siendo otra pues sin voluntad, sin medios, sin capacidad industrial y sin homogeneizar las adquisiciones entre muchos otros aspectos, jamás podremos recorrer el camino que lleva a esa meta.

Una última reflexión, para terminar, ahora sí, sin perjuicio de las breves conclusiones finales. Es la siguiente: tampoco se puede pedir que los Estados de la UE compren productos europeos por el mero hecho de serlo. ¿Por qué no? Porque lo que se hace, cuando se detecta una necesidad, es evaluar las opciones que hay en el mercado, tomando posteriormente las decisiones en función de eso. Es importante, porque hablamos de cosas serias, como lo es disuadir al otro y, llegado el caso, si eso falla, de ir a la guerra. Entonces, el militar es el que se va a jugar su vida. Sirva como ejemplo lo ocurrido en su día en España, cuando el Ministerio de Defensa hubo de seleccionar un helicóptero utilitario para las FAMET[60]. Para nuestros profesionales, a los que les gusta guiarse por criterios técnicos, como es lógico, la opción más atractiva era el UH-60 Black Hawk, un modelo estadounidense probado en combate. La suma de sus características lo hacían deseable: envolvente de vuelo, capacidad de transporte y para portar armas, capacidad de supervivencia en combate, incluso con averías y/o tras sufrir el impacto de armas enemigas, etc. El elegido, no obstante, fue el AS-330/AS-332 Puma/Super Puma (y después, un derivado: el Cougar) de Aeroespatiale. Un producto europeo, aunque quizá habría que decir, simplemente, francés (que tampoco es lo mismo). No es un mal aparato, pero fue considerado como inferior en prestaciones, fiabilidad y capacidad al modelo estadounidense.

La reflexión subyacente es clara: quien adopta este tipo de decisiones no va a subirse a ninguno de esos aparatos en una situación de combate, quizá crítica. Por eso, hay que escuchar, de verdad, a quienes sí lo van a hacer. Más claro: para que la industria

“europea” de defensa sea la favorita de los que saben más de esto, solo tiene que hacer una cosa: diseñar y producir mejores sistemas de armas que sus homólogos del otro lado del Atlántico. Y, a poder ser, a mejor precio. ¿Que no es posible? Ya. Pues es parte del problema. Mientras no se dé esa circunstancia, es decir, mientras la industria europea de defensa no sea realmente competitiva, difícilmente ninguna fuerza armada del continente optará por productos europeos, pues es mucho lo que está en juego. Eso nos da una gran pista sobre por dónde debe comenzarse el proceso de integración europea en este ámbito…

## Capítulo 9

## REFLEXIONES FINALES Y CONCLUSIONES

El relato basado en la experiencia de las tentativas de creación de una política exterior y de seguridad común europea es desolador. Más, si cabe, si en la ecuación incorporamos también una hipotética defensa común. Las cosas pueden cambiar. Pero eso corresponde demostrarlo a quien defiende ese postulado. Y es necesario que no lo postule como un mero deseo, preñado de las buenas intenciones que sean. Lo que sabemos es que, a lo largo de las últimas décadas, Europa se ha debatido entre el atlantismo y los nacionalismos (Alonso Zaldívar, 1996: 25). Europeísmo, poco, fuera de la propia burocracia de Bruselas y sin perjuicio de asumir que esta constituye un poderoso lobby internacional.

Una segunda constatación es importante. Una alianza defensiva, según Walt, se construye para contrapesar a un enemigo común. Forma parte de su definición, porque forma parte de su razón de ser. Pero, cuando este estaba claro, en plena Guerra Fría (la URSS), en Europa dominó el atlantismo, con mucha diferencia, y apenas con la excepción de Francia. Después de eso (el adverbio es importante para nuestro relato), se inicia la tímida construcción de una identidad europea de seguridad y, quizá (solo quizá), de defensa, con diversos nombres, comenzando por el de PESC.

Vamos a lo mollar del asunto: el Tratado de Maastricht data de 1992, tres años después de la caída del muro de Berlín y uno después de la implosión de la URSS. Es decir, Europa se atreve a dar un paso adelante en este tema… solamente después de haberse quedado sin enemigo. ¿Es antinatural? Como mínimo, es atípico. Eso es lo que planteamos a partir de los marcos teóricos al uso: algo no encaja en el puzle. ¿La UE solamente se atreve a dar pasos hacia adelante cuando detecta que no hay grandes problemas? Teóricamente, eso tiene la ventaja derivada de la escasa exigencia de esos escenarios. Pero su inconveniente es que, si así es, se tratará de alianzas menos sólidas, pues su solidez será inversamente proporcional a la debilidad y/o a la indefinición del enemigo común. El problema es que, ahora sí, Europa parece querer ser algo más y que esto sucede precisamente cuando volvemos a ver las

orejas al lobo, o más bien, al tratarse de Rusia, al oso. ¿Es la situación natural que favorece la creación de alianzas, según Walt? Lo es. Esta sí: es el modus operandi que ha funcionado con éxito a lo largo de la historia, pues no se trata de aportar opiniones, sino de aportar teorías, avaladas por la experiencia empírica. Siendo así, ¿dónde está el problema?

En que se trata, por lo que acabamos de decir, de una situación completamente nueva para la UE. No hay precedente. O, al menos, no hay ningún precedente funcional que haya sido exitoso. O, simplemente, esperanzador. Porque el camino iniciado en Maastricht se hizo contra… nadie. Eso es muy europeo y perfectamente compatible con el wishful thinking que, lamentablemente, preside el discurso de las elites del Viejo Continente. Pero hemos comprobado que no sirvió de mucho. A lo sumo, el precedente más parecido a la situación actual hay que buscarlo más atrás, llevando la regresión hasta los albores del debate acerca de una "Europa de la defensa", a partir de los años cincuenta del siglo XX. Pero, en este caso, el precedente, cuando había un enemigo contrastado que enseñaba sus orejas, no es otro que el de la sucesiva delegación de funciones de la UO (en 1950), de la UEO (en 1957) y de la propia UE (en 1997) en beneficio de la OTAN. Lo hemos demostrado hasta la saciedad. Y eso que, en 1997, en el contexto de las Declaraciones Petersberg, el enemigo ya no era tan sólido (la URSS ya había implosionado), sino que quedaba reducido al fantasma de los Estado fallidos y de las guerras civiles, que podían aparecer por doquier, generando la consiguiente inestabilidad. Ni siquiera entonces hubo manera.

En resumen, cuando había un enemigo sólido (conditio sine qua non para establecer una alianza defensiva, según Stephen Walt), "Europa" (UO, UEO) siempre delegó en la OTAN; cuando ese enemigo (la URSS) implosiona, entonces sí, se avanza, mal que bien, hacia una PESC. Pero, como el incentivo es menos fuerte, la PESC tiene una vida poco intensa y, a las primeras de cambio, la UE vuelve a delegar en la OTAN. No es un gran bagaje. Ahora, la UE vuelve a plantearse una defensa común, autónoma con respecto a la OTAN y, sobre todo, respecto a los EE UU. Pero… con un enemigo fuerte (Rusia) como premisa, ¿podrá llevar el buque a buen puerto?

La historia dice que acabará delegando en la OTAN si sigue por esa senda. Y no solo porque así lo quieran los EE UU, sino también (sobre todo) porque así lo quieren muchos Estados europeos, poco dispuestos a dejar la disuasión que necesitan en manos de la UE, pudiendo elegir. No es ajeno a ello el estado en el que se hallan las relaciones establecidas entre los diferentes Estados miembros. No existe un liderazgo claro; se mantienen muchos recelos, mientras quienes componen el Grupo de Visegrado ya refuerzan su atlantismo; Alemania no convence a nadie, Hungría se desmarca del resto, Francia sigue siendo un verso libre, Italia se parece cada vez más a Hungría, en todos los sentidos, y España se suma a la mayoría, diga lo que diga esta. Pero tampoco es ajeno al problema planteado el hecho de que las sociedades europeas están lejos de disponerse a sufragar los costes de una hipotética autonomía estratégica. No se puede querer una cosa y la contraria. De modo que eso, que también es muy europeo, viene constituyendo un lastre añadido, que no existe en los EE UU y que promete, más bien, la prolongación del tipo de dependencia respecto a Washington de la que ya hemos tomado buena nota cuando hemos aludido al pasado reciente de la seguridad europea.

Eso no significa que la dependencia de la estrategia definida por Washington, que sí la tiene, equivocada o no, vaya a traer pingües beneficios para la UE o para sus miembros. En realidad, y a título de ejemplo, la decisión de la OTAN de poner en su punto de mira a China, además de a Rusia, puede dañar las expectativas de bastantes socios europeos que, de un modo más o menos formal, ya están integrados en la Ruta de la Seda. Todo ello sin que, en caso de que eso se venga abajo, se atisbe la posibilidad de que las inversiones estadounidenses puedan llegar a reemplazar a las chinas. Eso es una realidad que, desde un punto de vista teórico, podría servir de base para que, desde Europa, se marque una agenda distinta y, por momentos, hasta distante, de la marcada por la Casa Blanca. Podría, podría, podría… siempre en condicional, por los motivos expuestos a lo largo de este libro. También se podría acabar con el hambre en el mundo el año que viene (yo me apunto a eso). Pero todos sabemos que no será así.

El hecho cierto es que el pasado, no tan lejano, de las instituciones europeas nos advierte de la escasa credibilidad de la UE como

¿actor? estratégico, así como de su incapacidad para disuadir a nadie por sí misma. No menos que de la conciencia de esas carencias por parte de la mayoría de sus Estado miembros. La pregunta pertinente es muy sencilla, además de ser casi retórica… si usted fuera polaco, lituano o húngaro, ¿en quién confiaría su defensa: en la UE o en la OTAN? Es más, si tuviera que pagar algún peaje por ello —cosa que siempre ocurre, no nos engañemos—, ¿a quién prefiere pagarlo: a Washington o a Berlín? Y si fuéramos suecos o finlandeses, ¿cambiaría el veredicto? Difícilmente.

No es un tema menor. Y lo peor es que, en círculos expertos, tenemos claro que Alemania, militarmente hablando, ha perdido muchos enteros en los últimos lustros. Pese a mantener sus presupuestos de defensa a niveles interesantes, hasta el punto de igualar a los del Reino Unido y Francia, que tradicionalmente iban por delante, la desidia, la falta de una estrategia nacional bien definida y, probablemente, la inercia generada al depender tanto, durante tanto tiempo, de lo que aporten los EE UU, han provocado un deterioro de sus fuerzas armadas que llega a ser preocupante. No hay más que atender al diagnóstico del general Harat Kujat, que ha sido nada menos que inspector general de la Bundeswehr y presidente del Comité Militar de la OTAN. Pues bien, en una entrevista fechada el 18 de enero de 2023, Kujat alude al "debilitamiento" de la Bundeswehr, provocado por una "vergonzosa falta de previsión política de seguridad y de juicio estratégico en nuestro país", así como a que eso ha generado un efecto colateral tan importante como el hecho en sí, a saber: una "pérdida de reputación" de Alemania. Mala tendencia, cuando están en juego hipotéticos liderazgos en el seno de la UE[61].

Eso no significa que la UE sea irrelevante en el escenario internacional. Es un actor económico muy poderoso, en todos los sentidos, no siendo el menor la capacidad de financiación que ostenta. Asimismo, aunque bastante relacionado con lo anterior, no podemos obviar sus aportaciones al presupuesto de la ONU o a la AOD (Ayuda Oficial al Desarrollo), en ambos casos por encima de las aportaciones de los EE UU. Ni el éxito del Festival de Eurovisión, al que se ha incorporado hasta Australia, en una clara derivada huntingtoniana, pues Huntington siempre tuvo claro que esa isla-continente es parte de la civilización occidental. Y no se trata de

datos coyunturales, sino de tomar en consideración trayectorias de largo recorrido (Missiroli, 2003: 79). La UE tiene un papel que jugar en el mundo. Lo que en este libro ha sido puesto en tela de juicio no es eso, sino que ese papel incluya (o que pueda llegar a hacerlo en un futuro próximo) la capacidad de convertirse en un actor dotado de autonomía estratégica, a partir del varias veces comenzado, pero todavía inacabado, proyecto de definir una política exterior y de seguridad común.

¿Por qué es tan importante clarificar esto? Aquí nos vemos obligados a ser lapidarios: porque no hay nada peor, en el ámbito de las relaciones internacionales, que crear expectativas falsas. Las percepciones tienen su peso. Pero si no se corresponden con la realidad, generan diagnósticos incorrectos que, al final, ponen en peligro la seguridad internacional, en vez de fortalecerla. Si la UE asume un reto para el que no está preparada, los Estados que la componen quedarán a la intemperie. Sin embargo, como quiera que muchos de ellos lo saben, son los primeros incrédulos. Y aquí es donde entran en juego los EE UU. No porque todo lo hagan bien, pues, notoriamente, no es el caso. Sino porque, al menos, hacen: se comportan —ellos sí— como un actor estratégico recognoscible y, hasta cierto punto, previsible. Todo lo cual es una condición no suficiente, pero sí necesaria, para favorecer la seguridad internacional. Mientras tanto, la UE está muy lejos de actuar como un macro-Estado. Pero no se trata de ningún castigo divino, por más que su trayectoria sea una mezcla de K (en referencia al personaje de Kafka) y de Sísifo. Es el resultado de lo que desean (y de lo que no desean) sus propios miembros: Estados y sociedades, hasta donde sabemos. Lo demás son especulaciones.

Si alguna vez se avanza un poco más en la política exterior y de seguridad (y quizá de defensa) común no será, a buen seguro, contra libros como este, sino, muy al contrario, asumiendo el tipo de problemas de los que hemos hablado, para de ese modo poder lidiar con ellos.

## EPÍLOGO

Decía Aristóteles que la ciencia es el modo de conocimiento que trata de identificar las causas de los efectos. Dicho con otras palabras, nosotros observamos tales efectos (si se quiere, la fenomenología de las cosas) en cada momento. Pero el reto reside en hacer una regresión, no necesariamente regida por el cuantitativismo, para saber las razones por las cuales debemos convivir con esa realidad y no con otras alternativas. En lenguaje médico, sería el equivalente a descubrir qué provoca los síntomas de una enfermedad. En efecto, el estagirita planteaba que esta es la quintaesencia de la ciencia. Y eso es, fundamentalmente, lo que hemos hecho en el cuerpo principal del libro.

Dicho lo cual, en este último bloque argumental del libro el objetivo será diferente. Una vez hecho el diagnóstico a partir de los capítulos previos, tenemos la obligación, dentro de nuestras limitaciones, de llevar a cabo una aproximación a la realidad de corte más terapéutico. Algo que, en lenguaje académico, que es el propio de nuestra disciplina —la ciencia política—, podría ser definido como un ejercicio de policy making.

Con todo, y fiel al espíritu que rige el libro, tomado en su conjunto, ni siquiera esto va a ser compatible con los cuentos de hadas a los que nos tienen acostumbrados muchos defensores de la UE. Defenderla es legítimo; hacerlo a través de argumentos más propios de una película de Walt Disney que de una mente racional, no lo es. Porque, en el mejor de los casos, no es útil y, en el peor, tiene contraindicaciones, en forma de desencantos y frustraciones. Es con este espíritu, constructivo, que no utópico, con el que plantearemos nuestras reflexiones sobre lo que de verdad podría hacerse si se pretende progresar en el arduo camino de la defensa europea.

Así las cosas, ¿qué hacer para que la UE mejore sus prestaciones, en la dirección pretendida por sus actuales dirigentes? Hay dos caminos para progresar en esa dirección. Son diferentes, aunque

pueden ser convergentes. En todo caso, su naturaleza es diversa. Por una parte, tenemos una vía política. Y, por otra parte, un factor de carácter estructural que conecta, de hecho, con el funcionalismo que caracterizó las pretensiones de los fundadores de la CEE, pero esta vez adaptado al tema que nos ocupa, vinculado a la seguridad y la defensa comunes. La ventaja de esta segunda vía es que no requiere de la voluntad de los Estados, al menos para desencadenarla (sí, más tarde, para exprimir sus posibilidades); el inconveniente de la primera es que depende en demasía de dicha voluntad.

**Herramientas políticas**

Aun así, o precisamente por ello, comenzaremos por esa primera vía. Para que se entienda sin rodeos, operaremos a sensu contrario, mediante una comparación. ¿Qué hacía la UE, antes CEE, cuando un nuevo candidato aspiraba a ingresar en la organización? Someterlo a una suerte de examen, que tenía que ver con criterios de convergencia económica marcados desde esa organización internacional.

Claro, porque ese era el espíritu de esta institución: sobre todo, una coalición de Estados unidos por criterios económicos y comerciales. En cambio, nada se exigía en materia de seguridad y defensa. Claro. Porque, se diga lo que se diga, tal como ha quedado claro en los capítulos precedentes, ese no era el espíritu que regía la creación del nuevo ente. Sin embargo, ahora se pretende transformarla en lo que no era, para lo que habrá que hacer los deberes correspondientes. El problema es doble. Uno ya ha sido ampliamente comentado a lo largo del libro: las agendas de seguridad de los diversos Estados son variopintas, como lo son sus políticas exteriores, sus imperativos geopolíticos, sus mentalidades y sus historias respectivas. El otro tiene que ver con que esos Estados, a los que ahora se les debería pedir (o exigir) ese tipo de esfuerzo… ya están dentro.

En todo caso, para ser un actor estratégico y disponer de una brújula propia (las cursivas son intencionadas, para llamar la atención del lector) que dote a la UE de autonomía estratégica, es evidente que se debe partir de una auditoría de seguridad internacional previa, con la mirada puesta en determinar qué consensos existen y qué otros quizá todavía no existan, pero pueden ser, verosímilmente, alcanzables. Aunque habrá algunos consensos improbables. En todo caso, aun así, mejor será tener claras las líneas rojas de cada cual antes de estrellarnos ante la cruel realidad.

Nótese que la convergencia a la que apelamos es algo diferente de

equiparar gastos en defensa (o, mejor dicho, esfuerzos en el gasto en defensa, en términos porcentuales sobre los diversos PIB). Eso tiene que quedar diáfanamente claro. Es decir, en un primer momento (que es el más importante) no se trata tanto de qué porcentaje del PIB destina cada uno a defensa. El primer debate tiene que ser de índole conceptual. Siempre. No hay otra opción. Luego, solamente después de eso, se puede entrar en la cuestión del gasto necesario (en defensa) y de su reparto entre los miembros. Eso también es relevante, y ahí también se pueden exigir convergencias. Ahora bien, se trata de dejar de poner el carro delante de los bueyes y de empezar a construir la casa común, por ende, a partir de sus cimientos, no de su tejado.

¿Tan difícil es? Sí, muy difícil. En otro caso, ya se habría hecho. Y es que no vale con pedirle (o exigirle) a cada Estado que redacte un "libro blanco". Eso no sirve para nada. Es más, al ser tan sencillo, e inocuo, si esa fuese la "orden", al cabo de unos meses todos los miembros entregarían el suyo. Borrell (o quien ocupase en ese momento el puesto de alto representante) diría que se ha alcanzado un hito, y los periodistas de turno, como podrían confirmar la cita, se lo creerían y lo divulgarían, aduciendo que ya tenemos una defensa común. Todo falso, por supuesto. No habría cambiado nada de nada.

No. No se trata de producir en serie "libros blancos de la defensa" que compartan la introducción, las más de las veces a modo de cláusulas de estilo, de algunas vaguedades, como la apuesta por el Estado de derecho, la promoción de los derechos humanos y la integridad territorial de los Estados. Eso es demasiado cómodo, demasiado insuficiente y hasta contraproducente si de verdad se quiere avanzar hacia una defensa común, o hacia eso de la actoría y la autonomía estratégica que, como es muy largo de escribir, a partir de hora resumiremos recurriendo al acrónimo A2E.

Aquí de lo que se trata es de observar qué entiende cada Estado por riesgo o amenaza, tanto a nivel de actores que la contengan o estimulen, como desde el punto de vista geográfico. Esa es la clave. ¿Qué dirá, razonablemente —desde su atalaya histórica y geográfica —, un sueco de las amenazas generadas desde el Sahel? Pero lo mismo puede pasar si se le pregunta a un griego o a un húngaro —y

quizá también a un rumano o a un búlgaro— acerca de la amenaza rusa. Y en España estamos en medio de unos y de otros. ¿Seríamos capaces de ponernos de acuerdo? Difícilmente a pesar de intentos como la "Brújula Estratégica". En todo caso, ese es el reto. Lo que hemos visto hasta ahora es que algunos de los Estados bálticos de la UE, a cuya defensa más está contribuyendo España, se pusieron del lado del independentismo catalán en octubre de 2017. Todo ello, al margen de cuál sea la condena que merezcan los políticos independentistas culpables de ese desaguisado, cuando está y estaba fuera de toda duda que los independentistas reventaron el Estado de derecho, yendo en contra de la Constitución de un Estado democrático, así como —para más inri— en contra de su propio estatuto de autonomía a partir de unas mayorías que, de acuerdo con ese mismo estatuto, no servirían ni siquiera para afrontar su reforma. Sea como fuere, y como decíamos, los Estados bálticos, miembros de la UE, optaron por apoyar al independentismo catalán sin ni siquiera hacer el intento de enterarse de lo que sucedía en España. Si no se es capaz de alcanzar algunos consensos mínimos al respecto entre Estados miembros, ¿qué sentido tiene una seguridad común? ¿Qué sentido tiene que España aporte vehículos blindados y cazabombarderos para garantizar la seguridad de "socios" que se comportan como enemigos?

Para que eso sea posible, teniendo en cuenta la reflexión con la que termina el párrafo anterior, lo adecuado sería no dejar en manos de los Estados miembros esa convergencia, desde el primer momento, ya que podría partirse de un escenario imposible de gestionar. Por ese motivo, lo pertinente sería hacer ese esfuerzo desde la propia UE para, a partir de esa premisa, pedir a los Estados que acepten (o no) y, si es que no, argumenten sus razones e indiquen la distancia que los separa de la propuesta inicial.

¿Riesgos? Dos. A saber: por un lado, la UE no existe; es decir, que no es un ente totalmente independiente de los Estados, por lo que habrá sospechas razonables en función de qué miembros lleven el peso de la ponencia inicial. Por otro lado, no hay que presuponer que se alcancen muchos consensos, ni que se generen en las primeras rondas. Este tipo de procedimientos también pueden sacar a la luz nuevas discrepancias que, en el día a día, pasan desapercibidas. Nótese bien: si llamamos a la cirugía para resolver un

problema, la operación puede salir bien o puede implicar ciertos riesgos, como hemorragias e infecciones. Iniciar una dinámica de este tipo en la UE puede contribuir a que haya hemorragias (¿más brexits?) y/o infecciones (¿más disensiones internas sobre premisas ideológicas, capaces de condicionar lo que se pretendía lograr?). Por eso no es fácil, como hemos apuntado unas líneas más atrás. Sin embargo, si no se hace algo similar a lo que planteamos, el futuro de una hipotética A2E es muy tenebroso. No pasará por el quirófano, pero morirá lentamente. O, como de hecho todavía no ha nacido, digamos que el nasciturus sufrirá un aborto y morirá a raíz del mismo.

Nos podrán contar que ha habido grandes avances, sin que sea verdad. Podrán decir, una vez más, que ya tenemos un "ejército" europeo, aunque solo exista sobre el papel. O que la UE ya es un actor estratégico, y demás, aunque vecinos como Rusia sigan sin considerar a los Veintisiete como un interlocutor válido, dadas sus limitaciones militares. O, incluso, podrán asegurar que hay unanimidad respecto de todas esas mentiras (en referencia a la unanimidad).

Esto es importante, pues últimamente la UE se está especializando en crear realidades virtuales, que no existen más allá de lo que se conoce como EU bubble[62], como cuando aseguran que la respuesta a la guerra de Ucrania es unánime (sic). En realidad, basta con ver el ejemplo de Hungría, que ya hemos tratado en capítulos anteriores —por lo que no insistiremos nuevamente en los detalles—, para ver que no es así. Lo mismo sucede con todo lo demás. Dicho esto, cuando hay alguna disidencia, en el mejor de los casos a ese Estado se le castiga, negándole el acceso a fondos europeos. Una forma de actuar que no es indicio de fortaleza, sino de debilidad argumental y de falta de auctoritas. Además, los Estados donantes pueden cansarse de esa situación, máxime si, a la postre, las políticas que la UE trata de impulsar mediante ese chantaje económico no son de su agrado. Porque, si bien es cierto que la UE puede coaccionar a sus miembros, negándoles ayudas de todo tipo (de hecho, es la práctica habitual), el caso húngaro pone de relieve que eso, a la larga, es una fuente de antipatías hacia Bruselas, además de que, a la corta, tampoco funciona en todos los casos.

Pensemos ahora en el caso de Polonia. Ahí se cuestionaba que rigieran las reglas del Estado de derecho, hasta que el gobierno de Varsovia "se ha portado bien" (extraordinariamente bien, según el criterio de la actual dirigencia europea) en referencia a su actuación respecto de la guerra de Ucrania. Y, desde que esto es así, se ha corrido un tupido velo al respecto de esos posibles flecos. ¿Y qué decir de la propia Ucrania, esta vez como candidata al ingreso en la UE? ¿Es un Estado de derecho? Por supuesto que no lo es: persecución de las minorías rusa, húngara y rumana; ausencia de libertad de prensa; la presencia de escaños vaciados en su Parlamento; casos flagrantes de corrupción al más alto nivel que quedan totalmente impunes y no requieren ni siquiera destituciones y/o dimisiones. En definitiva: un escándalo. Pero a la UE le da igual; si Ucrania se "porta bien", claro. Curiosamente, hay quienes arguyen que eso es realismo. Sin embargo, eso no es verdad: es puro cinismo. No podemos trivializar de ese modo a una de las escuelas de mayor recorrido en el ámbito de las relaciones internacionales. El realismo es una teoría (o, mejor dicho, un conjunto de teorías) seria(s), que nada tiene(n) que ver con este tipo de juegos macarrónicos. En definitiva, hemos de evitar siempre que sea posible una UE sin consensos internos sólidos y que, como consecuencia, se vea obligada a perseguir a algunos de sus Estados miembros, amenazándoles con multas o con negarles el acceso a paquetes económicos, mientras que otros pueden cometer las atrocidades que sea, impunemente.

Pensemos en todo el tema del Qatargate, que es relevante a nuestros efectos, ya que afecta directamente a la política exterior de la UE. Después de un escándalo inicial sin duda fundado y un buen número de titulares, ha quedado rápidamente tapado y olvidado. No obstante, si se ha producido es, entre otras cosas, porque el lobbismo en el seno de la UE, a diferencia de lo que sucede en los EE UU (grupos de presión existen en todas partes, y no es eso lo que aquí se discute), es poco o nada transparente. Las sospechas relativas a sobornos deberían ser objeto de investigación, incluso en sede judicial. Dicho lo cual, valga una metáfora: un equipo de fútbol puede recibir dinero, ilícitamente, para ganar un partido o para perderlo. En el caso de la UE, y tomando Qatar como referente, parece que, encima (para colmo de males, si esto de la ética es importante para la UE), sea para perder. Ya que es, como

poco, discutible que el resultado pergeñado (y a veces alcanzado) a partir de este tipo de influencias e injerencias sea compatible con los valores que dice defender la propia UE de cara a la galería.

Decimos que el Qatargate —como expresión de algunos de los males perennes de la UE— es relevante para lo que aquí nos interesa, porque a los Veintisiete les conviene hacer bien el trabajo dentro de casa, y limpiar mucho (y difícilmente lo visto en Ucrania ayudará nada en esa labor), antes de pretender ser alguien en el mundo. La UE no es un dechado de virtudes. Y, cuando algo no encaja, mira con lupa a Polonia y Hungría (faltaría más), pero tolera que ese lobbismo se lleve por delante los valores y las reglas en las que esta organización dice basar sus quehaceres en otros casos y lares, desde Ucrania a Qatar. Un tema importante que afecta a la credibilidad exterior e interior y que es un arma poderosa en manos de sus detractores.

El lobby del Kremlin, sin ir más lejos, propició un incremento de la dependencia europea del gas natural, que pasó del 20% a casi el 40% desde la exitosa incorporación de Crimea a Rusia (2014) hasta el inicio de la guerra de Ucrania (2022). Concretamente, según las cifras oficiales manejadas por think tanks de la UE, en el momento de comenzar la guerra de Ucrania, los países de la UE obtenían de Rusia el 38% del total del gas natural que importaban (Buchholtz, Maciazek y Zygmunt, 2023: 3). Luego, claro está, llegó la guerra, llegaron las sanciones y llegó la subsiguiente búsqueda de alternativas, a vuelapluma, trastocando todos los planes anteriores y convirtiéndolos, de repente, en algo sumamente incómodo para los Veintisiete… ¿Y cuál es la solución ofrecida por la UE? Qatar. Ese Estado cuyas líneas aéreas garantizan que se pueda seguir viajando desde Moscú a las capitales europeas más importantes vía Turquía. Ese gran referente de los derechos humanos y de los derechos que pregona la UE. A Qatar sí se le puede (o hasta se le debe) comprar gas natural. ¡Viva la democracia! Esa apuesta por Qatar está reflejada, de modo reiterado, en documentos oficiales, como el reciente REPowerEU de la Comisión Europea[63]. Por lo demás, en este plan se advierte que, de aquí al 2027, esta reconducción de la política energética implicará unas inversiones adicionales de unos 210.000 millones de euros.

Más allá de Qatar, la anterior dependencia respecto de los hidrocarburos rusos ha obligado a la UE a buscar otras alternativas, por lo que también se deberán incrementar las importaciones de gas natural licuado (GNL) procedentes de los EE UU y de Canadá… ¡magnífica noticia para una autonomía estratégica que se predica, precisamente, respecto del otro lado del Atlántico! De acuerdo con los datos que maneja la Comisión Europea, las importaciones de GNL procedentes de los EE UU alcanzaron un máximo histórico en abril de 2022, aunque la tendencia general sigue siendo alcista[64]. Pero los EE UU no disponen de GNL suficiente para sostener la demanda europea. Igual que terminamos comprando gasolina y gasóleo refinados en India, después de que este país haya comprado el crudo a Rusia (sic), es probable que parte del GNL que llegue de los EE UU sea el que Australia ha dejado de vender a China, porque China lo compra en mayores cantidades y más barato de Rusia, pagando —por cierto— como India, en rublos. Estos actores importantes simplemente "pasan" de lo que les diga la UE. ¿Qué esto debería cambiar? Difícilmente, si las actuales elites europeas siguen pensando como si fuesen estudiantes de bachillerato.

Pero ese es, precisamente, el quid de la cuestión. Cada Estado es consciente de lo mucho que está en juego. Porque lo está su relación con China, además de con Rusia, y sin perjuicio de que la guerra de Ucrania sí haya contribuido a solidificar la relación entre esos dos gigantes. Entonces, ¿aceptaría Alemania reducir sus expectativas comerciales con China? Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando el mercado europeo se le ha quedado pequeño, pero —eso sí— Europa le pide que acuda al rescate en todas las crisis? Ahora bien, si así obrare Alemania, ¿aceptarían los EE UU ese papel de Alemania, toda vez que el gran rival geopolítico de Washington es China? Sí, lo aceptaría, pero solo porque no tienen otra opción. Pero lo aceptaría de muy mala gana. Sigamos… ¿Qué problema hay si, al fin y al cabo, la UE pregona su A2E respecto de los EE UU? Pues que la guerra comercial, ya abierta, de los EE UU contra la UE iría a más, dañando los legítimos intereses de sendos Estados europeos, que no son Alemania, y que no desean estar a mal ni con la Casa Blanca ni con el Pentágono, no sea que, tras tanto debate, la cultura política europea sea, sin embargo, incapaz de asumir los costes en vidas humanas de futuras guerras y, de momento, incapaz de asumir el discurso de una disuasión creíble,

con su consiguiente gasto en defensa, para evitar esas guerras. Porque lo que es evidente es que quien aspira a la A2E no puede conformarse, ni por hipótesis, con ser siempre el promotor de proxy wars[65], como la de Ucrania. No siempre se puede tirar la piedra y esconder la mano.

En verdad, de paso, tampoco estaría de más, visto lo visto, disponer de fuerzas propias de disuasión nuclear. Cosa muy alejada de la realidad, hoy por hoy. A no ser que pensemos que Francia pondrá las suyas (relativamente modestas, por otra parte) a disposición de Bruselas, gratia et amore, y en función de lo que decida la UE (sic). ¡Cuánto daño han hecho los cuentos de hadas! ¿Qué lecturas de cabecera tienen los líderes europeos? ¿En qué mundo viven? Sabemos que Europa se parece a Venus, mientras que los EE UU se parecen más a Marte. Eso dijo, precisamente en estos términos, Robert Kagan, hace ahora algo más de 20 años (Kagan, 2002). Las cosas no han cambiado tanto, pese al esfuerzo europeo por ayudar a Ucrania mientras la presunta disuasión de la UE no existe ni, por el momento, la espera nadie. Es posible incluso que Robert Kagan se quedase corto, pues Europa no es de Venus, sino de Hímero. Sea como fuere, en Europa se han leído La paz perpetua de Kant, pero solo eso, pues ese mismo Kant decía también, aunque en otra obra, que no hay madera más torcida que la madera de la que está hecho el ser humano (Kant, 2010). Esa obra, las Ideas para una historia universal desde el punto de vista cosmopolita, fue escrita 11 años antes que La paz perpetua y, por lo tanto, es muy posible que Kant pensase posteriormente que sus lectores ya habrían asumido ese mensaje. Sin embargo, ni siquiera hoy, casi 140 años después, parecen haberlo hecho.

Volviendo sobre la UE y las diferencias entre sus Estados miembros, nótese, a tenor de todo lo dicho, que no es solamente cuestión de "Sahel/Magreb y/o Báltico/Escandinavia". Aunque ni en eso sea fácil el acuerdo, siempre se podría poner la conjunción copulativa en medio y salvar el expediente, cruzando los dedos para que nunca pase nada. Pero todo es más complejo en un mundo en el que operan potencias como Estados Unidos, Rusia, China o India y no basta con seguir como hasta ahora.

Volvamos a recuperar el hilo del caso de los hidrocarburos y de

Qatar, un país que no es precisamente un Estado liberal-democrático de derecho. Sin embargo, si cumple unos mínimos, aunque no reconozca los derechos LGTBI o no tenga prensa libre, que es lo que realmente requiere la democracia según Robert Dahl, la UE es capaz de transigir sin sonrojarse. Algo similar sucede con otro de los llamados a sacar las castañas del fuego a la UE en materia energética: Azerbaiyán, aliado natural de Turquía, otro Estado acusado de no ser lo suficientemente escrupulosa con la defensa de ciertos derechos, y que tanto bien le está haciendo a Putin en el marco de la guerra de Ucrania, pese a ser un Estado miembro de la OTAN y con la eterna aspiración de entrar en el club europeo… El listado es largo y lleno de casos comparables a estos, cuando no peores.

En este punto de la discusión cabe hacer dos recomendaciones adicionales a la UE. La primera, que sea más coherente o que, si por motivos de corte geopolítico, no lo es (o, incluso, no lo puede ser), que explique las cosas antes de ponerse a pecar de hipócrita. La segunda, que no saque tanta punta de las medias verdades, o directamente falsedades, acerca de sus progresos en materia de seguridad y defensa comunes. Es decir, que sea consciente de que si se elevan las expectativas de forma infundada, la consecuencia es (inevitablemente) la frustración. Ha sucedido una y otra vez a lo largo de los últimos lustros. Pero la UE no aprende. Las elites europeas se encierran en sus búnkeres, se autoconvencen de esas medias verdades y lo divulgan a la prensa amiga. El eterno retorno de lo mismo en una historia de la construcción de la seguridad y la defensa europea que no es sino una hibridación entre el cuento “de la lechera” y el de “Pedro y el lobo”.

**Dinámicas estructurales**

Entonces, también hemos dicho que existe una segunda vía, diferente, pero en su caso convergente, que puede contribuir a la integración europea en materia de seguridad y defensa, y que no depende de la percepción ni de la voluntad de sus Estados miembros, por ser de carácter estructural. Se trata de la necesidad de dotarse de nuevos sistemas de armas, cada vez más caros de obtener. Caros, porque requieren de un importante I + D, luego de unos costes de producción también elevados y, finalmente, de un mantenimiento igual de oneroso. Un cazabombardero moderno puede costar entre 100 y 200 millones de euros, a lo que habría que sumar el armamento. Pero su mantenimiento anual puede costar entre 3 y 6 millones más, a multiplicar por los 30 años de vida de esa célula, y sin contar con los costes de un más que probable update a mitad de vida o el coste de cada hora de vuelo, equivalente a varios miles de euros que pueden elevarse a decenas de miles en función del modelo.

Entonces, ¿cuál es el problema… que, paradójicamente, puede llegar a ser parte de la solución? Muy sencillo: será cada vez más complicado (por caro) que cada Estado asuma todos los gastos derivados cada vez que necesite adquirir un nuevo carro de combate (entre 6 y 15 millones de euros por cada uno), una nueva fragata (entre 300 y 1.000 millones de euros), un nuevo submarino, aunque sea convencional (entre 400 y 600 millones), o uno de esos nuevos cazabombarderos. Asumiendo, además, que no tiene el menor sentido, ni militar ni logístico, adquirir unos pocos ejemplares de cada uno (excepción hecha de las fragatas y de los submarinos, que, en todo caso, tampoco se suelen adquirir por unidades, aunque sí en paquetes más reducidos, de entre entre cuatro y ocho buques en el caso de los Estados europeos). El problema de que cada Estado avance por una senda individualista es que eso lo condene a disponer de unas microfuerzas armadas que, además, apenas sean interoperables con las de sus aliados. De

modo que ni por esa vía se pueda resolver el entuerto en caso de dificultad. Siendo esto así, lo lógico, es decir, lo racional, es que diversos Estados miembros de la UE cooperen en los mismos proyectos, para reducir costes gracias a las economías de escala, mejorar la logística integrada y fomentar la interoperatividad de sus respectivas fuerzas armadas en el campo de batalla, si llega el caso.

Además, se da la circunstancia de que la UE ya dispone de un organismo que está llamado a aprovechar esas sinergias, digamos, estructurales para sacarles el máximo provecho. Se trata de la Agencia Europea de Defensa (AED o EDA, por sus siglas en inglés). Lo que ocurre es que, pese a esa tendencia subyacente, ya expuesta, cada vez que es necesario llegar a acuerdos entre Estados, todo se complica. De hecho, la EDA lleva casi 20 años activa (los cumple en 2024) y tampoco tiene tantas cosas de las que enorgullecerse. En materia aeronáutica, que es especialmente costosa, proyectos como el Futuro Avión de Combate (FCAS)[66] chocan con el interés de los EE UU por exportar a Europa el F-35 en sus diversas versiones. Y lo está haciendo con éxito. Alemania ya ha apostado por dotarse con F-35: se habla de 35 aparatos, suficientes, pues, para dotar a dos escuadrones al completo. Finlandia ha adquirido 64. Italia, que ya ha recibido sus primeros F-35, ha comprado nada menos que 68. Pero también Bélgica y Dinamarca han optado por este modelo. Así como Noruega, Polonia y Países Bajos. Previsiblemente también España hará lo propio, lo mismo que Grecia. Rumanía es otro de los países que podrían optar por este aparato de quinta generación, si bien en el momento de cerrar este libro tal confirmación todavía está lejos de producirse. ¿Es una mala decisión? No. ¿Por qué?

Porque es el mejor avión disponible en el mercado, frente a los "sueños" europeístas al respecto. Quienes entienden algo de estos temas ven como algo natural (y lo es, desde luego) que Estados que dispusieron de F-16 ahora los sustituyan por F-35. Sí, es lo normal. Ninguna sorpresa. Dicho lo cual, es la tecnología de la potencia (los EE UU) respecto de la cual se pregona la A2E de la UE. Pero ¿a qué precio debemos alcanzar la A2E? ¿Al de comprar producto europeo por el mero hecho de ser europeo, aunque tenga una peor relación calidad/precio? Llegado el momento, nuestros militares se jugarían la vida en esos aparatos. No podemos trivializar eso. Entonces, a la industria europea de la defensa todavía la queda un largo camino

por recorrer. Los vientos soplan por la popa. Buena señal. Esa tendencia, comentada unos párrafos más atrás, hacia proyectos cooperativos para ahorrar costes, nos acompañará durante algunos años o décadas. O quizá, por siempre. Sin embargo, todos juegan sus cartas. Los EE UU, también. Es legítimo que así sea.

Dicho lo cual, no todo nos ha salido mal. El Leopard 2 no es un carro de combate europeo fruto de la cooperación. Pero, al menos, es alemán, no estadounidense. Y esta vez, compite sin problemas con su homólogo estadounidense, el M1 Abrams. De modo que son muchos los Estados europeos que cuentan con él como columna vertebral de sus fuerzas acorazadas y/o mecanizadas. Con excepción de Italia y del Reino Unido, los países que estaban en la UE fueron optando por dotar a sus ejércitos con Leopards. Puede ser el camino a seguir, aunque mejor sería si, en efecto, se tratara de un proyecto compartido. Porque lo cierto es que el Leopard no requirió de la EDA. Sea como fuere, las circunstancias estructurales descritas avalan una creciente comunalidad (homologación, en términos militares) de sistemas de armas.

Podríamos recordar, asimismo, la cooperación hispano-holandesa en materia naval, de la cual se dedujeron muchos miles de toneladas de buques de guerra, incluyendo dos grandes buques de desembarco anfibio para cada país (subseries Rotterdam y Galicia, respectivamente), así como otros tantos buques de apoyo logístico. Todo ello sin contar que los cuatro buques clase Bay de la Royal Navy británica, directamente inspirados en los anteriores. Todo ello, una vez más, sin necesidad de la EDA. Esa homologación, en buena medida impuesta por la realidad sería, a su vez, el primer paso hacia una creciente integración de las fuerzas armadas nacionales, en la senda de unas fuerzas armadas europeas in fieri. La cuestión es que, existiendo la EDA, ¿será capaz la UE de aprovecharla para subirse a la ola y dinamizar esa nueva tendencia?

Huelga decir, pero mejor será decirlo, por si acaso, que los remedios más contundentes, pueden (suelen) ser también los más contraproducentes. Queremos decir con esto que siempre queda el debate en torno a si cambiar, o no, los procedimientos de adopción de decisiones en el seno de la UE, en este caso en el ámbito de las políticas de seguridad y defensa. Prescindir de la unanimidad es una

tentación no desdeñable. Sin embargo, según nuestro criterio, esta es una inversión de términos. Es decir, no es que no se llegue a más acuerdo debido a la persistencia de la regla de la unanimidad. Más bien se mantiene la regla porque no hay suficiente consenso previo entre Estados. La unanimidad y, con ella, el derecho de veto no son la causa, sino el efecto, de las discordancias entre los Estados miembros.

Dicho con otras palabras, esos Estados han aceptado avanzar en materia de seguridad y defensa, precisamente porque la unanimidad les ofrece una última salvaguardia de su soberanía. Si se pretende cambiar eso, puede que, simplemente, varios Estados opten por no sumarse al invento. Es decir, solo harán de funambulistas si hay red. Y esa red es, precisamente, la regla de la unanimidad, más o menos tamizada por abstenciones solidarias o constructivas. Ese sería, pues, un ejercicio de prestidigitación especialmente arriesgado. Pero si se intenta, desde luego será útil para darse de bruces contra la realidad, lo cual no deja de ser interesante para mirar a los ojos a la cruda realidad. Todo lo cual nos lleva una vez más a la necesidad de avanzar únicamente en aquellos aspectos en los que el consenso sea posible. Un camino desesperantemente largo, pero mucho más seguro que los intentos por forzar una unidad de propósitos que por el momento no existe.

## BIBLIOGRAFÍA


Alonso Zaldívar, Carlos (1996): "La seguridad europea, entre el atlantismo y lo nacionalismos", Revista de Estudios Internacionales, 7, pp. 25-46.

Andréani, Gilles; Bertram, Christoph, y Grant, Charles (2001): Europe's military revolution, Londres, Centre for European Reform.

Artal, Carlos (1996): "La defensa de Europa y sus riesgos", en VV. AA., La política europea de seguridad común y la defensa, Monografías del CESEDEN, 16, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 95-130.

Axelrod, Robert (1984): The evolution of cooperation, Nueva York, Basic Books Publishers.

Axelrod, Robert y Hamilton, William (1981): "The evolution of cooperation", Science, 21 (4489), pp. 1390-1396.

Bagger, Thomas (1991): The future of West European security cooperation, Berlín, German Institute for International and Security Affairs (SWP).

Baqués, Josep (2002): "La política europea de seguridad y defensa: déficits actuales y perspectivas de futuro", Revista CIDOB d'Afers Internacionals, 57-58, pp. 139-157.

— (2004): "La profesión y los valores en España", Revista Internacional de Sociología, 38, pp. 127-146.

— (2008): "El vínculo transatlántico a examen: un análisis conceptual de sus límites y expectativas", en Pere Vilanova y Josep Baqués (coords.), La crisis del vínculo transatlántico: ¿coyuntural o estructural?, Pamplona y Madrid, Thomson-Aranzadi e IUGM, pp. 35-84.

— (2017): El liberalismo-conservador. Fundamentos teóricos y recetario político, siglos XVIII-XX, Pamplona, Thomson-Aranzadi.

— (2022): “Rusia en el Mediterráneo… en busca de aguas cálidas… y algo más”, Revista General de Marina, 282(4), pp. 739-753.

Baqués, Josep y Fojón, Enrique (2022): “Rusia, más allá de Putin. La influencia de las tesis de Alexandr Duguin en la política exterior rusa”, Análisis 8/2022, Madrid, Instituto de Política Internacional, pp. 1-14.

Bassin, Mark (2008): “Euransianism ‘classical’ and ‘neo’: Lines of continuity”, en Tetsuo Mochikuzi (coord.), Beyond the empire: Images of Russia in the Eurasian cultural context, Sapporo, Hokkaido University, pp. 279-294.

Bell, Daniel (1994 [1974]): Las contradicciones culturales del capitalismo, Madrid, Alianza.

Benedicto XVI (2009): Caritas in Veritate (CV).

Borrell, Josep (2020): “¿Por qué es importante la autonomía estratégica europea?”, Real Instituto Elcano, en https://bit.ly/42E6DM2.

Bozo, Frédéric (2009): Mitterrand, the end of the Cold War ang German reunification, Nueva York, Berghahn Books.

Bravo, Carlos (1996): “La defensa europea: capacidades y potencialidades”, en VV. AA., La política europea de seguridad común y la defensa, Monografías del CESEDEN, 16, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 275-298.

Brzezinski, Zwigniew (1998): El gran tablero mundial, Barcelona, Paidós.

Buchholtz, Sonia; Maciazek, Piotr, y Zygmunt, Izabela (2023): Europe’s energy security. In search of supply independence from Russia, Talks about Europe & European Commission.

Burgelin, Henri (1988): L’union de l’Europe occidentale et la défense européene, París, CEDRE.

Burk, James (ed.) (1994): The military in new times, Oxford, Westview Press.

Buzan, Barry (1991): Introducción a los estudios estratégicos, Madrid, Ministerio de Defensa.

Cahen, Alfred (1988a): “Europa y la seguridad: la reactivación de la Unión Europea Occidental”, Política Exterior, 8, pp. 81-89.

— (1988b): La sécurité de l’Europe, Perpiñán, CEDRE.

Coma, Manuel (1999): “La relación atlántica”, Revista Española de Defensa, 132 (febrero de 1999), pp. 24-25.

Cox, James (2012): “Canadá and the Five Eyes intelligence community”. Toronto: Strategic Studies Working Group Papers, pp. 1-13.

Dahl, Robert (1999): La democracia: una guía para ciudadanos, Madrid, Taurus.

Dawson, Christopher (2007 [1931]): Los orígenes de Europa, Madrid, RIALP.

Delors, Jacques (1985): “Intervention de Jacques Delors (Luxembourg, 9 septembre 1985)”, Bulletin des Communautés européennes, 9, septiembre de 1985, Luxembourg, Office des publications officielles des Communautés européennes.

Deutsch, Karl (1957): Political community and the North Atlantic area. International organization in the light of historical experience, Princeton, Princeton University Press.

Drozdiak, William (2005): “The North Atlantic Drift”, Foreign Affairs, 84(1), pp 88-98.

Duguin, Alexander (2015): La geopolítica de Rusia. De la Revolución rusa a Putin, Barcelona, Hipérbola Janus.

— (2016): Proyecto Eurasia. Teoría y praxis, Barcelona, Hipérbola Janus.

Eliot, Thomas S. (1939): The idea of a christian society, Londres, Faber & Faber.

Engels, Friedrich (1986 [1884]): El origen de la familia, la propiedad privada, y el Estado, Barcelona, Planeta Agostini.

Espinosa, Francisco Javier (2017): "Proyectos de paz del siglo de la Ilustración" (I. Saint-Pierre y Rousseau: planes de paz perpetua, Unión Europea y Naciones Unidas)", Araucaria, 19(38), pp. 619-639.

Francisco I (2020): Fratelli Tutti (FT).

Fukuyama, Francis (1992): El fin de la historia y el último hombre. La interpretación más audaz y brillante de la historia presente y futura de la humanidad, Barcelona, Planeta.

Gallissot, René (1971): "Les communistes et les débuts de la Résistance", Le Mouvement Social, 74, pp. 130-143.

Gámez, Francisco (2022): El secreto de la bomba atómica española, Córdoba, Almuzara.

García, Verónica; Baqués, Josep, y Torrens, Xavier (2021): "Literatura dialógica en la prevención del extremismo violento (PEV): el discurso de odio ustacha", en Revista CIDOB d'Afers Internacionals, 128, pp. 201-224.

García Pérez, Rafael (2003): La política de seguridad y defensa de la Unión Europea, Madrid, UNED.

Gompert, David (2003): "What does America want of Europe?", en Gustav Lindstrom (ed.), Shift or Rift. Assessing US-EU relations after Irak, París, European Union Institute for Security Studies, pp. 43-75.

Goñi, Helena de (2021): Central Asia's role in the heartland, 30 years after the dissolution of the Soviet Union, Working Paper 2/2021, Center for Global Affairs, Universidad de Navarra.

Gray, Colin (2015): The future of strategy, Cambridge, Polity Press.

— (2016): The strategy theory for practice bridge, Oxford, Oxford

University Press.

Gyárfásová, Olga y Meseznikov, Grigorij (2021): Visegrad Four as viewed by the public past experience and future challenges, Bratislava, International Visegrad Found.

Heisbourg, François (2000): European defence. Making it work, Chaillot paper 42, París, Institute for Security Studies.

Herreweghe, Jean Pierre (2004): "La respuesta europea", en VV. AA., El nuevo concepto de la defensa europea, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 151-160.

Hoffmann, Stanley (2000): "Towards a common european foreign and security policy?", en Journal of Common Market Studies, 38(2), pp. 189-198.

— (2003): "The crisis in transatlantic relations", en Gustav Lindstrom (ed.), Shift or Rift. Assessing US-EU relations after Irak, París, European Union Institute for Security Studies, pp. 13-20.

Hume, David (1984 [1639]): Tratado de la naturaleza humana (3 vols.), Barcelona, Orbis.

Huntington, Samuel P. (1997): El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial, Barcelona, Paidós.

Inglehart, Ronald (1991): El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas, Madrid, CIS y Siglo XXI.

Kagan, Robert (2002): "Power and Weakness", Policy Review, 113, pp. 3-28.

Kant, Immanuel (2010 [1784]): Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia, Madrid, Tecnos.

Janowitz, Morris (1985 [1975]): "Las pautas cambiantes de la autoridad organizativa: la institución militar", en Rafael Bañón y José Antonio Olmeda, La institución militar en el Estado contemporáneo, Madrid, Alianza Universidad, pp. 81-99.

Jopp, M. (1994): Las relaciones exteriores de Europa Occidental: implicaciones de la crisis yugoslava, París, Cahiers de Chaillot.

Joulwan, George A. (2000): “La OTAN y Europa: una alianza más fuerte para el siglo XXI”, Revista Española de Defensa, 149-150, pp. 90-93.

Kagan, Robert (2004): “America´s crisis of legitimacy”, Foreign Affairs, 83(2), pp. 65-87.

Karaganov, Sergei (2021): “On a third Cold War”, Russia in Global Affairs, 19(3), pp. 102-115.

Keller, Joseph E. (1947): “Henry IV and world peace”, Minessotta Law Review, 1696, pp. 390-396.

Keohane, Robert (1989): International institutions and state power: Essays in international relations theory, Londres y Nuevas York, Routledge.

Kepel, Gilles (1994): Revenge of God: The resurgence of Islam, Chritianity, and Judaism in the modern world, Pensilvania, Pennsylvania University Press.

Kratochvil, Petr (2004): “Political relations between Russia and the Czech Republic or there and back again?”, Economic and Political Relations after the EU Enlargement, Budapest, ICEG EC Conference.

Krauthammer, Charles (1990): “The unipolar moment”, Foreign Affairs, 70(1), pp. 23-33.

Krúpa, Juraj; Fischer, Pavel; Exner, Martin; Kosa, Lajos; Rusiecki, Laroslav, y Jach, Michal (2022): Declaration of the Defense and Security Commitees of Parliaments of the Visegrad Group, Bratislava, V4 Future.

Larané, André (2020): “1940-1044. France: de la tragédie à l’espoir”, Herodote.net. Le média de l’histoire, julio de 2020.

Lawler, Peter (1997): “Scandinavian exceptionalism and the EU”, Journal of Common Market Studies, 35(4), pp. 565-594.

Lellouche, Pierre (1990): “Lendemains de fête ou comment ne pas rater notre sortie de Yalta”, Politique Internationale, 47, pp. 98-120.

Lion Bustillo, Javier (2013): “¿Cómo controlar el poder alemán? Mendès France, Mitterrand y la integración europea”, Historia y Política, 30, pp. 251-277.

Luttwak, Edward (1995): “Towards a post-heroic warfare”, Foreign Affairs, 74(3), 109-122.

Mackinder, Halford (1904): “The geographical pivot of history”, The Geographical Journal, 170(4), pp. 298-315.

— (1943): “The round world and the winning of the peace”, Foreign Affairs, 21(4), pp. 595-605.

Mandrass-Sirjacques, Françoise (2001): “L’Allemagne: la politique exterieure et la defense”, en Pere Vilanova y Nuria Fernández (coords.), Europa: El debate sobre defensa y seguridad, Barcelona, Ediciones Universidad de Barcelona, pp. 79-94.

Mastanduno, Michael (1997): “Preserving the unipolar moment: Realist theories and US grand strategy after the Cold War”, International Security, 21(4), pp. 49-88.

Mazarr, Michael J. (2022): Understanding competition. Great power rivalry in a changing international order – Concepts and Theories, Santa Mónica, RAND Corporation.

Mead, Edwin (1999): “Introduction”, en Henry IV, The great designo of Henry IV: From the memoirs of the Duke of Sully, and the United States of Europe, Boston: International School of Peace.

Mearsheimer, John (2001): The Tragedy of Great Power Politics, Nueva York, Norton.

Missiroli, Antonio (2003): “Mind the gaps – across the Atlantic and the Union”, en Gustav Lindstrom (coord.), Shift or right. Assessing US-EU relations after Iraq, París, European Union Institute for Security Studies, pp. 77-90.

Mora, Enrique (2017): “Time for the Sleeping Beauty to wake”,

European Council on Foreign Relations, en https://bit.ly/42eZUsc.

Moravcsik, Andrew (2003): “Striking a new transatlantic bargain”, Foreign Affairs, 82(4), pp. 74-89.

Morgenthau Jr., Henry (1944): Suggested post-surrender program for Germany, en https://bit.ly/3nL4uzx.

Moskos, Charles y Wood, Frank (1991): Lo militar, ¿más que una profesión?, Madrid, Ministerio de Defensa.

Moskos, Charles; Williams, John, y Segal, David (2000): The posmodern military, Oxford, Oxford University Press.

Navarro, Alberto (2002): “La política europea de seguridad y defensa después de Niza”, en Gustavo Palomares (coord.), La política de seguridad de la Unión Europea: Realidades y retos para el siglo XXI, Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 105-114.

Nye, Joseph (1990): “Soft Power”, Foreign Policy, 80, pp. 153-171.

— (2003): La paradoja del poder norteamericano, Madrid, Taurus.

Ortega, Martín (1980): “El manto de Penélope. Francia y la Comunidad Europea de Defensa”, Revista de Estudios Internacionales, 1, pp. 451-472.

— (2003): “Europa despierta”, Política Exterior, 94, pp. 55-68.

Paquette, Gabriel (2000): “The impact of the 1917 Russian revolutions on Arnold J. Toynbee’s historical thought, 1917–34”, en Revolutionary Russia, 13, pp.1 y 55-80.

Parsons, Craig (2003): A Certain Idea of Europe, Ithaca, Cornell University Press.

Petersen, Nikolaj (2001): “Denmark and European Security and Defense Policy”, en Pere Vilanova y Nuria Fernández (coords.), Europa: El debate sobre defensa y seguridad, Barcelona, Ediciones Universidad de Barcelona, pp. 95-104.

Polibio (1983 [145 a. C.]): Historias, Madrid, Gredos.

Redlowska, Kinda (2013): “Polish Foreign Policy”, en Malgorzata Mizerska-Wrotkowska y Josep Mª Reniu (coords.), Poland and Spain: from political transition to european integration, Barcelona, Huygens, pp. 75-113.

Rousseau, Jean-Jacques (1915 [1756]): “Le paix pérpetuelle et la polysynodie: Extraits et jugements”, en The political Writtings of Jean-Jacques Rousseau, vol. I, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 359-387.

Ruiz, Francisco J. (2010): “Rusia y su nueva propuesta de seguridad para Europa”, Revista Española de Defensa, septiembre de 2010, pp. 48-53.

Rumble, Greville (1988): La política de defensa nuclear, Madrid, Ediciones Ejército.

Saint-Simon, Henri (2004 [1814]): De la réorganisation de la société européene, París, Rivages Poche.

Sanguinetti, Antoine (1985): “Pour un nouvelle ordre européen de la défense”, Politique d’aujourd’hui, 12, pp. 13-25.

Shahidul Islam, Mohammed (2013): “China’s look south policy and Bangladesh’s look east policy: Convergences and constraints”, Conference Paper, Dakha, BRAC University.

Sofo, Francesco; Colapinto, Cinzia, y Ammirato, Salvatore (2013): Decision making in the social sciences, Nueva York, Springer.

Spykman, Nicholas (1944): The geography of the peace, Nueva York, Harcourt, Brace and Company Inc.

Touchard, Jean (1988): Historia de las ideas políticas, Madrid, Tecnos.

Toynbee, Arnold (1974 [1946]): A study of history, Nueva York, Dell Publishing Co.

Wallace, William (2001): “Europe, the necessary partner”, Foreign Affairs, 80(3), p. 16.

Walt, Stephen (1987): The origins of alliances. Ithaca y Londres, Cornell University Press.

— (1997): “Why alliances endure or collapse?”, Survival: Global Politics and Strategy, 39(1), pp. 156-179.

Waltz, Kenneth (1988 [1979]): Teoría de la política internacional, Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano.

Weigel, George (1991): “Religion and peace: An argument complexified”, Washington Quarterly, 14(2), pp. 27-42.

## NOTAS

1 . En https://www.visegradgroup.eu/about.

2 . Nombre dado a un colectivo de ciudadanos checos, pero de origen étnico alemán, pretendidamente arios, del que a su vez surge el nombre de la región que habitan, los Sudetes.

3 . Operación Barbarroja, iniciada en junio de 1941.

4 . Tanto es así que el conservador Partido de la Libertad de Austria (en alemán, Freiheitliche Partei Österreichs, FPÖ) ya incluye en su programa el ingreso de su país en el V4.

5 . En https://bit.ly/3HEmuSU.

6 . https://bit.ly/414SINV.

7 . https://bit.ly/3p7Djz8.

8 . Hay datos que lo corroboran. Por ejemplo, el hecho de que la resistencia antinazi francesa estuvo prácticamente inactiva entre el momento de la invasión de Francia (mayo-junio de 1940) y junio de 1941 (Gallisot, 1971; Larané, 2020). En cambio, sí que fue muy

activa a partir de esta fecha. ¿Por qué? Porque es el momento en el cual la Alemania de Hitler ataca a la URSS, rompiendo de ese modo el pacto nazi-comunista (también conocido como pacto Ribbentrop-Molotov) vigente hasta ese momento y del que derivaron, entre otras cosas, la agresión y ulterior ocupación, a la limón, de Polonia, en septiembre de 1939.

9 . Con el paso del tiempo, se ha demostrado que no son desconocidas, incluso, entre otras especies animales, como las abejas, o las hormigas.

10 . Toynbee lo escribe con mayúsculas.

11 . Rusia configuraría una civilización diferenciada de la ortodoxa a partir del siglo XV, momento en el cual, se unió a Novgorod.

12 . Lo planteo así porque sabemos que las presiones sociales para cometer infanticidio llegaron a ser muy fuertes en la Grecia clásica.

13 . Recordemos el efecto del comunismo en muchos países árabes, a través del movimiento Ba´az, fomentador de cierto nacionalismo, capaz de iniciar procesos de secularización, por lo demás nunca completados.

14 . Nota del editor: En ciencias políticas y sociología, una cleavage o escisión es una línea social o cultural determinada históricamente que divide a los ciudadanos de una sociedad en grupos con intereses políticos diferentes, lo que da lugar a un conflicto político entre estos grupos.

15 . Seguidamente circunscribe al catolicismo y al protestantismo, excluyendo a Bizancio al considerar que este conforma otra civilización diferente, no completamente ajena al legado de la vieja civilización “clásica”, pero tampoco tan directamente imbricada a la misma.

16 . Tratado conocido como antimisiles balísticos, en vigor desde 1972, por mor del cual se garantizaba la paz, asumiendo que ningún Estado podía defender sus ciudades con sistemas antimisil. Fue, por así decirlo, la culminación —y la última tentativa— del “equilibrio del terror” y la “destrucción mutua asegurada” (MAD, por sus siglas en inglés). Sin embargo, a partir de su denuncia, los EE UU se reservaron el derecho a desarrollar y poner en servicio sistemas ABM (antimisiles balísticos), de modo que Rusia entendió que, al aprestarse a proteger sus propias ciudades, todo el esfuerzo disuasorio trabajado (y pactado) durante décadas caía en saco roto.

17 . En https://bit.ly/3VtQmap.

18 . Curiosamente esa frase fue acuñada por el británico David Hume, con quien Rousseau llegó a las manos en el transcurso de una cena, a causa de sus discrepancias políticas en otros asuntos menos abstractos, pues en lo fundamental estaban bastante alineados.

19 . Palabra empleada en la época para referirse a los gobernantes, fueran monarcas hereditarios, o no.

20 . Al inicio de la guerra de Ucrania de 2022, Macron fue uno de los líderes occidentales que más insistió en tratar con respeto a

Rusia y en alcanzar un acuerdo equilibrado entre Rusia y Ucrania. Pero, con el paso del tiempo, Francia ha reducido ese énfasis. Lo periodístico sería decir que la explicación estriba en el devenir de la guerra y los crímenes cometidos por las tropas rusas, como si las ucranianas estuviesen totalmente libres de culpa en este aspecto. Lo que realmente ocurre, en opinión de quien escribe, es que a Rusia le están pasando factura algunos de sus éxitos en zona gris. Tan recientes en algunos casos que ni siquiera se ha hecho una evaluación de su impacto real. ¿Qué tiene que ver eso con Francia? Muy sencillo: algunos de esos éxitos lo han sido a costa de Francia; pensemos en lo sucedido en Mali, a partir del año 2020, o en lo que está pasando en la República Centroafricana. En esencia, la influencia gala cotiza muy a la baja, en una zona del planeta en la que había logrado mantener una posición de enorme prestigio e influencia, a todos lo niveles (diplomático, económico y hasta militar), tras las independencias de esos Estados. Sin embargo, Rusia, con especial protagonismo para el Grupo Wagner, está ocupando las posiciones (ex)francesas, en todos esos aspectos. La geopolítica siempre tiene vasos comunicantes, de modo que es imposible desarrollar buenos diagnósticos sin atender a esas variables.

21 . Borrell utiliza el término “autónoma” y no “autónomo” pues, en su caso, se refiere, obviamente, a la UE.

22 . Como ocurre, por ejemplo, en la zona del Cáucaso.

23 . Al no poder evitar la invasión rusa de Ucrania o al tener que soportar estoicamente los constantes desafíos de Corea del Norte.

24 . Como buen realista, Walt no incide especialmente en las alianzas forjadas en torno a tratados o a organizaciones internacionales. Se trata de opciones que ni agotan las

posibilidades, ni son necesariamente las más eficaces. Cita como ejemplo la alianza entre los EE UU e Israel (Walt, 1987: 12).

25 . La paradoja del poder norteamericano (2003).

26 . En mayúsculas en los textos originales. Esta expresión podría ser traducida, coloquialmente, como “tal para cual” y, técnicamente, como el muy kantiano “do ut es”.

27 . Hay que tener en cuenta que el proyecto estuvo muy meditado, y muy avanzado: incluía la integración de unidades alemanas de tipo regimiento en grandes unidades francesas (brigadas y divisiones), de modo que no se dejaría que los alemanes las tuvieran. Además, habría un ministro de Defensa europeo que, en última instancia, respondería ante la CECA (Ortega, 1980: 455).

28 . Con afán de simplificar hemos optado por hablar de UE en la mayor parte de los casos, aunque en puridad solo tenga este nombre desde 2009, siendo anteriormente la Comunidad Europea (1993-2009) y, antes de esta, la Comunidad Económica Europea (1957-1993).

29 . A título de ejemplo, en las maniobras Pegasus, desarrolladas en junio de 1998, el Eurocuerpo desplegó parte de sus unidades sin que estuviera presente sobre el terreno un solo militar estadounidense, y el mando correspondió a AFCENT (órgano de la OTAN subordinado al SACEUR), todo ello en aplicación del artículo V del Tratado de Washington.

30 . Misiles balísticos intercontinentales basados en submarinos

(estos conocidos, a su vez, como submarinos de misiles balísticos, SSBN) y lanzables en inmersión.

31 . Este término, aplicado al caso europeo, podría traducirse como "parásito", en referencia al comportamiento de una UE que se aprovecha del mayor gasto en defensa estadounidense.

32 . Literalmente "reparto de cargas", en referencia a la necesidad de compartir los costes de la defensa entre los Estados Unidos y los Estados europeos.

33 . Acta Única Europea (1986). Para cuando eso sucedió, Francia ya no estaba en la partida, dado el estatus mantenido en la OTAN desde 1966. Lo cual no fue óbice para que el país galo fomentara a lo largo de la siguiente década la generación de una política exterior y de seguridad común (PESC) diferenciada de la OTAN y la consolidación de la UEO como brazo armado de la UE, para lo cual impulsó la creación del Eurocuerpo. En los debates propios de las conferencias intergubernamentales (CIG) previas a la firma del Tratado de Maastricht se pudo apreciar una brecha clara en el seno de la UE in fieri, a saber: por un lado, Francia y Alemania ya optaban, de hecho, por avanzar hacia una inexistente (pero sí deseada) autonomía estratégica. Tendencia a la que siempre se sumaba Bélgica y, en función de que partido gobernara, también España. Por otro lado, el Reino Unido y —atención— Italia lideraban a un grupo de Estados deseosos de que la naciente UE siguiera delegando en los EE UU, a través de la OTAN, las garantías de la defensa europea. En ese grupo de Estados estaban también Portugal y Holanda (en esos momentos), y luego se añadieron los Estados de Europa central y oriental que fueron ingresando en la organización (v. gr., Polonia y Hungría).

34 . A lo que, en el caso francés, hay que añadir una panoplia de

misiles nucleares estratégicos y tácticos lanzables desde tierra firme, siempre con la misma filosofía, destacando los ICBM M-45 y M-51, así como los Plutón, de uso táctico. A lo que habría que añadir las ojivas nucleares incorporadas a los misiles ASMP lanzables desde aviones Mirage 2000N e, incluso, Rafale.

35 . No es materia de este análisis, pero pensemos en el papel desempeñado por Marruecos en relación con la guerra de Ucrania y las sucesivas votaciones celebradas en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Repetidamente, el representante del Reino de Marruecos evita condenar la invasión rusa, algo sobre lo que, sin duda, en Washington habrán tomado buena nota, así como en Bruselas. Porque lo cierto es que la postura marroquí no es, como cabía suponer, aleatoria, sino que responde a sendos acuerdos estratégicos firmados con Rusia y con China.

36 . En el mismo texto ya trabajado en anteriores apartados de este análisis, el almirante Sanguinetti denunciaba que el proceso de "desenganche" de los EE UU se había iniciado en 1962, con la doctrina McNamara, y que la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan no hacía más que profundizar en la misma dirección (Sanguinetti, 1985: 17).

37 . Mientras se terminaba de revisar el manuscrito de este libro, de hecho, se produjo la entrada oficial de Finlandia en la OTAN, concretamente el 4 de abril de 2023.

38 . Si bien, en el caso de Finlandia sería correcto hablar de un Estado neutralizado tras la Segunda Guerra Mundial, mientras que el de Suecia era un estatus claramente vocacional.

39 . Pero que nadie vea en ello una crítica, pues seguramente la

presencia administrativa y militar británica en esa isla actúe como factor de estabilidad, en medio (literalmente) del nunca resuelto conflicto greco-turco.

40 . Pino Musolino, presidente de la autoridad portuaria de Venecia, afirmó, en declaraciones brindadas a AsiaNews, que el puerto veneciano “está trabajando desde hace tiempo a fin de interceptar las oportunidades que ofrece la estrategia china de la Nueva Ruta de la Seda, con el objetivo de multiplicar el impacto económico y ocupacional en el territorio del Véneto”. En https://bit.ly/44FwsNw.

41 . “En lo que respecta al supuesto dualismo entre Venecia y Trieste, los hechos nos dicen que los dos puertos sirven a mercados que están netamente separados”, subrayó Musolino. “Por un lado, el puerto de laguna es principalmente el punto de entrada para la industria manufacturera de la Llanura del Po, importando materias primas y exportando productos terminados de altísimo valor agregado a todo el mundo; por otro, el puerto juliano desde siempre apunta a la cuenca industrial del centro y del este de Europa”. En https://bit.ly/44FwsNw.

42 . Teoría geopolítica expuesta, entre otros, por John Mearsheimer (2001), de acuerdo con la cual, si estalla una guerra que implica a un rival geopolítico (Rusia, en este caso) de una gran potencia (EE UU, para seguir con el ejemplo propuesto), esa gran potencia apoyará a la parte más débil (en este caso, Ucrania) para que, de ese modo, la guerra se alargue (aunque, finalmente, esa parte más débil sea derrotada) con la mirada puesta en desgastar política, económica y militarmente a su rival geopolítico.

43 . No entro ahora en el debate de hasta qué punto es clara la distinción entre armas defensivas u ofensivas. En realidad, aunque

en algunos casos eso esté claro (sistemas SAM o misiles contracarro), asumo que en otros casos depende más de la doctrina de empleo que de las características de cada sistema de armas. Sea como fuere, una doctrina de este tipo exige una importante proliferación de las armas que sea, ya que la disuasión lograda depende de que el potencial enemigo asuma que los costes de una invasión serán prohibitivos.

44 . https://bit.ly/3HQ0rIS.

45 . Técnicamente, el Eurocuerpo es un cuartel general de cuerpo de ejército multinacional. En la actualidad está compuesto por seis miembros, tras la incorporación en 2022 de Polonia (país que había sido aceptado como miembro ya en 2010, pero que no formalizó su estatus hasta entonces). Pese a haber sido declarado operativo en 1995, a partir de 1999 dejó de tener unidades asignadas permanentemente, tras el Consejo Europeo de Colonia. En la actualidad compagina su estatus como uno de los nueve cuarteles generales de alta disponibilidad de la OTAN, para lo que está certificado desde 2003, con el de cuartel general de los grupos de combate de la Unión Europea. Desde su constitución, ha participado en misiones en los Balcanes, Afganistán, Mali y República Centroafricana.

46 . ELectronic INTelligence (inteligencia electrónica).

47 . SIGnal INTelligence (inteligencia de señales).

48 . Obviamente, habría que hablar, si acaso, de las fuerzas armadas europeas. Pero empleo esta expresión, que es puramente periodística y, por ende, incorrecta, porque es popular y sirve para enmarcar el debate y para entendernos, e incluso para que los

profanos en la materia nos entiendan.

49 . https://bit.ly/3VJixlR.

50 . Dícese del actor cuyo papel no supera las 20 líneas, con un tope de 60 espacios mecanografiados.

51 . https://bit.ly/41gNsXM.

52 . https://bit.ly/3nx0mmN.

53 . https://bit.ly/3nML8db.

54 . Comandante Supremo Aliado (OTAN) en Europa.

55 . Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas (OTAN) en Europa.

56 . Siguen siendo la columna vetebral de las fuerzas acorazadas italianas, y una excelente excusa para no enviar carros de combate a Ucrania, puesto que este modelo tiene poco que ver con los Leopard 2 con los que se está dotando a las tropas que Zelenski va enviando a la trituradora del Donbás.

57 . Transporte oruga acorazado.

58 . Vehículo de combate de infantería.

59 . Si bien, en este caso, lo que se hizo fue diseñar dos versiones diferentes del avión de combate: una específicamente preparada para misiones de ataque y otra cuya única función era la de caza. Pero se trata de un detalle técnico que no es relevante para nuestro argumento. De modo que solo lo matizo para los lectores más sibaritas.

60 . Fuerzas Aeromóviles del Ejército de Tierra.

61 . https://bit.ly/3B9qo2g.

62 . En referencia a la distorsión respecto a la realidad que afecta a buena parte de la clase política bruselense.

63 . https://bit.ly/41g1yZa.

64 . https://bit.ly/42tJsUG.

65 . Guerras por delegación, en referencia a los conflictos en los que una potencia interviene a través de un tercero para evitar su implicación directa.

66 . El FCAS vendría a ser el proyecto “europeo” por antonomasia.

Hacia el 2040… Pero, incluso eso, es una verdad a medias. Ahí están Airbus, Dassault e Indra, principalmente. Pero el Reino Unido e Italia promueven su propia alternativa, conocida como Tempest. Y ahí está BAE Systems, que integra a la antigua British Aerospace, pero también a los herederos de la antigua Saab sueca. Asimismo, Marconi es parte del consorcio que está detrás del Tempest. Y no podemos olvidar que se trata de un proyecto que va mucho más allá de Europa, puesto que Japón es parte del mismo.